

Mil "tequieras"

Isabel Keats

red petal



stigma



from 1 to
1/2-3
ft. tall

Giant Red Indian
Pointbrush
(*Castilleja miniata*)



Ursus americanus
californiensis



Mil “tequieros”

Isabel Keats

© 2020 Isabel Keats. Todos los derechos reservados.

MIL TEQUIEROS

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción total o parcial.

Todos los personajes de este libro son ficticios.

Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

Diseño de la cubierta: Belén Garrido

<http://www.isabelkeats.com/>
[mail to:isabelkeats@gmail.com](mailto:isabelkeats@gmail.com)

La naturaleza es la mejor maestra de la verdad.
San Agustín

Dedicada a todos los que disfrutan con mis historias.

Índice de contenido

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[¡Gracias!](#)

[Mis otras novelas son:](#)

[Sinopsis de algunas de mis otras novelas](#)

[Sobre la autora](#)

Azucena

Lo que había empezado como un suave espolvoreo de pequeños copos de nieve flotando ligeros aquí y allá, se había convertido en una sobrecogedora ventisca que azotaba el parabrisas del coche sin piedad, acompañada de los escalofriantes aullidos del viento.

En pocos minutos todo a mi alrededor se cubrió con una fina capa blanca, y tuve que entornar los párpados en un intento infructuoso de distinguir el trazado de la carretera mientras rezaba el tercer Avemaría, pese a que no tenía demasiadas esperanzas de que mis ruegos fueran escuchados porque, como bien dice el refrán, no vale acordarse de Santa Bárbara solo cuando truena. Pero que una persona tan precavida como yo se encontrara en semejante predicamento, hablaba a las claras de lo mucho que me habían afectado los últimos acontecimientos. En otras circunstancias no habría salido de San Diego sin consultar al menos media docena de partes meteorológicos.

«Pero ¿quién iba a imaginar que nevaría en pleno agosto?», se preguntó esa parte de mi conciencia que siempre buscaba defender lo indefendible.

«Azucena Llaneras Soto, no trates de justificarte», contestó esa otra parte que se encargaba de mantener a raya a semejante pusilánime. «Si has llegado tan lejos en tu trabajo ha sido porque siempre estudias todas las posibilidades y tienes a mano un plan B, C, D e incluso Z. No tienes excusa; tenías que haber consultado las previsiones antes de salir».

Los neumáticos del Mercedes patinaron en ese momento, interrumpiendo de golpe aquella improductiva discusión mental. Asustada, apreté el pedal del freno hasta el fondo y di un volantazo. Por lo visto fue la peor idea del mundo, porque el coche siguió deslizándose sin control hasta que la parte trasera chocó contra el tronco de un pino gigantesco. Cuando los ecos del golpe y del grito que pegué se apagaron por fin, se hizo el silencio. Un silencio inquietante que no auguraba nada bueno. Temblorosa, apoyé la frente sobre el volante al que aún me aferraba con todas mis fuerzas.

Un par de minutos después, alcé de nuevo la cabeza y traté de valorar la situación: uno, la tormenta de nieve arreciaba por momentos; dos, no tenía neumáticos de invierno; tres, tampoco se me había ocurrido comprar unas cadenas para pasar un par de semanas en la cabaña —por mucho que esta estuviera situada en un rincón perdido, cerca del parque nacional de Yosemite— y, como acababa de comprobar, la carretera estaba resbaladiza y peligrosa; cuatro, no tenía ni idea de si había seguido la ruta correcta, la flecha del navegador se había vuelto loca en un momento dado y los últimos kilómetros me había guiado por las explicaciones detalladas que Jaime había escrito en una esquina del mapa.

Busqué en el maxibolso de Michael Koors que había dejado en el asiento del pasajero y saqué el móvil con dedos temblorosos. Cinco; no tenía cobertura.

Eso ya fue la puntilla. Desolada, tiré el teléfono en el bolso, volví a apoyar los brazos y la

frente en el volante, y empecé a llorar con desconsuelo.

¿Por qué mi vida se había convertido de pronto en una pesadilla?, me pregunté, sintiendo una prodigiosa lástima de mí misma. Maldije la habilidad casi sobrenatural —como la describían algunos de mis compañeros— que tenía para las negociaciones. Si no hubiera sido tan buena, no habría acabado con lo que había ido a hacer a Los Ángeles mucho antes de lo esperado. Habría regresado en el último vuelo, como era mi intención, y no habría pillado a Luke in fraganti, haciéndolo con una desconocida en mi propia cama. Y haciéndolo de qué manera...

Moví la cabeza con fuerza, en un vano intento de apartar de mi mente la vomitiva imagen de la cabeza del que había sido mi novio los últimos cuatro años enterrada entre las piernas regordetas de la susodicha desconocida. Esa terrible estampa empañaba de mala manera la idea que hasta ahora había tenido de mi ex, siempre tan tiquismiquis y escrupuloso hasta el punto de rayar a veces en lo paranoico. Cualquiera habría pensado que aquella intolerable situación ya sería suficiente castigo; sin embargo, eso solo había sido el principio de una funesta mala racha.

Se me escapó un gemido al recordar el numerito que había montado en medio de una presentación en la que estaban reunidos todos los capitostes del bufete. No se me borraba de la mente la sonrisita burlona de Jeff Staton quien, junto con Luke —al menos mi ex no estaba presente cuando hice aquel ridículo de dimensiones épicas, alabado fuera el Señor—, era otro de mis más directos rivales en la lucha por el puesto de socio que había quedado vacante hacía unos meses. Entre ataque y ataque de llanto incontrolable, había sentido una vergüenza espantosa que, por primera vez en mi vida, me había hecho dudar de mí misma. Por eso había aceptado la descabellada idea de Jaime, mi recién estrenado padre —porque ahora, cuando ya era demasiado tarde, me daba cuenta de hasta qué punto había sido una idea descabellada—, de ir a pasar una temporada a esa cabaña aislada que tenía en mitad de ninguna parte.

Pero todo aquello ya no tenía remedio, me dije. Así que hice un esfuerzo para concentrarme en esa nueva emergencia, mucho más acuciante, y miré a mi alrededor. Apenas distinguía nada en medio de la tormenta; los limpiaparabrisas no daban abasto para quitar los copos que se pegaban al cristal, empujados por las fuertes ráfagas de aire. Estaba sola, perdida... aislada en mitad de una nada blanca y helada, y no tenía la menor idea de cómo sobrevivir en un medio hostil que no fuera el de las grandes empresas y corporaciones de negocios al que estaba acostumbrada. Dentro de unas pocas horas se acabaría la gasolina, se apagaría la calefacción y moriría congelada en el interior de mi Mercedes nuevito... y nadie me encontraría hasta que llegara el deshielo.

Al pensar en tan terrible final y en lo preocupada que estaría mamá al no tener noticias mías en todo ese tiempo, me empezaron a temblar los labios. Entonces, recordé que Jaime me había dicho que se iban a casar y una nueva oleada de autocompasión cargada de celos —una emoción nada noble, la verdad sea dicha, que me hizo sentir fatal conmigo misma— me invadió. Tal vez mamá estaba tan ocupada con su nuevo-viejo romance, que ni siquiera se había dado cuenta de que había desaparecido. Empecé a llorar una vez más. No había vuelto a hacerlo desde que murió mi padre adoptivo, pero, de un tiempo a esta parte, se me saltaban las lágrimas a la menor oportunidad.

De repente, me pareció oír una voz humana por encima del bramido del viento y, aunque me dije que no eran más que imaginaciones mías, puse todos mis sentidos en estado de alerta. Nada. Viento y más viento.

En ese momento, volví a oír algo. Giré la cabeza con rapidez y vi unos dedos, negros y enormes, que raspaban la nieve que se había acumulado en la ventanilla de mi lado. Aterrorizada, solté un alarido que me asustó todavía más. En cuanto esos dedos —que, ahora me daba cuenta, estaban enfundados en guantes de esquiar— surgidos de no se sabía donde despejaron un buen

trozo del cristal, un rostro, completamente oculto debajo de una máscara también negra, se pegó a él y me hizo lanzar un nuevo alarido.

Cuando por fin conseguí reaccionar, me volví hacia el bolso y empecé a rebuscar en el espacioso interior como una enajenada. Llevaba tantas cosas dentro, que no acertaba a encontrar el puñetero spray de pimienta que siempre cogía al salir de casa, justamente, en previsión de este tipo de situaciones.

Los nudillos enguantados golpearon con impaciencia el cristal de la ventanilla en el preciso momento en el que mis dedos trémulos se cerraban en torno al pequeño aerosol.

—¡Quieto, no se mueva! —Lo apunté con el pulgar sobre el pulsador, lista para disparar.

Me pareció que el psicópata —o lo que quiera que fuese aquella inesperada aparición— gritaba algo a su vez, pero era imposible distinguir las palabras con el fragor del vendaval. Además, yo tampoco estaba de humor para mantener conversaciones con un posible asesino en mitad de aquel paraje desolado. Con decisión, me cambié el spray de mano sin dejar de apuntar hacia la ventanilla, metí la marcha y aceleré dispuesta a salir pitando. El potente motor rugió ensordecedor y las ruedas patinaron, pero el coche no se movió. A esas alturas, la nieve debía de haberlo bloqueado por completo.

—Oh, diosito —lloriqueé, al tiempo que volvía a empuñar mi única arma con la mano derecha.

—¡Abra la ventana!

Esta vez conseguí entender lo que decía, pero, por supuesto, no pensaba ponerle las cosas nada fáciles al abominable hombre de las nieves. Por desgracia, estaba tan nerviosa que sin querer presioné el pulsador y un chorro de gas rebotó contra el cristal. Al instante empecé a sentir los efectos: picor de ojos y de nariz, tos y dificultad para respirar; en las instrucciones lo habían clavado. Medio ahogada, me olvidé de la otra amenaza y bajé la ventanilla para que me diera el aire.

—Menos mal. Empezaba a congelarme —dijo la aparición con la voz más profunda y amenazadora que había oído en mi vida.

Con los ojos cerrados, porque no podía despegar los párpados, apunté hacia el lugar de donde provenía, pero antes de conseguir disparar de nuevo, el desconocido me agarró de la muñeca y me desarmó sin la menor dificultad.

—¡Ay, mis ojos! —gemí sin dejar de restregármelos con la mano libre.

—No hagas eso que es peor.

Al oír esa voz inquietante tan cerca de mi oído y sentir la bocanada de aire frío que inundó el interior del Mercedes, comprendí que el desconocido había levantado el seguro y había abierto la puerta. A ciegas y sin dejar de toser traté de golpearlo con los puños, pero fue inútil. No di ni una.

—¿Quieres parar de una vez? Me envía Jamie Torres.

—¡Jaime! ¿Conoce a Jaime?

—Soy Phoenix —dijo lacónico.

Phoenix. El nombre encendió una lucecita en mi cerebro y enseguida me vino a la cabeza el resto de la información. Jaime me había hablado de él; Phoenix era el adolescente que había intentado atracarlo una noche en un aparcamiento y al que había acabado adoptando meses más tarde.

El alivio que experimenté fue tan grande, que empecé a reír y llorar al mismo tiempo. Estaba claro que, al menos a corto plazo, no iba a conseguir dominar esa vena histérica que había aflorado desde lo más profundo de mi ser, pero, por una vez, no sentí la menor vergüenza al dejarme llevar por mis emociones.

Noté que se inclinaba sobre mí y, al instante, se apagó el ruido del motor.

—Venga ponte el abrigo y unas botas.

—¿El abrigo? ¿Unas botas? —Desconcertada, giré la cabeza hacia el lugar de donde provenía la voz, porque seguía con los párpados pegados.

—El coche está atascado. Tenemos que caminar.

—¿Cómo que tenemos que...?

Pero él debía de estar cansado de que le respondiera como un eco porque, antes de poder acabar la frase, ya me había quitado mis adorados Stuart Weitzman y, a juzgar por los dos golpes secos que oí a continuación, los había tirado de cualquier manera sobre el asiento del acompañante.

—¿Qué mierdas de calzado es este?

Pese a que sonó como una pregunta retórica, me dolió que se refiriera con tanto desprecio a mis zapatos favoritos.

—Llevo aquí unas botas de montaña que acabo de comprar —me apresuré a defenderme; odiaba que alguien, aunque fuera un desconocido al que ni siquiera podía poner cara, pudiera pensar que descuidaba los detalles —, pero son incomodísimas para conducir.

—Todo el mundo sabe que los zapatos con diez centímetros de tacón son mucho más adecuados.

—Te agradecería que te ahorraras el sarcasmo, no...

Pero él siguió a lo suyo sin hacerme el menor caso y, dos segundos después, ya me había puesto las botas. En un periquete ató también los cordones, me ayudó a meter los brazos por las mangas del anorak con capucha forrada de piel que también había comprado para la ocasión y me subió la cremallera hasta la barbilla.

—¿Tienes unos guantes?

—Por supuesto, ¿qué te crees?

Busqué en los bolsillos del anorak y encontré los preciosos guantes de ante que me había regalado mamá hacía un par de cumpleaños y que hasta ese momento no había tenido oportunidad de estrenar. Rechacé su ayuda de un manotazo y me los puse sin demasiada dificultad. En cuanto terminé, Phoenix me sujetó por debajo de los brazos y, sin pedir permiso, me arrastró fuera del coche como si fuera un fardo.

—Pero no puedo ir andando —protesté, agarrada a la puerta del coche como quien se aferra a un salvavidas—. No veo nada y tengo un montón de equipaje en el maletero. Tú solo no podrás cargar con la maleta y las cajas.

—No pensaba hacerlo. —Con suavidad, me obligó a aflojar los dedos y cuando me solté por fin, me dio un ligero empujón hacia la que, imaginé, sería la dirección correcta.

—¡Mi bolso! —Sin hacer caso de la maldición que soltó mi guía, clavé los tacones de mis North Face nuevecitas en la nieve y me negué a avanzar un milímetro más. —No pienso dejar mi bolso aquí para que lo robe cualquiera.

—Claro, a los osos les encanta robar bolsos.

Esta vez, el siniestro significado de sus palabras me hizo pasar por alto su insoportable sarcasmo.

—¿Osos? —repetí con un hilo de voz.

Lo oí cerrar de un portazo y, sin contestar, pasó la correa del bolso por encima de mi cabeza, me cogió del codo y me obligó a avanzar. Desde luego, el tal Phoenix, además de ser parco en palabras, no resultaba nada amable. Sin embargo, decidí no oponer más resistencia y dejarme llevar, pese a que mis botas se hundían en la nieve a cada paso. Acaricié el pesado bolso que me

colgaba a la altura de la cadera con los dedos helados. Aquellos guantes tan finos apenas me protegían del frío, pero imaginar el tacto suave del cuero hizo que me tranquilizara un poco.

«Al menos», pensé. «Este bolso de diseño exclusivo es la prueba palpable de que, no lejos de aquí, hay un universo cien veces más agradable y mucho más manejable llamado civilización».

2

No sabía cuánto tiempo llevábamos andando, pero empezaba a estar muy cansada. El bolso pesaba una tonelada y caminar por la nieve blanda resultaba agotador. A pesar de que no me quejé, él debió de notarlo, porque rompió su mutismo para decir tan solo:

—Casi hemos llegado.

Al cabo de un rato, oí el inconfundible chirrido de una puerta al abrirse y, poco después, volví a oírla cerrarse a mi espalda. Una bocanada de aire caliente me recibió y, aliviada por el cambio de temperatura, golpeé una mano contra la otra para que la sangre volviera a circular por los dedos semicongelados.

—Quítate esos guantes ridículos, están empapados.

—No son ridículos, son un regalo de mi madre —repliqué ofendida, pero cuando traté de sacármelos mis dedos agarrotados se negaron a colaborar.

Del mismo modo expeditivo en que ese hombre parecía hacerlo todo, me quitó los guantes, me frotó las manos con fuerza sin hacer caso de mi exclamación de dolorida sorpresa, y luego le tocó el turno al anorak. Después, me sujetó de la barbilla con unos dedos mucho más calientes que los míos y me obligó a levantar el rostro hacia él. Imaginé que estaría evaluando el estado de mis ojos. Unos segundos más tarde me soltó y ordenó:

—Espera aquí.

Ja. Como si estuviera pensando en irme de juerga. Entonces me dio un ligero empujón y caí hacia atrás sobre algo blando. Por la forma, parecía un sillón y, a juzgar por la intensidad del calor y el crepitar de las llamas, debía de estar cerca de una chimenea. No me dio tiempo a protestar por su falta de delicadeza, porque en ese momento oí que la puerta se abría y se cerraba de nuevo.

Al instante, me invadió una profunda inquietud. Y ¿si no volvía? ¿Sería capaz de largarse y dejarme allí sola? Tanteé con las manos, como había visto hacer a los ciegos de las películas, para tratar de averiguar algún dato más del lugar en dónde me encontraba. El sillón tenía brazos y, por el tacto, deduje que estaba tapizado con un cuero bastante desgastado, pero antes de que me diera tiempo a investigar más en profundidad, la puerta se abrió de nuevo y una ráfaga de viento helado se coló hasta adentro, haciéndome estremecer. Poco después, oí unos ruidos ahogados y me imaginé que estaría quitándose las prendas de abrigo.

—Voy a limpiarte los ojos con leche. —No esperaba que estuviera tan cerca y, de nuevo, esa voz de profundidades insondables me hizo dar un violento respingo.

—¿Leche? No es necesario, si me llevas al baño yo misma me enjuagaré los ojos en el lavabo.

Una de dos, o aquel tipo era sordo o pasaba por completo de mi porque, segundos después, me apartó la mano y se sentó en el brazo del sillón. Volvió a sujetarme de la barbilla y comenzó a limpiarme los ojos con un trapo empapado.

—Echa la cabeza más atrás —ordenó.

Obedecí resignada esa nueva orden y solo protesté cuando me abrió los párpados a la fuerza y echó un chorro de algo muy frío en el interior de cada uno de mis ojos.

—¡Ay! —Escocía un montón, y forcejeé en un vano intento de soltarme.

—Quieta.

—Escuece mucho —lloriqueé.

Me sujetó de las muñecas para evitar que me frotara los ojos y sopló en ellos para aliviar el escozor.

—Eso te pasa por jugar con armas, «la violencia es el último refugio de los incompetentes».

Era la frase más larga que había dicho hasta ahora, y también una de las más ofensivas que me habían dedicado en mi vida. En mi opinión, la acusación de «ser incompetente» era el peor insulto que nadie pudiera dirigirle a una persona.

—¡No soy ninguna incompetente! Pensaba que eras un asesino, ¿qué querías que hiciera? —me defendí.

Phoenix me soltó y se puso en pie.

—Para empezar, no haberte dejado fuera de combate a ti misma. Eres muy torpe; si en verdad hubiera sido un asesino, ya te habría matado media docena de veces.

Aquella nueva muestra de sarcasmo no merecía una contestación y, para recordármelo, apreté las mandíbulas hasta hacerme daño. Probé a abrir los párpados y me di cuenta de que empezaba a recobrar la visión. Al instante, me olvidé de mi enfado.

—¡Está funcionando!

Poco a poco, los objetos que me rodeaban empezaron a recuperar la nitidez; el fuego que ardía en la chimenea adquirió un brillo intenso, y me di cuenta de que lo que hasta entonces me había parecido una masa informe eran, en realidad, las piedras toscamente talladas que formaban la embocadura de la chimenea. Luego, mis pupilas se desplazaron hasta los gruesos troncos sin desbastar con los que estaban construidas las paredes de la cabaña. Sin embargo, antes de que me diera tiempo de apreciar el resto de los detalles, la voz profunda de mi rescatador me sobresaltó por enésima vez:

—¿Quieres una infusión?

Me volví a mirarlo con curiosidad y me quedé sorprendida. No había esperado encontrarme con un nativo americano o, al menos, me corregí al reparar en los extraordinarios ojos azules, con alguien con un alto porcentaje de sangre india en las venas.

Lo siguiente que me sorprendió fue que iba vestido tan solo con unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca de manga corta que dejaba al descubierto los brazos fibrosos. Además, se había quitado las botas e iba en calcetines. Pese al calor de la chimenea, yo llevaba una blusa y un grueso jersey y no me sobraba nada.

—¿No tienes frío? —fue lo único que se me ocurrió decirle.

—No. Puedo regular la temperatura del cuerpo a voluntad.

Levanté las cejas, impresionada. Menuda suerte. Ya me gustaría a mí tener ese superpoder.

Se acercó a mí sin hacer ruido con una taza humeante en la mano, y esa forma de moverse me recordó al gato atigrado que, de vez en cuando, se colaba por la ventana de la cocina de mi apartamento de San Diego. Phoenix era alto —demasiado, en mi opinión, pues al ser yo bajita me hacía sentir en desventaja— y, aunque no era un hombre corpulento, lo envolvía una atmósfera de potencia controlada que resultaba bastante amenazadora. El pelo negro y liso, partido en el medio por la raya, le llegaba a la altura de los hombros y ponía de relieve los altos pómulos. Un peinado sencillo con un aire retro, muy alejado de los cortes del estilista de moda de turno que llevaban

mis compañeros del bufete. No pude evitar compararlo con Luke; los dos hombres no podían ser más distintos. Había algo en el tal Phoenix que resultaba en extremo inquietante.

—Toma.

Me tendió la taza, y olisqueé el contenido, dudosa.

—¿Qué es?

—Té de flor de buganvilla. Es bueno para las vías respiratorias.

—No es necesario, en el bolso llevo paracetamol, ibuprofeno y aspirinas, aunque estas no son aconsejables en caso de resfriado. Creo recordar que también metí un jarabe para la tos.

—Bébetelo, es completamente natural.

Era el tipo de comentario de mamá, farmacéutica y experta en remedios naturales, y al que yo no habría hecho demasiado caso ya que me fiaba mucho más de los medicamentos convencionales. Al pensar en mi madre no pude contener un puchero, pero, por suerte, conseguí dominarme en el último segundo.

Debo reconocer que no soy muy fan de las infusiones, pero decidí que me vendría bien algo caliente, así que di un sorbito. El sabor no era desagradable y, mientras bebía poco a poco, fui tomando conciencia del sitio en el que me encontraba. A mi derecha, pegados a la pared, descubrí una pesada cocina de hierro, un extraño mueble de madera, alto y estrecho, y un fregadero de piedra que, en vez de grifo, tenía una de esas bombas de agua que salían en los anticuados *westerns* en tinte. Al fondo del todo había una pequeña cama de matrimonio cubierta con una colcha antigua de *patchwork* de colores desvaídos, con un pequeño arcón a los pies. Una cuerda con varias prendas tendidas iba desde uno de los barrotes de hierro del pie de la cama, hasta un clavo que sobresalía por encima de la única ventana de la habitación. En el centro una mesa, tan rudimentaria como el resto de la decoración, con un par de sillas, los dos viejos sillones de cuero frente a la chimenea en uno de los cuales estaba yo sentada y... ya. Eso era todo.

Cada vez más inquieta, dije:

—Esta no es la cabaña de Jaime, ¿verdad?

—Sí.

Se me cayó el alma a los pies, calzados con esas botas pesadas y planas a las que no estaba acostumbrada. Hasta las zapatillas de dormir que usaba en casa tenían algo de tacón.

—Es broma, ¿verdad? —insistí suplicante—. Esto parece el decorado de una vieja película del Oeste.

Sin preguntar, mi anfitrión cogió la taza, ahora vacía, a la que me aferraba como si fuera un salvavidas y la llevó al fregadero. Agarró la palanca de hierro, bombeó hasta que salió un chorro de agua y las aclaró en un periquete.

—Siempre suelo llevar un botecito de jabón en el bolso... —ofrecí con amabilidad, señalando mi precioso Michael Kors que destacaba encima de la mesa como un adorno incongruente.

Una vez más, él respondió como si no me hubiera oído.

—La cabaña es de 1890 y está tal cual la dejaron sus primeros habitantes. No me negarás que es de lo más pintoresca. —Noté cierto brillo burlón en los llamativos ojos azules que resaltaban en el rostro atezado y, pese a que no era muy dada a las antipatías a primera vista, me dije que ese tipo no me gustaba demasiado.

—Pintoresca puede, pero no parece un lugar adecuado para vivir. Ni siquiera veo el cuarto de baño.

—¿No?

Phoenix empujó con el pie hasta el centro de la habitación un enorme barreño de zinc

antediluviano que había estado oculto detrás de la no menos antediluviana cocina de hierro.

—La bañera, el lavabo —señaló el fregadero con la barbilla— y saliendo a la derecha está el excusado.

Fruncí el ceño, convencida de que lo había entendido mal.

—¿Cómo que saliendo? ¿Qué quieres decir?

Aunque estaba muy serio, los ojos azules relucían. Positivamente.

—Tranquila, no está lejos. Hay una letrina a ese lado de la cabaña —indicó la dirección correcta con una mano.

«Estoy soñando», pensé. «Todo esto es una pesadilla de la que me despertaré en...».

—¡Es imposible! Jaime no me haría nunca algo así. Una cosa es mandarme a una cabaña sin wifi, como ya me advirtió. Soy una persona adulta y razonable y puedo soportar estar un par de semanas sin conexión —dije con firmeza, pese a que tampoco lo tenía demasiado claro porque nunca antes había hecho la prueba—, pero esto...

Hice un gesto expresivo con las manos y negué con la cabeza.

—Es lo que hay. —Mi interlocutor se encogió de hombros, se agachó para echar unas cuantas astillas de madera en el interior de la cocina, y volvió a cerrar la puerta metálica con un golpe seco.

—¿Cómo que es lo que hay? —Al detectar una leve nota de histeria en mi voz, inspiré hondo y traté de calmarse. Unos segundos después, conseguí decir en un tono algo más comedido—: No pienso quedarme aquí.

Él se encogió de hombros una vez más.

—¿Puedo preguntarte cómo te llamas?

El súbito cambio de tema me desconcertó.

—Azucena.

—Azu... Asu... Az... —Trató de repetirlo, pero, como les ocurría a todos los norteamericanos, fue incapaz.

—Mi madre me llama Achu.

—Achu. —Frunció las negras cejas por encima de la larga nariz, ligeramente aguileña, que le daba un aire a un tiempo distinguido y peligroso—. Suena como un estornudo.

—Oye, no te pases.

—¿Qué significa azu... asu...? —se rindió—. ¿Tiene algún significado tu nombre?

—Una azucena es una flor. En inglés sería Lily.

—Entonces te llamaré Lily.

—No, gracias, es mi madre la que se llama así. En realidad, se llama Leonor, pero todos la llaman Lili.

Sin quitarme ojo, Phoenix apoyó las caderas sobre la mesa y se cruzó de brazos con aire pensativo.

—Arrankaya entonces —dijo al fin—. Es azucena en maya. Es un poco largo, así que te llamaré Kaya.

«Y se queda tan ancho, como si fuera lo más normal del mundo ir por ahí rebautizando a las personas que acababas de conocer».

Sin embargo, pese a que me hervía la sangre, decidí que no merecía la pena discutir con semejante energúmeno.

—Llámame como quieras. Yo me largo de aquí.

Con decisión, me levanté del sillón, cogí el anorak y metí un brazo por una de las mangas. Él se limitó a negar con la cabeza, sin dejar de mirarme.

—Mala idea, Kaya. La tormenta está en todo su apogeo y el coche no va a moverse de donde está, y eso si eres capaz de encontrarlo.

Estaba tan concentrada en nuestra discusión, que me había olvidado de la tormenta; incluso había dejado de oír el viento, pese a que seguía aullando como un lobo herido. Me quedé donde estaba, mirándolo derrotada con el anorak a medio poner. Me temblaban los labios y las lágrimas, incontenibles, no se hicieron esperar.

—Todo me sale mal —lloriqueé como una niña pequeña.

Siempre me habíapreciado de ser una profesional fría y eficaz, que no mostraba jamás sus emociones; de hecho, sabía que en el bufete me apodaban *ironwoman* y me enorgullecía de ello, pero desde hacía semanas el verbo «lloriquear» y yo éramos un *pack* inseparable.

En dos zancadas Phoenix se plantó a mi lado y me estrechó entre sus brazos. Era tan alto, que sentí que me perdía dentro de ellos. Debería haberme resistido, claro, y aún no sé por qué no lo hice; si había algo que odiaba en este mundo era que me compadecieran, y todavía odiaba más que me tocara un desconocido. Sin embargo, me limité a pegar la mejilla a esa camiseta que olía como él, a aire libre con una pizca de algo especiado, y seguí llorando con desconuelo, pero mucho más a gusto.

—Venga, llora, «el alma descansa cuando echa sus lágrimas». —Me pareció una frase preciosa, pero la estropeó al instante—: Y la tuya debe de estar de lo más descansada porque, desde que te conozco, no has parado de berrear.

Me aparté de él de inmediato y me defendí entre hipidos:

—No... no es fácil, ¿sa... sabes? No tienes ni idea de lo que significa que, de... de pronto, toda tu vida se venga a... abajo y, para más inri, acabes en un sitio pe... perdido, en una cabaña sin uno solo de los últimos avances tecnológicos del último siglo y medio, en compañía de un tipo... en compañía de un tipo que... que se ríe de mí. —Aunque intenté controlarme, el llanto arreció—. No... estoy acostumbrada a que... a que se rían de... de mí.

—Impresionante.

Ahí estaba otra vez, divirtiéndose a mi costa. No podía soportarlo un segundo más, pero no tenía a dónde ir. Ni siquiera un dormitorio donde encerrarme dando un portazo. Me sentía muy, pero que muy desgraciada.

—Vamos. Te enseñaré la letrina, seguramente estarás deseando ir al baño.

Lo miré con incredulidad. Acababa de contarle el drama en que se había convertido mi vida y lo único que se le ocurría a ese tipo insensible era hablarme de letrinas. Ahogada en un mar de autocompasión, asentí sin dejar de hipar; lo cierto era que me estaba haciendo pis desde hacía un buen rato.

Con insospechada delicadeza, el «tipo insensible» atrapó un mechón de pelo que se me había quedado pegado a la mejilla mojada y me lo colocó detrás de la oreja. Luego me ayudó a ponerme la otra manga del anorak y, como la vez anterior, me subió la cremallera hasta arriba como si fuera una cría y me hizo una seña en dirección a la puerta.

—Sal rápido.

Enseguida entendí por qué lo decía; en cuanto abrió la puerta, una ráfaga de viento y copos de nieve se coló dentro, haciendo bailotear descontroladas las llamas de la chimenea. Phoenix tuvo que emplearse a fondo para volver a cerrarla. No se veía casi nada en medio de semejante ventisca, pero él me agarró del brazo y me condujo a unos metros de la cabaña.

Distinguí la estructura, alta y estrecha, de la letrina cuando ya casi podía tocarla.

—Al lado del retrete hay dos cubos, uno de arena y otro de cal. Cuando hayas terminado echa una palada de cada, da igual si son sólidos o líquidos —gritó Phoenix para hacerse oír por

encima del viento.

No estaba acostumbrada a que los hombres mencionaran temas escatológicos en mi presencia. Luke se habría cortado la lengua antes de hablar de retretes, letrinas o líquidos y sólidos, pero estaba claro que no me iba a quedar más remedio que empezar a acostumbrarme. Al parecer, ese tal Phoenix era todo naturalidad.

Abrí la puerta con precaución y tuve que empujar con el hombro para cerrarla después. Busqué el interruptor con la mirada. Ni rastro. La escasa luz entraba por las aberturas que había arriba y abajo de la puerta, acompañada de un frío horroroso. Por lo menos, me dije tratando de ser positiva, con esa eficaz ventilación no olía tan mal como me había temido. Un gran cajón de tablones con un asiento en el centro, también de madera, ocupaba la mayor parte del espacio. Levanté la tapa con dos dedos y cara de asco antes de desabrocharme los pantalones, bajármelos y acomodarme sobre el asiento.

—¡Joder! —se me escapó.

Era como sentarse sobre un bloque de hielo. Preocupada, me pregunté si cuando me levantara se me quedaría la piel del trasero ahí pegada. No me apetecía ser despellejada en vida, así que en cuanto terminé, arranqué un poco de papel de un rollo sujeto a la pared con un alambre, me limpié y me subí la ropa a toda prisa. Instintivamente busqué la cadena, pero al instante recordé que ese excusado «tan pintoresco» carecía de semejantes modernidades.

Me fijé en los cubos de los que él había hablado; estaban en una esquina, cada uno con su palita. Eché un poco de arena y luego la cal, pero entonces me entró la duda de si el orden era el correcto, así que repetí la operación echando primero la cal y luego la arena. Me disponía a insistir en el proceso para asegurarme de que no iba a dejar detrás de mí una bomba de relojería, cuando la voz impaciente de mi acompañante me sobresaltó.

—¿Te queda mucho?!

—¡Ya voy!

—Ya era hora, me estoy congelando.

Cerré bien la puerta al salir.

—¿No eras tú el que regulaba a voluntad la temperatura de su cuerpo?

Soltó un gruñido, me agarró del brazo y me llevó de vuelta casi en volandas.

Con la mirada fija en las llamas tamborileé, impaciente, sobre el cuero cuarteado del brazo del sillón. Acabábamos de terminar de cenar a la escasa luz que emitían las dos lámparas de aceite que Phoenix había encendido en cuanto se hizo de noche. La cena había consistido en un guiso de conejo aromatizado con hierbas. Desde luego no era una bandeja de *sushi* ni una hamburguesa de buey de Kobe con bien de patatas fritas, ni siquiera un envase de *chicken satay* de mi tailandés favorito —los platos que solía pedir siempre que me quedaba a trabajar hasta tarde; algo bastante habitual por otra parte—, pero lo cierto era que no estaba del todo malo y, como estaba muerta de hambre, repetí un par de veces.

Luego Phoenix se había sentado cerca del fuego con un libro y se había enfrascado en la lectura, ignorándome por completo. Sin saber qué hacer, algo a lo que no estaba acostumbrada porque, normalmente, siempre había algo que requería mi atención, saqué el móvil del bolso para llamar a mamá y comprobé con horror que allí tampoco había cobertura. Eché un vistazo a mi precioso Bvlgari B zero1 que llevaba en la muñeca y que parecía completamente fuera de lugar en ese entorno tan primitivo.

—¡Solo son las nueve! —Una nota de desesperación se me escapó sin poder evitarlo.

Por lo general, a esas horas aún estaba en mi despacho de la trigésima planta de uno de los edificios más altos de San Diego, con un montón de asuntos pendientes encima de la mesa. Solía plegar a eso de las once, pero muchas veces Luke aún no estaba en casa cuando yo llegaba. De pronto, se me ocurrió pensar en todas esas noches en las que había sentido lástima porque el pobrecito Luke trabajaba todavía más que yo. Trabajar. Ja. Seguramente, el muy cerdo dedicaba esas horas extra a hacer cochinas entre las gruesas piernas de esa, de esa... Se me escapó un gemido.

—¿Decías algo?

Phoenix levantó los ojos del libro que tenía abierto sobre el regazo y me miró con fijeza. Avergonzada por mi falta de control, me apresuré a negar con la cabeza. La tormenta había pasado por fin, y no se oía nada salvo el crepitar de las llamas y el crujido del papel cada vez que el hombre que estaba sentado frente a mí pasaba una página. Tanto silencio me daba ganas de gritar. Estaba acostumbrada al rumor del mar, al ruido del tráfico, al barullo casi constante de las alarmas de policía y ambulancias.

Inquieta, me levanté del sillón y caminé hacia la puerta, luego hice el recorrido en dirección contraria.

—¿No puedes estarte quieta? —dijo Phoenix con sequedad.

Me volví a mirarlo con el ceño fruncido y pensé, una vez más, que ese hombre no era nada amable. Sin embargo, sin saber muy bien por qué, me encontré dándole explicaciones.

—Es que no estoy acostumbrada a este silencio.

Alzó las cejas, como si no supiera a qué silencio me refería.

—Veras —volví a intentarlo, sin dejar de dar vueltas alrededor de la mesa—, suelo trabajar hasta tarde y luego en casa leo las últimas noticias en el ordenador, o repaso los informes del día siguiente o veo algún capítulo de una serie...

—¿En qué trabajas?

Desde luego, me dije fastidiada, era experto en preguntas concisas, así que no entendía por qué me sentía en la obligación de darle largas respuestas.

—Soy abogada en uno de los despachos más importantes de San Diego. Tenía muchas posibilidades de que me hicieran socia este año, ¿sabes? —Mi voz se quebró y me pregunté a mí misma que qué narices iba a saber un hombre que vivía en aquel lugar perdido de la mano de Dios. Traté de calmarme y proseguí—: Pero ahora esas posibilidades se desvanecen. Toda la vida volcada en mi carrera para luego echarlo todo a perder en un instante.

Parpadeé varias veces para contener las lágrimas.

—¿Qué es lo que has echado a perder, exactamente?

Me detuve en seco y me enfrenté a él con los brazos en jarras. Desde luego, el pobrecillo no parecía demasiado inteligente.

—Pues qué va a ser: hacer una carrera fulgurante, llegar a lo más alto...

—¿Lo más alto de qué? —me interrumpió.

—¿Tú qué crees? Llegar a lo más alto de mi profesión, enfrentarme a retos que pongan a prueba mi inteligencia, ganarme la admiración de los que me rodean y, de paso, ganar también mucho dinero. —Me encogí de hombros—. Lo que sueña la mayoría de la gente, vamos.

—¿La mayoría?

Solté un bufido de impaciencia y me di la vuelta. Ya estaba harta de esas estúpidas preguntas.

—Da igual. No lo entenderías ni en un millón de años.

—¿Porque soy un indio ignorante?

Semejante salida de tono hizo que me volviera a mirarlo llena de rabia.

—¡Para nada! Mis palabras no iban por ahí en absoluto. No soy ninguna racista. Puede que piense que eres ignorante, pero nunca lo asociaría con tu condición de nativo americano. Creo que todo el mundo tiene un potencial que está obligado a alcanzar sin excusarse en su raza, sexo o su clase social.

—Perdona entonces por haberlo interpretado mal.

Pero no parecía nada arrepentido; de hecho, una vez más, detecté en esos ojos inquietantes un destello burlón. Decidí ignorarlo olímpicamente.

—Creo que voy a irme a dormir. Aquí no hay nada que hacer.

—¿Qué tipo de series te gusta ver?

—¿Eh? —pregunté desconcertada.

—Has dicho que te gustaba ver series por la noche, ¿de qué tipo? De aventuras, románticas, de guerra...

En esta ocasión el súbito cambio de tema me tranquilizó; al menos por ahí no acabaríamos en ningún terreno pantanoso.

—Bueno —con un nuevo encogimiento de hombros, volví a dejarme caer en el sillón—, me gustan sobre todo las series de abogados.

—¿Esas en las que los protagonistas rezuman ambición por los cuatro costados? —Aquello sonó como una crítica y noté que me ponía a la defensiva.

—¿Qué tiene de malo la ambición?

—Nada si la controlas.

De pronto, tenía la sensación de que me estaba juzgando y no me gustó en absoluto. Él debió de notar mi incomodidad, porque al instante se descolgó con otro de esos desconcertantes cambios de tema.

—¿Por qué lo echaste a perder?

En esa ocasión, no tuve ningún problema en entender a qué se refería. Desvié la mirada al instante y la posé en las llamas. No pensaba responder a más preguntas. No tenía ninguna intención de contarle mi vida a alguien que me juzgaba sin conocerme. No iba a...

—Pillé a mi novio con otra mujer —me sorprendí diciendo y añadí—: En mi cama.

—¿Tu novio?

No era que hubiera tenido muchas esperanzas de recibir alguna muestra de simpatía y comprensión por parte de un ser al que, desde el principio, había catalogado como alguien incapaz de interesarse mínimamente por los sentimientos del prójimo, pero, desde luego, lo que no esperaba fue el tono incrédulo que empleó.

—Puede que no te lo creas, pero sí, tenía un novio con el que llevaba saliendo cuatro años. De hecho, hacía dos que vivíamos juntos —respondí desafiante.

—No entiendo.

Ese lacónico comentario acabó de sacarme de mis casillas.

—¿Puede saberse qué es lo que no entiendes? —casi grité.

Pero él respondió sin inmutarse:

—Lo de las noticias, los informes, las series.

Una vez más, lo miré confundida.

—Y ¿por qué no?

—Porque si tú fueras mi novia, me pasaría toda la noche haciéndote el amor —afirmó desapasionadamente.

Me quedé de piedra y noté un calor abrasador en las mejillas. Era el último comentario que había pensado que saldría nunca de sus labios; de esos labios finos y algo crueles que, al parecer, jamás sonreían. El extraño brillo que percibí en la intensa mirada azul hizo que me revoliera incómoda en el sillón. De pronto, caí en la cuenta de que estaba a solas en una cabaña perdida en medio de la nada con un tipo que, en efecto, podía ser el psicópata por el que lo había tomado en un principio.

—Me voy a dormir. —Esta vez fui yo la que cambió de tema con brusquedad. Me levanté del sillón y miré a mi alrededor. De pronto, caí en la cuenta de otra cosa más inquietante todavía y, pese al calor de las llamas, se me puso la carne de gallina—. ¿Dónde voy a dormir?

—En la cama, claro.

Al oírlo, sentí un profundo alivio.

—Y ¿tú?

—¿Dónde va a ser? En la cama también.

Lo miré horrorizada.

—¡No pretenderás que duerma en esa cama contigo!

Phoenix levantó las palmas de las manos, como si quisiera demostrarme que no albergaba intenciones perversas.

—Mira, Kaya...

—¡No me llames Kaya! Ese no es mi nombre.

—Tranquilízate.

—¡Estoy muy tranquila! —Di una patada en el suelo que desmentía por completo mi afirmación, y en el acto me avergoncé de comportarme como una cría—. Es que no lo entiendo...

—dije con voz lastimera.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—¡Cómo ha podido Jaime hacerme esto! —Al menos la furia substituyó a la autocompasión y, una vez más, empecé a caminar arriba y abajo de la habitación sin dejar de gesticular con las manos—. Me dijo que este era un lugar tranquilo en medio de la naturaleza. Me dijo que no había wifi, pero no imaginé que no tendría ni gota de cobertura. Pensé que sería una casita moderna con todas las comodidades, una de esas cabañas chulas que salen en las revistas de decoración y que, por un segundo, solo por uno, te hacen pensar que sería agradable pasar unos días alejada del mundanal ruido. Pero ¿esto? —Sin poder creer aún del todo que aquello fuera real, abarqué con los brazos lo que me rodeaba—. ¡Por el amor de Dios! ¿Cómo ha podido imaginar, siquiera por un segundo, que me encontraría a gusto en un cuchitril de cuatro por cuatro en el que no hay ni siquiera un cuarto de baño decente?

—No es un cuchitril.

Como de costumbre, la voz tan increíblemente grave de Phoenix me hizo dar un respingo. Estaba tan concentrada en las numerosas afrentas recibidas que, por un momento, me había olvidado de su presencia. Más furiosa todavía por el recordatorio, me encaré con él acusadora.

—También me dijo que conocía a alguien que me ayudaría a instalarme, pero nunca dijo que tendría que vivir y compartir la cama con él.

Phoenix asintió con seriedad.

—Pues sí que te ocultó información.

—Pero es que es imposible, ¿no lo entiendes?

—Lo cierto es que hablas tanto que me cuesta seguirte.

—¡Ya estás otra vez! Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—Tratarme como si fuera idiota.

—Mira, Kaya...

—¡No me llames Kaya!

Se hizo un silencio incómodo. Al menos a mí me resultó incómodo, porque mi interlocutor no movió ni una pestaña. Su semblante resultaba tan inexpresivo que por un instante volví a sentir un vago temor, pero me sobrepuse y dije con firmeza:

—No dormiré en esa cama contigo y mañana, en cuanto salga el sol, me largo de aquí.

Phoenix no contestó, simplemente, volvió a dirigir su atención hacia el libro y me ignoró por completo. En vez de sentirme aliviada, su absoluta indiferencia me fastidió y, sin dejar de mascullar todo tipo de maldiciones contra el destino que parecía empeñado en cebarse conmigo, rebusqué frenética en el interior del bolso algo que sirviera para aliviar mi apurada situación.

—Ajá. —Complacida, saqué la almohada hinchable que usaba para mis desplazamientos en avión, la dejé encima de la mesa y seguí buscando.

Poco después, al lado de la almohada había una chocolatina, un cuaderno de crucigramas y un par de botellitas de *whisky* que, siguiendo un impulso, había comprado en la tienda veinticuatro horas de la esquina junto con la chocolatina y el cuaderno. No me gustaba el *whisky* especialmente, pero pensé que me vendría bien por si me daba por ahogar mis penas en alcohol. En realidad, tampoco me gustaba hacer crucigramas; sin embargo, después de ver lo que ofrecía esa cabaña en cuanto a entretenimiento, me dije que había sido algún tipo de inspiración divina lo que me impulsó a comprar el cuaderno. Luego añadí a la pila la pequeña bolsa de aseo que siempre llevaba conmigo. Abrí la cremallera y comprobé el contenido: cepillo, pasta de dientes, toallitas desmaquillantes, compresas y tampones, y un espejito en el que, aprovechando que le

daba la espalda a mi indeseado compañero de cabaña, me apresuré a echar un vistazo.

Al ver mi aspecto, se me escapó un gemido de espanto. De la perfecta capa de maquillaje sin la que nunca salía de casa, solo quedaban unos chorretones de máscara de pestañas debajo de los ojos que, por cierto, aún estaban irritados por el espray de pimienta. Me apresuré a usar una toallita para quitarme los restos de pintura. Menos mal que solo Phoenix me había visto en semejante estado; por fortuna, no me importaba lo más mínimo lo que ese hombre pensara de mí.

Al sacar la carpeta con los expedientes en los que había trabajado en las últimas semanas se me empañaron los ojos. No sabía para qué la había traído; a esas alturas, todos mis asuntos pendientes estarían ya en manos de mi ex. En White, McKenzie & Newman no esperaban por nada ni por nadie. Cerré los ojos con fuerza; no podía soportar pensar en ello. Pese a nuestra relación sentimental, siempre había habido una sana rivalidad profesional entre Luke y yo.

Bueno. De acuerdo. Sana, sana, lo que se dice sana... Reconozco que yo disfrutaba un poco... ¡Vale! ¡Si era necesario rebuscar en los oscuros pliegues de mi alma lo haría! Había disfrutado «un poco bastante» con la idea de convertirme en su jefa en un plazo no muy lejano. Sabía que a él le escocía en el alma porque era muy ambicioso, pero no me quedaba más remedio que reconocer que, como decía mamá, yo era una friki del control aunque, la verdad fuera dicha, nunca había creído que fuera algo de lo que avergonzarse.

—¿Más lágrimas?

No lo había oído acercarse. Del susto, se me cayó la carpeta de las manos, pero Phoenix la cogió al vuelo con unos reflejos portentosos. Me apresuré a enjugarme los ojos y dije con aspereza:

—Te agradecería que no te acercases a mí con tanto sigilo.

Sin decir nada, Phoenix cogió una de las botellas de *whisky* y empezó a jugar con ella.

—¿Bebes?

Me apresuré a arrebatársela de malos modos.

—No es de tu incumbencia.

—No me gusta la gente que bebe.

Desafiante, desenrosqué el tapón y le di un buen trago sin dejar de mirarlo a los ojos. La fuerte bebida estuvo a punto de producirme un ataque de tos, pero logré contenerlo. Los desconcertantes ojos azules no se apartaban de los míos e, incapaz de resistir su mirada, levanté la botella y bebí un poco más.

—Mi madre era alcohólica. Se prostituía para conseguir dinero con el que comprar más alcohol.

Me quedé paralizada, con la botella en el aire. Lo había dicho con tanta indiferencia que, por unos segundos, pensé que había sido una broma pesada para hacerme sentir incómoda. Sin embargo, algo me decía que ese no era un tema con el que él bromeara; en realidad, me costaba imaginar que ese hombre pudiera bromear siquiera. Con suavidad Phoenix me abrió los dedos y me quitó la botella. Luego cogió la que estaba en la mesa.

—Si quieres emborracharte, tendrás que irte a otro sitio.

Y sin ponerse siquiera el abrigo, se calzó las botas, abrió la puerta y desapareció en la oscuridad de la noche.

Me quedé ahí parada, completamente avergonzada de un comportamiento que no era nada propio de mí. La ráfaga de aire helado que acompañó a la apertura de la puerta por segunda vez, me hizo reaccionar al fin.

—Tengo que ir... —dije en voz baja, sin mirarlo.

—Te acompaño.

—No hace falta que te molestes.

Phoenix me lanzó una mirada difícil de descifrar.

—Bien. Llévate una lámpara.

Sin más, cogió el libro y se sentó de nuevo frente a la chimenea.

Me puse el anorak, el gorro y los guantes. Luego cogí una de las lámparas, abrí la puerta y me arrepentí en el acto de haber rechazado su ofrecimiento. Ahí afuera estaba muy oscuro; la luz de la lámpara apenas me permitía distinguir lo que había unos metros delante de mí. Sin embargo, tenía demasiado orgullo para volver a entrar a pedir ayuda. Ya no nevaba, pero el frío me golpeó de lleno, tan contundente como un puñetazo en pleno rostro.

Traté de recordar en qué dirección quedaba la letrina, pero lo cierto era que no me había fijado. Inspiré profundamente y, con decisión, me dirigí hacia la izquierda. Mis botas se hundían hasta la caña en la nieve blanda y avanzaba con torpeza. Llevaba varios minutos caminando cuando tropecé con una piedra o una raíz que estaba oculta debajo de la nieve. Caí de rodillas y, al poner las manos para parar el golpe, la lámpara se apagó. Apreté los dientes y me levanté sin dejar de despotricar. Con los ojos llenos de lágrimas, analicé mi situación: estaba tiritando —tenía los guantes y las rodillas del pantalón empapados—, no veía nada y ni siquiera estaba segura de ser capaz de volver sobre mis pasos. Enseguida llegué a la única conclusión posible: tendría que tragarme mi orgullo y llamar a Phoenix.

—¡Phoenix! —grité con todas mis fuerzas.

—Dime.

Su voz, a menos de un metro de mi espalda, me hizo lanzar un alarido. Me volví hacia él, apretando la mano sobre mi agitado corazón para evitar que se me saliera del pecho.

—¡Me has dado un susto de muerte! ¿Qué haces aquí?

—Te seguí, claro.

Él no había cogido ninguna lámpara, y yo solo podía adivinar el oscuro contorno de su silueta, que se cernía sobre mí como una amenaza.

—Se me ha apagado la lámpara —expliqué lo obvio con voz trémula.

Como de costumbre no se molestó en decir nada, tan solo me agarró del brazo y me condujo en dirección contraria, sin titubear ni una sola vez. Se movía con tanta seguridad, que cualquiera habría pensado que esos extraños ojos azules eran capaces de ver en la oscuridad. Pese a su falta de amabilidad, no podía negar que su presencia y el tacto reconfortante de sus dedos sobre mi brazo me producían un intenso alivio. En un abrir y cerrar de ojos llegamos junto a la letrina; entonces sacó unas cerillas del bolsillo del pantalón, volvió a encender la lámpara y me la dio.

—No tardes.

Obedecí sin rechistar. Colgué la lámpara de un gancho que había en una de las paredes y me di toda la prisa que pude. Esta vez eché tres paladas de cada cosa antes de salir. En cuanto regresamos al caldeado interior de la cabaña, sentí un inmenso bienestar.

—Gracias —dije en voz baja a modo de disculpa.

Por supuesto, a él le dio igual.

—Quítate los pantalones. Toma. —Me tendió la manta que acababa de sacar del arcón—. Envuélvete con esto.

Volvió a salir, y me pareció un detalle que me permitiera un poco de intimidad. También había sido un detalle que, después de que yo rechazara su ayuda sin demasiada amabilidad, saliera detrás de mí para comprobar que no me pasaba nada, admití de mala gana.

Me apresuré a quitarme el anorak, las botas y los pantalones mojados, y me enrollé la manta a la cintura. Sacudí la aparatosa bomba con fuerza hasta conseguir llenar un vaso de agua, me lavé

los dientes en el fregadero y me eché un poco de crema hidratante. Luego empujé uno de los sillones hasta dejarlo frente al otro, cogí la almohada, la hinché y me la puse alrededor del cuello. Satisfecha, me senté y apoyé los pies, calzados con una doble capa de calcetines, en el asiento del otro sillón.

Acababa de terminar de acomodarse cuando la puerta se abrió de nuevo. Phoenix entró y apagó las dos lámparas. Luego oí los ruidos que hacía al prepararse para ir a la cama. Me pregunté si dormiría desnudo con el frío que hacía, pero al instante aparté aquel inoportuno pensamiento de mi cabeza y di gracias a Dios por estar casi completamente a oscuras.

Los minutos pasaban muy despacio y, poco a poco, se convirtieron en horas. El fuego se había apagado y en la chimenea ya solo quedaban los rescoldos. Me estremecí una vez más; tenía frío y no conseguía dormir. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas a las cosas más peregrinas y, en ese momento, entendí qué quería decir la gente cuando hablaba de «un silencio sepulcral».

Salvo el ulular intermitente de alguna desconocida criatura nocturna y un aullido escalofriante que, en modo optimista, preferí atribuir al perro de algún improbable vecino, no se oía nada. Pero nada de nada. Encogí las piernas y me ajusté la almohada por enésima vez aunque, como las anteriores, mis esfuerzos resultaron inútiles; no conseguía encontrar la postura. Además, los dos tragos de *whisky* solo habían servido para darme dolor de cabeza, y no me atrevía a levantarme a coger una pastilla del bolso y a darle a la bomba por temor a despertar al hombre que dormía unos metros más allá.

De repente, me alzarón en el aire, pero antes de poder soltar el chillido aterrorizado que se me subió a la garganta, Phoenix me dejó caer sin la menor delicadeza sobre una superficie blanda.

—¿Puede saberse qué haces? —pregunté indignada mientras trataba de zafarme a patadas de la manta, que dificultaba mis movimientos.

—Haces mucho ruido y no paras de moverte.

—¡No voy a dormir aquí contigo! —Muy a mi pesar, mi voz adquirió un indisimulable matiz histérico.

—Calma.

Era desquiciante; cada vez que lograba incorporarme, mi atormentador apoyaba la base de la palma de la mano en mi frente y con un ligero empujón me hacía caer hacia atrás.

—¡Deja de hacer eso! Quiero salir de aquí. ¿Qué pretendes? —Pese a que trataba de disimularlo, estaba cada vez más asustada.

—Solo pretendo dormir. Aunque no te lo creas, soy muy capaz de resistirme a tus encantos. Solo quiero que te estés quieta y que podamos pegar el ojo de una vez.

El tono desapasionado que empleó me tranquilizó de inmediato, aunque me vi obligada a reconocer que la parte de «soy muy capaz de resistirme a tus encantos» me escoció un poco. Por supuesto que no tenía la menor intención de impresionar a ese hombre, pero lo cierto era que, desde lo de Luke, mi autoestima no pasaba por su mejor momento. Phoenix debió de notar que no iba a resistirme más porque, en la penumbra, lo vi rodear la cama y, unos segundos después, el otro extremo del colchón se hundió bajo su peso.

—¿Cómo quieres que duerma en la misma cama que un desconocido? —susurré con voz trémula.

Pero él se limitó a darme la espalda y a subirse un poco más la colcha.

En silencio maldije a ese hombre de pocas palabras; a Jaime, por haberme enviado a ese espantoso lugar con semejante compañía y, sobre todo, maldije a mi ex con todas mis fuerzas. Él era el principal culpable de haber vuelto del revés mi ordenada existencia. Con los ojos húmedos clavados en el techo de la cabaña, llegué a la conclusión de que era inútil desesperarse.

Agucé el oído, pero, al contrario de lo que ocurría con Luke, que en cuanto apoyaba la cabeza en la almohada empezaba a roncar, no fui capaz de distinguir ni el más leve rumor de su respiración. No tenía la menor idea de si mi indeseado compañero de cama dormía o no, pero entre elucubración y elucubración se me abrió la boca en un descomunal bostezo. Tenía que reconocer que el blando colchón de lana era mucho más confortable que el sillón y que allí no hacía tanto frío.

Para evitar mayores intimidades, decidí que dormiría encima de la colcha. Procurando no moverme mucho para no molestarlo, me desenrollé la manta de la cintura y, alejándome de Phoenix todo lo que pude, le di la espalda a mi vez y me tapé con ella hasta las orejas. Bostecé de nuevo, cerré los párpados y, de inmediato, me quedé profundamente dormida.

Me desperté en mitad de la noche con una intensa sensación de bienestar. Tenía la mejilla apoyada sobre una superficie caliente y no excesivamente mullida, pero, a pesar de ello, estaba muy cómoda. Los párpados se me cerraban, así que me acurruqué un poco más y, en ese momento, noté que mi peculiar almohada se movía debajo de mí. Me espabilé en el acto y estuve a punto de lanzar un grito de espanto. Con el corazón desbocado, me aparté al instante de lo que, ahora me daba cuenta, no era la almohada, sino un pecho masculino. A razón de un centímetro por minuto, para no despertar al hombre que dormía a mi lado, fui reptando hacia mi lado de la cama, hasta que comprendí que si me alejaba más me caería al suelo. De nuevo le di la espalda y me envolví mejor en la manta; lejos de la calidez que emanaba de él hacía mucho más frío.

Incapaz de relajarme no fuera a ser que mi cuerpo volviera a traicionarme —Luke se había quejado en innumerables ocasiones de lo muchísimo que me movía cuando dormía; hasta el punto de que, más de una vez, se había levantado y había pasado el resto de la noche en el sofá del salón—, seguía sintiendo en la mejilla el calor de ese pecho en el que no había ni rastro de vello y no conseguí volver a dormirme hasta que empezó a amanecer.



—¿Vas a dormir todo el día?

Me incorporé sobresaltada, abrí los ojos y, de golpe, recordé los acontecimientos del día anterior.

El sol entraba a raudales por la ventana sin cortinas. Phoenix trajinaba en la cocina, y el olor que despedía lo que quisiera que estuviese cocinando en esa sartén de hierro que tenía pinta de pesar una tonelada hizo que empezara a salivar.

Noté que los ojos azules no se despegaban de mí y, al bajar los míos, comprendí a qué se debía tanto interés. En algún momento de la noche me había destapado, y el jersey y la blusa que llevaba apenas alcanzaban a esconder la bragas de encaje —una de las piezas del sugerente conjunto de La Perla que había comprado unos días atrás, en parte por que me encantaba y en parte porque necesitaba volver a sentirme atractiva después de lo de Luke—, que estaban completamente fuera de lugar en aquel entorno hostil. Con un gritito me apresuré a cubrirme de nuevo con la colcha.

—¡No mires!

Pero él siguió con los ojos clavados en mí, sin dejar de remover el contenido de la sartén.

—¿Por qué no habría de mirarte? Tienes ese tipo de piernas que me gusta sentir enrolladas en torno a mis caderas.

La desfachatez de ese tipo no tenía límites, y noté que me ponía más roja de lo que ya debía

estar.

—No deberías decirme esas cosas. Al fin y al cabo, somos medio parientes. —Nada más decirlo me mordí el labio con fuerza, pero ya era tarde; acababa de meter la pata hasta el fondo.

Levantó las negras cejas de forma casi inapreciable y comprendí que, por una vez, había logrado sorprenderlo; era evidente que Jaime no le había contado quién era yo en realidad.

—¿Medio parientes?

Me puse en pie, al tiempo que me enrollaba la manta a la cintura; una maniobra complicada cuando estás intentando no dar un espectáculo.

—Mmm... huele bien —intenté cambiar de tema de un modo poco sutil—. ¿Qué estás preparando?

—Pan de maíz con huevos revueltos y beicon.

—Vaya —le lancé una de mis mejores sonrisas—, sabes hacer un montón de cosas exóticas.

Mi maniobra de distracción no sirvió de nada, porque él repitió la pregunta sin dejar de mirarme:

—¿Medio parientes?

Lancé un suspiro; no me iba a librar de darle una explicación y no tenía ni idea de cómo iba a tomársela.

—No soy quién para decirte esto. Sería mucho mejor que hablaras con Jaime y que él...

—Suéltalo de una vez.

—Soy hija biológica de Jaime Torres.

Esperé una exclamación de incredulidad, una violenta negativa, un... La verdad es que no sé qué esperaba, pero tendría que haber sabido que Phoenix, uno de los tipos menos comunicativos con los que me había topado en mi vida, no era un aficionado al melodrama, precisamente. Su rostro atemporal siguió tan inexpresivo como de costumbre, y yo me sentía cada vez más incómoda.

—Siéntate, el desayuno está listo.

Agradecida por ese pequeño respiro, aparté las láminas de madera y unos plásticos raros que había sobre la mesa y me senté. Phoenix puso encima de la mesa dos tenedores, dos tazas metálicas llenas hasta el borde de café humeante y un par de platos de loza desportillados sobre los que repartió el contenido de la sartén y el pan de maíz. Luego sacó una jarra del extraño mueble de madera y, sin preguntar, añadió un buen chorro de leche en cada taza y se sentó.

—Come.

Pese a que la situación me había hecho perder el apetito, empecé a comer obediente. Los huevos y el beicon estaban en su punto, y el pan de maíz recién hecho me pareció una de las cosas más exquisitas que había probado en mi vida.

—Cocinas muy bien —dije después de tragar con la ayuda de un buen sorbo de café—, como mi madre. Yo en cambio no tengo ni idea.

—Te enseñaré.

—No te preocupes, no estaré aquí el tiempo suficiente. Además, no es algo que me interese demasiado. Por cierto, ¿eso es una nevera? —Señalé el mueble del que había sacado la jarra con la leche.

—Es una fresquera de principios del siglo XX.

—¡Caramba! —Alcé las cejas, sorprendida—. No tenía ni idea de que existiera algo así en esos tiempos. ¿Cómo funciona sin electricidad?

—Ahí va el hielo —Phoenix señaló el cajón superior— y abajo los alimentos. Está forrado de zinc y el aire frío baja por las paredes huecas.

—Se lo contaré a mamá, estas cosas le encantan —dije mientras rebañaba lo poco que quedaba de los huevos con el último trozo de pan.

En cuanto terminé, mi anfitrión me dio otra de esas órdenes en modo telegrama a las que era tan aficionado:

—Sigue contando.

Solté un suspiro de resignación y decidí empezar por el principio.

—Verás, hace muchos años descubrí que yo no era hija de mi padre; es decir, del que había considerado mi padre hasta entonces. Lo hablé con él y decidimos no contarle a mamá lo que había averiguado para que no se llevara un disgusto aunque, como soy de esas personas a las que le gusta llegar hasta el final de las cosas, decidí investigar por mi cuenta. Ejem. —Me aclaré la garganta con cierta incomodidad.

Phoenix seguía mis explicaciones con los párpados entornados y, pese a que siguió imposible, me pareció detectar un brillo de diversión en los ojos azules.

—Y esa investigación consistió en...

Bajé los ojos ligeramente avergonzada, aunque no sabía por qué. Desde siempre había creído que, la mayor parte de las veces, el fin justificaba los medios. Sin embargo, había algo en esa inquietante mirada azul que parecía penetrar hasta el fondo de las zonas más oscuras de mi ser.

—Me pasé unos días hurgando en las cosas de mi madre. En cuanto llegaba del colegio, revisaba armarios, cajones, libros... Al final encontré una caja de zapatos en lo alto de un armario. Dentro había varias entradas usadas de conciertos, un pañuelo, una servilleta de papel con un teléfono escrito con bolígrafo... En fin, ese tipo de cosas inútiles que la gente guarda de recuerdo.

—La gente. Tú no. —No era una pregunta, sino una afirmación.

Me encogí de hombros.

—No soy una persona muy sentimental, la verdad. Creo que no es práctico acumular cachivaches. También encontré una fotografía cortada por la mitad en la que salía un chico alto con pelo largo y oscuro, muy atractivo. Por detrás solo había escrito un nombre, Jaime, y una fecha. Hice cuentas y coincidía con la fecha en la que debí ser concebida.

—¿Solo eso?

—Solo eso hasta que, hace unos meses, mi madre decidió recorrer parte de la costa de California en caravana. Una de las veces que la llamé me confesó que había recogido en mitad de una carretera solitaria a un conocido llamado Jaime al que hacía treinta años que no veía, y que había decidido seguir viaje con él. Una de esas increíbles casualidades de la vida que, sin embargo, de vez en cuando ocurren.

»Por supuesto sospeché de inmediato. Verás, mi madre no es de las que va por ahí recogiendo al primero que pasa; de hecho, desde que murió mi padre no ha vuelto a salir con nadie. Así que até cabos y... —Me interrumpí con cierta brusquedad y me encogí de hombros, incómoda—. Lo siento si te ha sentado mal la noticia y, sobre todo, lamento haber sido yo la que te lo ha dicho.

—En realidad ya lo sabía.

—¿Qué mentira! —lo miré indignada—. Típico de los hombres: hacer como que lo saben todo. No eres el tipo más expresivo del mundo, ¿sabes?, pero he notado perfectamente tu sorpresa cuando te he dicho que éramos medio parientes.

—Mi sorpresa iba por otro lado.

—¿Qué lado?

—Que una chica como tú esté dispuesta a considerarme su pariente

—¿Una chica como yo? —Fruncí el ceño no muy segura de a qué se refería, aunque

sospechaba que a algo no demasiado positivo. Sin embargo, él no me lo aclaró, así que me vi obligada a seguir preguntando—: Y ¿por qué no iba a hacerlo?

—Hay muchos blancos que no ven mi raza con buenos ojos.

Aquello era increíble; moví la cabeza con desdén.

—Me parece que tú tienes un complejo de los gordos, y no entiendo por qué. Aunque tampoco descarto que sea un caso de orgullo mal entendido.

Él enarcó una de sus bien dibujadas cejas oscuras, el único rasgo medianamente expresivo de su rostro.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo, y ni siquiera eres cien por cien nativo americano, así que...

Entonces ocurrió lo que menos esperaba: Phoenix sonrió. Una sonrisa preciosa que duró menos de un segundo, pero que tuvo el mismo efecto que el sol cuando sale por detrás de las nubes.

—¿Qué pasa?

Me di cuenta de que lo estaba mirando con la boca abierta. La cerré de golpe y me encogí de hombros.

—Nada. Solo que no te imaginas cómo te cambia la cara cuando sonríes.

Esta vez, levantó ambas cejas con aire burlón, pero yo volví a encogerme de hombros y cambié de tema:

—¿Por qué dices que sabías que éramos medio hermanos?

Phoenix empezó a recoger los platos. Hice ademán de levantarme a ayudarlo, pero él me hizo una seña para indicarme que siguiera sentada.

—Mi padre tiene un cuadro colgado en su dormitorio de una antepasada suya —dijo mientras le daba a la bomba.

Esas pocas palabras bastaron. Entonces lo entendí.

—Lo conozco.

—Pintado por un pintor estadounidense muy famoso llamado John Singer Sargent.

—Sé quién es John Singer Sargent —repliqué con impaciencia.

—Chica lista.

Solté un bufido de exasperación, pero él siguió fregando los platos con esos movimientos, pausados pero precisos, que eran su marca personal.

—Sigue, por favor. —Ya se estaba volviendo una costumbre que me viera obligada a rogar—. Entonces, ¿me reconociste nada más verme, como le ocurrió a mi padre?

Phoenix asintió.

—La elegante dama de principios del s.XX es clavada a ti.

—Tengo que reconocer que nos parecemos bastante.

—Desde la primera vez que lo vi, he pasado mucho tiempo delante de ese cuadro. Me intriga el brillo pícaro de esos ojos, rasgados y dorados como los tuyos.

—Oh. Vaya.

Algo en su forma de decirlo me hizo sentir extrañamente incómoda, pero me pregunté si no era eso, en realidad, lo que pretendía.

—Y respecto a lo de ser medio hermanos...

La voz de Phoenix, profunda y perezosa, hizo que volviera a prestarle atención. Había dejado los cacharros en el escurridor y se había acercado a mi con su sigilo habitual. Estaba tan cerca, que pude distinguir unas curiosas motas de color castaño en los iris azules.

—Ya puedes quitarte esa idea de la cabeza. Yo no soy tu medio hermano. Puede que los dos

tengamos el mismo padre, pero tú y yo no somos parientes. No tenemos ni una gota de sangre en común. —Ni siquiera sospechaba que fuera capaz de pronunciar semejante parrafada del tirón. La voz grave y su mirada penetrante tenían sobre mí un desconcertante efecto hipnótico y me quedé ahí parada, mirándolo enmudecida—. Somos un hombre y una mujer. Punto.

Sus palabras me dolieron y no pude evitar que me temblaran los labios. No era que hubiera deseado jamás tener un hermano. Ni siquiera una hermana. Había disfrutado de la completa atención de mis padres; por lo general, no me gustaba compartir. Sin embargo, estaba en un momento especialmente delicado de mi vida, y esa negativa suya a tener nada que ver conmigo me hizo sentirme más sola todavía.

Como si hubiera adivinado mis pensamientos, Phoenix me rozó la mejilla con el dorso de uno de sus dedos morenos en una caricia casi inapreciable.

—Sonreiré para ti, Kaya —dijo muy serio.

Con esfuerzo, aparté la mirada y me di media vuelta para que no me viera enjugarme una lágrima con el dedo. Cuando pensé que podría hablar sin que me temblara la voz pregunté:

—¿Crees que podré volver hoy a San Diego?

—Vístete, iremos a ver tu coche.

¿Eso era un sí? Aquel hombre resultaba desconcertante. Por lo menos le agradecí que abandonara la cabaña mientras yo me ponía los pantalones. Compartir un espacio tan diminuto propiciaba una intimidad nada deseable que podía llegar a ser agobiante. Phoenix regresó poco después, con un brazado de leña que dejó caer en el cesto que había junto a la chimenea.

—¿Estás lista?

Asentí y salimos de la cabaña. Ni una sola nube manchaba el azul brillante del cielo y el resplandor del sol era cegador; por suerte, había tenido la precaución de coger las gafas de sol. De las ramas de los árboles se desprendían a cada rato gruesas gotas de agua que perforaban la nieve blanda, y los trinos y gorjeos de los pájaros se unían en una armoniosa melodía. Una estampa idílica que nada tenía que ver con la violencia desatada por los elementos la tarde anterior.

La letrina no estaba tan lejos de la cabaña como me había parecido. Phoenix se alejó unos metros con discreción y me di toda la prisa que pude. Por supuesto, no me olvidé de echar después varias paladas del contenido de los cubos.

El trayecto hasta el coche tampoco me pareció ni la mitad de largo que la otra vez. Allí seguía mi pobrecito Mercedes atrapado en la nieve. Descorazonada al comprender que ese día tampoco conseguiría salir de allí, hundí los hombros abatida, pero, de pronto, se me ocurrió una idea que me hizo erguirme de nuevo.

—¿Y tu coche? —A lo mejor Phoenix tenía una de esas camionetas todoterreno apropiadas para desplazarse en condiciones extremas. Sin embargo, mis esperanzas murieron nada más nacer.

—Vine haciendo autoestop.

Lo miré incrédula; era incapaz de entender que la gente siguiera arriesgando su vida de esa manera en los tiempos que corren.

—No me mires así. Procuero no coger el coche si puedo evitarlo.

—¿Va contra tu religión o algo así? —pregunté sarcástica.

Él se encogió de hombros.

—Digamos que evito contribuir a la contaminación del planeta en lo posible.

Otro de esos ecologistas fanáticos que se oponían a todo lo que oliera a progreso. Controlé las ganas de poner los ojos en blanco, pero él adivinó mis pensamientos.

—Por lo que veo tú no tienes esos escrúpulos.

—Yo creo en la evolución de la humanidad. Creo que es bueno que la gente viva cada vez mejor.

—Como dijo Al Gore: «La contaminación nunca debería ser el precio de la prosperidad».

Vaya, otra de esas frases lapidarias a las que era tan aficionado. Esta vez no me corté y puse los ojos en blanco.

—Será mejor que dejemos el tema, jamás nos pondremos de acuerdo.

Me acerqué al maletero, lo abrí y no pude reprimir una sonrisa de satisfacción. Allí seguían mi maleta, las tres cajas repletas de alimentos y otras cositas básicas que había llevado.

Sin pedir permiso, Phoenix me hizo a un lado, abrió una de las cajas y empezó a sacar paquetes que iba descartando, arrojándolos en el maletero de cualquier manera.

—Precocinados, fuera. Zumos, fuera...

—¡Oye! —protesté, pero él siguió a lo suyo.

—Refrescos, fuera. Cereales, fuera... —Se deshacía de todo sin consideración alguna.

—¡Para! ¡Para! —Al ver que no me hacía caso, lo sujeté del brazo con todas mis fuerzas, impidiéndole que arrojara al abismo de productos descartados una gigantesca bolsa de chocolatinas variadas, que le arrebaté con violencia y apreté contra mi pecho.

Phoenix giró la cabeza para mirarme.

—Todo esto es basura.

Lo de ese hombre era indignante.

—Será basura, pero es *mi* basura y no tienes ningún derecho a hacer lo que estás haciendo.

—Vamos, Kaya. Tenemos aquí todo lo que necesitamos —hizo un gesto expresivo con el brazo libre—. ¿Para qué quieres estas porquerías?

—Pues para sobrevivir, por supuesto. ¿Te parece poco?

Una sonrisa casi inapreciable relampagueó en su boca.

—Podemos cazar, recolectar bayas y hierbas aromáticas. No moriremos de hambre.

Era como si de pronto hubiera empezado a hablar en otro idioma; en uno de los difíciles tipo urdú o tagalo.

—¿Cazar? ¿De qué estás hablando?

—El guiso de ayer de la cena, ¿de dónde crees que salieron el conejo y las hierbas para el aderezo?

Lo miré horrorizada.

—¿Me estás diciendo que ayer me comí un conejo que no había pasado ni un solo control sanitario?

—Estaba rico, ¿eh? Repetiste dos veces.

Me llevé una mano al cuello; me faltaba el aire.

—¡Oh, Dios mío!

—Te faltó rechupetearte los dedos —insistió con crueldad.

—No tiene gracia, ¿sabes? ¿Y si el conejo ese hubiera tenido la toxoplasmosis?

—Mixomatosis.

Di una patada en el suelo por no dársela a él.

—¡Me da igual cómo demonios se llame eso que tienen los conejos! Suena igual de mortal.

—No te preocupes, esa enfermedad no afecta al ser humano y, además, el conejo estaba más sano que tú y que yo.

—¡No puedes saberlo!

—Por supuesto que lo sé. Venga —dijo en tono conciliador—, puedes quedarte con las chocolatinas si quieres.

Me repateó ese tono paternalista; yo ya tenía dos padres, no necesitaba ni uno más.

—Me quedaré con todo —apreté con más fuerza aún la bolsa de chocolatinas contra mi pecho, como si temiera que él fuera a abalanzarse sobre mí para quitármelas—, y tú no podrás impedirlo.

Por unos segundos, nuestras pupilas se batieron en un duelo implacable.

—Está bien —dijo Phoenix al fin y se apartó del maletero, dejándome vía libre.

¿Estaba bien? ¿Había ganado? No podía creer que hubiera sido tan sencillo. Sonreí triunfante.

Phoenix se recostó contra el grueso tronco del pino que la tarde anterior había frenado en seco al Mercedes cuando perdí el control, se cruzó de brazos y me lanzó una de esas miradas perezosas que no dejaban adivinar sus pensamientos. En ese momento, comprendí que había cantado victoria antes de tiempo.

—¿No vas a ayudarme?

—No.

¿Se podía ser más zafio, más maleducado, más...?

—Pero yo no puedo con todo. —Odí el matiz suplicante de mi voz.

Él se encogió de hombros con indiferencia.

—Te va a tocar hacer unos cuantos viajes.

Miré en el interior del maletero con desesperación. Ya solo cargar con el pesado maletón de Louis Vuitton por esa carretera nevada iba a ser una odisea; no quería ni pensar en la de viajes que iba a tener que hacer para conseguir llevar hasta la cabaña el contenido de las tres pesadas cajas de cartón.

Oí un ruido sospechoso y me volví como una centella. Phoenix seguía tan impasible como de costumbre, pero no me engañó ni por un momento. Los insoportables ojos azules relucían; seguro que estaba muerto de risa. Sin embargo, no estaba dispuesta a darle la satisfacción de rendirme. ¡Por el amor de Dios!, había estado a nada de convertirme en la socia más joven de la historia de White, McKenzie & Newman, ¿qué era ese pequeño contratiempo en comparación? Decidida a no pedirle ayuda, le di la espalda y me puse a pensar en un plan. Los planes eran mi punto fuerte y, aunque en ese inhóspito rincón del planeta estaba fuera de mi elemento, no dudé ni por un segundo de que algo se me ocurriría.

—Ajá.

Recordé que en la maleta había metido ropa de todo tipo. Ilusa de mí, había pensado que tal vez habría vecinos hospitalarios que me invitarían a deliciosas barbacoas o a jugar interminables partidas de cartas; ese tipo de planes a los que creía que se dedicaba la gente que vivía apartada de la civilización. De hecho, si no recordaba mal, había metido varias barajas francesas, aunque no sabía ni hacer un solitario. Los juegos de cartas eran otro de esos temas que nunca me habían interesado lo más mínimo.

Decidida, abrí la cremallera y empecé a sacar prendas que iba dejando bien dobladas en un rincón del maletero. Muy a mi pesar, hice a un lado el elegante pantalón de lana de Tom Ford, la blusa de seda a juego y los salones de leopardo de doce centímetros. Siempre que me ponía ese conjunto tan ideal para ir a trabajar, notaba las miradas llenas de admiración de mis compañeros clavadas en mí, pero en esa cabaña de juguete en la que, para mi desgracia, me iba a ver obligada a pasar unos días, ese tipo de ropa estaría completamente fuera de lugar. Además, ni siquiera había un armario donde colgar nada. Tuve que renunciar también a otros conjuntos, zapatos y bolsos a juego, al rotulador para escanear texto, al altavoz inalámbrico y hasta al difusor para limones, muy útil a la hora de aliñar ensaladas, que había traído por si las moscas.

Pese a todas las cosas que no me quedó más remedio que dejar allí, todavía me vi obligada a sentarme encima de la maleta para poder cerrarla. Cuando lo conseguí por fin, estaba sudando. Miré de reojo a mi poco colaborador compañero de cabaña. Phoenix no se había movido; seguía apoyado en el árbol, con los brazos cruzados sobre el pecho y parecía muy entretenido.

Con un bufido, puse la maleta en posición vertical y empecé a arrastrarla por el camino nevado. Como me había temido, llevar la maleta hasta la cabaña iba a ser un acto casi heroico. Las ruedas no servían en ese terreno y, pese a la nieve que cubría el camino, apenas la había arrastrado unos cientos de metros —mientras trataba de ignorar las manchas de humedad que se iban formando en mi, hasta entonces, impecable equipaje— y ya me ardían los brazos como si alguien me estuviera sometiendo a un cruel proceso de desmembramiento.

A mi lado caminaba el estúpido ese sin dejar de silbar, pero lo ignoré por completo. Si pensaba que iba a suplicarle que me ayudara iba listo; conseguiría arrastrar el puñetero maletón hasta la cabaña o moriría en el intento, me juré a mí misma. Cuando por fin divisé la cabaña, sudaba a chorros y me dolían todas las articulaciones; sin embargo, aún fui capaz de esbozar una trémula sonrisa victoriosa.

—¡Lo conseguí! —exclamé sin aliento.

Phoenix se adelantó para abrir la puerta. El único gesto caballeroso que había tenido conmigo desde que lo conocía y que, por supuesto, estropeó en el acto.

—Terca como una mula —masculló al pasar a mi lado.

Me hubiera apetecido tirarme sobre la cama y dormir una buena siesta, pero aún tenía muchas cosas que hacer.

—Necesito lavarme.

Tenía la desagradable sensación —aunque me había olisqueado la axila con disimulo y sabía que no era más que eso: una desagradable sensación— de que apestaba. Llevaba la misma ropa del día anterior, y después del ejercicio mañanero necesitaba volver a sentirme limpia.

—El río no queda lejos.

Lo miré boquiabierta, hasta que caí en la cuenta de que su comentario debía de ser otra muestra más de su peculiar sentido del humor.

—Muy gracioso. ¿Te importaría explicarme cómo hago para calentar agua y poder darme un baño?

—Te llevará un buen rato.

Resoplé exasperada.

—Gracias por la innecesaria información. No sé si eres consciente de que tengo todo el tiempo del mundo. Por si no te has dado cuenta aún, en este sitio no hay nada que hacer.

—Te demostraré que estás equivocada.

—¡No quiero que me demuestres nada! —Mi voz adquirió un tono más agudo de lo habitual, así que respiré hondo y traté de calmarme—. Solo dime qué hago para calentar el agua. Por favor.

Estuve a punto de atragantarme al pronunciar esas dos últimas palabras, y me di cuenta de que él lo había notado.

—Si me lo pides así... —Ignoré la mirada cargada de malicia que me lanzó.

En pocas palabras me explicó cómo funcionaba la cocina de hierro. Sacó de la pequeña alacena un par de ollas y una tetera de metal, y me ayudó a bombear agua suficiente para llenarlas antes de ponerlas encima de la superficie caliente. Luego arrastró el pesado barreño de zinc hasta el centro de la cabaña y buscó una toalla limpia en el pequeño arcón que había a los pies de la cama.

—Gracias. Ahora, si no te importa, te agradecería que me dejaras sola un buen rato.

—¿Seguro? ¿No necesitas que te frote la espalda?

Sin molestarme en responder, abrí la puerta en una clara invitación. Phoenix le dio un tirón a la toalla que estaba colgada del improvisado tendedero, cogió la pastilla de jabón casero que había en el fregadero y salió.

En cuanto me quedé a solas, abrí la maleta y saqué una muda de ropa interior, unos cálidos pantalones negros de lana y un jersey de cuello alto de cachemir. Acerqué una de las sillas al barreño, dejé ahí la ropa limpia, el champú y el gel, y colgué la toalla del respaldo. Satisfecha, fui a investigar el estado del agua. Humeaba, así que cogí el trapo que había usado él para abrir la pequeña puerta por donde se echaba la leña, agarré el mango de una de las ollas, la vertí en el

barreño y repetí la operación con el resto. Luego metí un dedo para comprobar la temperatura y estuve a punto de escaldarme. Lancé una maldición y volví a llenar los recipientes de agua fría.

Un buen rato más tarde, conseguí por fin lo que me pareció una temperatura razonable. Me desnudé a toda prisa y, con un suspiro de alivio, me metí en los escasos quince centímetros de agua que llenaban el fondo del barreño. Después de semejante trabajera, empezaba a entender por qué nuestros congéneres de épocas pasadas eran tan guarretes.

Solo me cabían las piernas si las encogía por completo. Recordé la fantástica bañera de hidromasaje de mi cuarto de baño, con su grifería monomando último modelo, en la que —aunque Luke y yo nunca lo habíamos probado— cabían dos personas cómodamente y no pude evitar hacer un puchero. Si enjabonarse ya resultaba complicado, lo de lavarse la cabeza iba a ser misión imposible. En fin, trataría de enfrentarme a los problemas uno a uno como hacía en el trabajo.

Acababa de lavar mi conjunto de La Perla en el fregadero de piedra, y era el turno de los calcetines cuando regresó Phoenix. Por suerte estaba vestida, porque lo de llamar a la puerta no debía de estar entre sus reglas de etiqueta, en caso de que supiera de qué iba eso, claro está, me dije frotando más fuerte. Tenía el pelo negro empapado y me estremecí al pensar que debía de haberse bañado en el río ese del que me había hablado.

«Ya puede chorrearame la grasa por la frente, que no pienso pasar por semejante trance», me prometí con firmeza.

Él también había hecho la colada y colgó una camiseta y unos calzoncillos de la cuerda con habilidad; saltaba a la vista que estaba acostumbrado a valerse por sí mismo. Dudé unos instantes con mis propias prendas en la mano; había algo un poco demasiado íntimo en colgar la ropa interior de ambos juntita y a la vista de todo el que pasara por ahí.

—Venga, no seas tímida.

Como de costumbre, me sobresalté al oír su voz y al comprobar, una vez más, esa inquietante habilidad que tenía para leerme el pensamiento. Decidida a no dejar que notara hasta qué punto me hacía sentir como a una mojigata ridícula, levanté la barbilla y colgué el provocativo conjunto en el lugar más visible de la cuerda, sintiéndome como si acabara de izar la bandera pirata. A partir de ese momento, el combate sería a muerte.

—Precioso.

«Las piratas en pie de guerra no se inmutan ante los comentarios insinuantes que hacen los tipos zafios con esa voz que pone los pelos de punta», me regañé al notar que me ponía roja.

Para disimular hablé con un tono regañón, tan ajeno a mí como todo en aquel lugar salvaje.

—Y ahora, ¿qué? No tardaré mucho en terminar de colocar lo poco que he traído y queda un buen rato hasta que prepares la comida.

Phoenix, que estaba poniendo encima de la mesa las planchas de madera y los plásticos que yo había dejado de cualquier manera en una de las sillas a la hora del desayuno, dijo sin levantar la vista:

—Error.

—¿Eh? —Lo miré sin comprender; era tan tacaño con las palabras que no resultaba nada fácil seguirle.

—Las tareas domésticas las repartiremos entre los dos, *señorita* —dijo en español.

—Pero yo no sé cocinar y menos en estas condiciones inhumanas. Si quieres —ofrecí, sintiéndome generosa— puedo lavar los platos después.

—Abrígate.

—¿Eh? —Odiaba parecer estúpida, pero con esos continuos cambios de tema mucho me temía que iba a resultar inevitable.

—Me acompañarás a revisar las trampas.

—¿Trampas?

Exhaló un profundo suspiro, como si mis continuas preguntas lo obligaran a armarse de paciencia.

—Te he dicho que cazaremos nuestra propia comida.

—¿Pretendes que cace un pobre conejo, vivito y coleante, y lo mate, y le quite la piel, y... y todas esas cosas repugnantes que lleva dentro, y lo meta en una olla, y...?

—Eso es exactamente lo que pretendo —me cortó en seco.

Enterré la cara entre las manos.

—Oh, Dios mío. —gimoteé—. Esto no es real, no puede estar pasándome a mí. ¡Soy una ejecutiva agresiva, no una Pocahontas de medio pelo!

—Brazo.

Rendida por completo a la crueldad del presente, extendí uno de mis brazos y dejé que me ayudara a ponerme la manga del anorak. Luego hizo lo mismo con el otro y, como la niña sin voluntad en la que parecía haberme convertido, acepté que, como había hecho en otra ocasión, me subiera la cremallera hasta la barbilla.

—No pongas esa cara, Kaya. Lo pasaremos bien.

Esta vez, la diversión que leí en los llamativos ojos azules no me incitó a la rebelión. Lo cierto era que no me quedaban ánimos para luchar; por primera vez en mi vida, me había rendido.



—¿Falta mucho? —pregunté sin aliento por duodécima vez y, por duodécima vez también, ese hombre espantoso que trepaba por las montañas como una cabra incansable, no se dignó a contestar a mi pregunta.

Me ardían los pulmones con aquella mezcla de aire increíblemente puro y ejercicio agotador, y ni siquiera me atrevía a disfrutar del paisaje por temor a tropezar con una piedra escondida bajo la nieve. Lo único bueno era que al menos ya no tenía frío; de hecho, estaba sudando. Me había quitado el gorro y los guantes, y me había bajado la cremallera del anorak, pero, a pesar de todo, notaba que el jersey se me pegaba a la espalda.

El único comentario que había hecho mi guía en la hora y pico que llevábamos caminando, había sido que, con el sol que hacía, la nieve no aguantaría mucho. Y era ese pensamiento lo único que me daba fuerzas para seguir adelante. Con un poco de suerte en un par de días, o tres a más tardar, podría regresar a San Diego.

—Es aquí.

Miré a mi alrededor confundida. El lugar, un pequeño claro entre los pinos, se parecía a otros tropecientos por los que ya habíamos pasado.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que colocaste tus trampas cerca de estos pinos y no de otros?

—Para empezar, porque además de pinos hay cedros rojos, robles negros, abetos blancos...

—Y chopos morados —interrumpí sarcástica aquella inesperada conferencia y me arrepentí en el acto, porque Phoenix se encogió de hombros y se alejó en dirección a uno de esos árboles que me había señalado antes. Lo cierto era que aunque la flora de aquel sitio me interesaba casi tanto como la vida sexual de la lombriz de tierra, oír una voz humana de vez en cuando resultaba reconfortante.

Arrepentida, me acuclillé a su lado.

—Este es un cedro rojo, ¿no?

Phoenix giró la cabeza y durante unos segundos me taladró con sus penetrantes ojos azules, antes de asentir en silencio y señalar un pequeño montículo de nieve. Sin más, empezó a excavar con cuidado hasta que dejó al descubierto una jaula, en cuyo interior había lo que parecía una pequeña bola de pelo.

—¿Está muerto? —susurré asustada.

—Solo atontado por el frío.

Phoenix metió uno de los largos dedos morenos por entre los finos barrotes de metal y le dio un par de toques. Al instante, el conejo trató de escapar de esa amenaza desconocida, pero el pobre diablo estaba atrapado sin remedio.

Tragué saliva y dije con un hilo de voz:

—¿De verdad vas a retorcerle el cuello a este pobre animal?

—No, le daré un golpe seco en la parte trasera de la cabeza.

No era la respuesta que había esperado, exactamente, y me estremecí solo de pensarlo.

—Pero ¿no ves que te mira con ojos suplicantes?

Phoenix miró al conejo, me miró a mí y resopló. Luego se inclinó sobre la jaula, pero antes de que pudiera abrir la puerta para perpetrar el horrible crimen, puse la mano en su antebrazo para detenerlo.

—¡No lo hagas!

—No lo mato por matar —replicó impaciente—. Es nuestra comida.

—¡Por favor, no lo mates! No podría comérmelo después de haberlo conocido en persona.

Las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos, incontrolables.

—¿Vas a llorar por todo? —Su fastidio era más que evidente.

Me encogí de hombros ligeramente avergonzada y traté de explicarle mi situación aunque, en el fondo, dudaba mucho que ese tipo tuviera la empatía necesaria para comprenderla. Bueno, dudaba de que tuviera empatía. Punto.

—No lo puedo e... evitar —me disculpé con voz entrecortada mientras trataba de secarme las mejillas empapadas con uno de los guantes; pero era inútil. Enseguida llegaban más lágrimas a reemplazar a las anteriores—. Me pasa desde que... desde que pillé a Luke... ya sabes. Cualquier cosa me hace llorar. Lo peor fue el día que me desmoroné delante de... de todos los jefazos del bufete. Por eso vine a esta mal... maldita cabaña. Pensé que si desconectaba unos días volvería a la nor... normalidad, pero me doy cuenta de que la cosa va... va para largo. Solo espero que... que sea cierto eso que dicen de que llo... llorar es bueno para el cutis.

—Kaya...

No lo dejé terminar.

—Solo esta vez, Pho... Phoenix —supliqué—. Seguro que el pobre tiene una madre que lo está... esperando preocupada, y unos... unos hermanos que lo echan de menos cuando... juegan al escondite.

—Y unos abuelos que le leen cuentos en las tardes de invierno.

Me dio igual que se burlara; me daba cuenta de que estaba a punto de ceder. De pronto, mis lágrimas se interrumpieron de manera tan repentina como habían empezado a caer.

—Eso. No podemos olvidarnos de los abuelos —dije con una sonrisa trémula.

—Menos mal que, según tú, no eres una persona sentimental. Recuérdame que no vuelva a traerte cuando revise las trampas.

Esta vez, le lancé una sonrisa repleta de agradecimiento a la que él no correspondió.

—Haz los honores —se limitó a decir, señalando la jaula.

Inquieta al pensar que aquella criatura salvaje pudiera mordirme —elevé una rápida plegaria a los cielos: «Haz que en mi calendario de vacunación esté incluida la vacuna de la rabia»—, acerqué la mano con precaución y abrí la pequeña trampilla.

—¡Sal de una vez, estúpido bicho! ¿No ves que te acaba de tocar la lotería?

Al «estúpido bicho» le costó un rato entenderlo. Sin embargo, después de pincharle un par de veces con una ramita que encontré cerca —pese a mis buenas intenciones, los animales nunca habían sido lo mío y me daba repelús tocarlo con el dedo—, el conejo salió por fin y, segundos después, el único rastro que quedaba de su paso por allí eran unas huellas diminutas en la nieve virgen.

—Adiós guiso de conejo —dijo Phoenix con evidente pesar.

Yo, por el contrario, estaba tan contenta que me colgué de su brazo sin pensar.

—Prometo que hoy te prepararé unos *noodles* riquísimos.

—Tentador, pero te recuerdo que no tenemos microondas.

Aquel recordatorio de las precarias condiciones domésticas de la cabaña empañó mi felicidad al instante.

—Vaya, no había caído. —Le solté el brazo desanimada—. La mayoría de la comida que he traído es para hacer en el microondas.

—Lástima.

Phoenix se puso en marcha de nuevo, y yo lo seguí sin hacer caso de su sarcasmo. En el fondo, me sentía bien conmigo misma. Había hecho una buena acción; no todos los días salvaba una la vida de un inocente ser vivo. Puede que en mi trabajo salvase a muchas empresas —no sus vidas, sino sus patrimonios—, pero lo cierto era que, en la mayoría de los casos, no podía considerárselas del todo inocentes.

6

Casi dos horas después estábamos de regreso en la cabaña, y del cinturón de mi compañero de fatigas colgaban un par de perdices muertas. Los dos pájaros ya estaban tiesos cuando llegamos al lugar en el que Phoenix había puesto las trampas, por lo que estaba segura de que daría buena cuenta de ellos sin sentir el menor cargo de conciencia. La verdad era que me moría de hambre; la caminata por las montañas me había abierto el apetito.

Estaba soñando con coger una de las bolsas de patatas que había traído, tirarme en uno de los sofás frente a la chimenea, y descansar de aquel paseo agotador hasta que la comida estuviera lista, pero enseguida comprendí que ese maravilloso sueño no iba a hacerse realidad.

Phoenix puso las dos perdices sobre la mesa y sacó una colección de cuchillos que habría sido la envidia de Jack el Destripador.

—Haz lo que yo haga —dijo, justo antes de cortarle la cabeza a una de las perdices de un solo tajo.

—¡Ah! —No pude evitar que se me escapara un grito de espanto.

Él levantó la vista de la perdiz y me hizo un gesto con el cuchillo.

—Tu turno.

Me señalé con un dedo, como si no fuera la única persona que se encontraba encerrada en esa horrible cabaña con aquel sádico.

—¿Mi... mi turno?

Asintió.

—¡No me hagas hacer esto, Phoenix! —supliqué lloriqueando—. Limpiaré la cabaña de arriba abajo, limpiaré la letrina si quieres también, pero, por favor, no me hagas cortar este animal en pedazos.

—Te dije que te enseñaría a cocinar, Kaya. Tu turno —repitió.

Tenía un aire tan amenazador con aquel enorme cuchillo en la mano y ese aire de guerrero apache o *sioux* o *cherokee* o lo que rayos fuera, que obedecí acobardada. Con dedos temblorosos, cogí un cuchillo de un tamaño similar al suyo y tragué saliva.

—Sujeta bien la perdiz si no quieres que salga volando.

Su comentario me pareció una broma cruel. Asqueada, apoyé dos dedos en el frío cuerpo del delito, apreté el puño en torno al mango del cuchillo, lo alcé en el aire y, sin darme tiempo a pensarlo mejor, bajé la mano con la celeridad de una guillotina.

—No está mal, pero la próxima vez abre los ojos o corres el riesgo de perder un par de dedos.

Sorprendida, abrí los párpados y vi que, en efecto, había conseguido separar la cabeza del resto del cuerpo. A partir de entonces, la cosa fluyó más o menos. Siguiendo el ejemplo de Phoenix corté las alas y las patas intentando hacer oídos sordos al crujido siniestro de los huesos al partirse, pero lo peor estaba por llegar. Me tocó cortar desde lo que quedaba del cuello hasta

abajo y separar la piel con los dedos, y no pude evitar dar una arcada al oler el tufo que desprendía.

—Intenta respirar por la boca —fue lo único que me dijo mi torturador cuando ya era demasiado tarde.

Procurando imitar sus movimientos, retiré la piel como el que pela la cáscara de un plátano, le quité las últimas plumas y miré con cierto orgullo mi obra: ahora la perdiz, aunque bastante más pequeña, se daba un aire a los pollos que venían en las bandejas del supermercado. La puse en vertical e hice que saludara a Phoenix con una de sus alitas peladas.

—Me ha quedado muy mona, ¿verdad? —Al instante, la solté sobre la mesa como si quemara. ¿Qué me estaba pasando? Yo no era de esas personas que gastan bromas con perdices desplumadas. Moví la cabeza, anonadada por mi frivolidad; lo cierto era que, de un tiempo a esta parte, no me reconocía. Noté que Phoenix me miraba con fijeza y, para disimular el bochorno, me aclaré la garganta un par de veces y pregunté—: ¿La pongo ya en la sartén?

Él se limitó a negar con la cabeza.

Por lo visto, consideraba que aún no me había hecho sufrir lo suficiente. Todavía me tocó meter los dedos en el interior del animal y sacarle las tripas.

—Qué asco. Qué asco —gemí sin dejar de dar arcadas mientras la dejaba limpia por dentro.

Cuando terminé, me desplomé sobre una de las sillas con las manos en alto, como los concursantes de la tele cuando suena la sirena indicando que se ha terminado el tiempo.

—Muy bien, Kaya. Has pasado la prueba de fuego. —Phoenix me miró con aprobación.

Era absurdo, pero sus palabras y esa mirada me llenaron de satisfacción. Mamá no me iba a creer cuando le contara que había sido capaz de despellejar y destripar a una perdiz con las manos desnudas.

—Ya solo queda separar los muslos y las pechugas, dorarlos un poco —a medida que hablaba, Phoenix iba echando los trozos de perdiz en la sartén y yo fui siguiendo sus pasos con la mía—, trocear la carcasa, cortar unas cebollas y añadir una rama de tomillo.

Seguí las instrucciones al pie de la letra. Finalmente, añadí también la ramita de tomillo y esperé mi turno para revolver el contenido de la sartén. La verdad era que despedía un olor delicioso. Phoenix las cubrió con un poco de agua añadió más cebollas y unas setas, y mientras se terminaban de hacer nos zampamos en un amigable mano a mano una de las gigantescas bolsas de patatas que yo había llevado.

—Creo que el derecho se parece a la cocina. Si eres creativo a pesar de las reglas, lo más probable es que obtengas un resultado más que satisfactorio —dije en plan filosófico saboreando las deliciosas perdices que habíamos preparado, acompañadas de un par de cervezas bien frías que Phoenix había sacado de esa reliquia que llamaba fresquera. Di un trago de la mía—. Por cierto, creía que no te gustaba la gente que bebe.

—Solo una cerveza de vez en cuando.

—Tengo que reconocer —dije al cabo de un rato— que lo de cocinar en compañía resulta entretenido.

—Dijiste que tu madre cocinaba. —Me gustó que se acordara de lo que le había dicho; ya me había dado cuenta de que, pese a su aparente desinterés, Phoenix era una de esas escasas personas que saben escuchar.

—Y cocina muy bien, pero siempre estoy demasiado liada con cualquier cosa del trabajo... —Me quedé en silencio, con la mirada perdida en lo poco que quedaba de las perdices.

De repente me sentía ligeramente culpable. Siempre que iba a casa de mamá iba a mesa puesta, y nunca se me había pasado por la cabeza echarle una mano en la cocina. Daba por hecho

que a ella le encantaba guisar, y que con ayudarla a poner la mesa y a meter los platos en el lavavajillas había cumplido.

Levanté la vista del plato con rapidez y vi que Phoenix tenía los ojos clavados en mí, pero, como de costumbre, fui incapaz de adivinar lo que pasaba por su mente; aunque tuve la inquietante sensación de que él sabía, exactamente, lo que estaba pensando.

Incómoda, cambié de tema.

—¿Crees que mañana o pasado estará lo suficientemente despejado para sacar el Mercedes?

Por unos segundos casi inapreciables, el tenedor de Phoenix se detuvo en el aire, pero enseguida desapareció dentro de su boca. Masticó despacio y hasta que no tragó no respondió a la pregunta, pese a que mi impaciencia resultaba evidente.

—Puede.

—Eso es un sí, ¿no? —No tenía un espejo delante, pero estaba segura de que mi rostro se había iluminado.

—Es un «puede» —dijo con sequedad y siguió comiendo parsimoniosamente, como si el asunto no le interesara lo más mínimo.

Su indiferencia me dolió. No era que nos hubiéramos hecho íntimos amigos en el poco tiempo que habíamos pasado juntos, pero, yo al menos, le había cogido cierto cariño. Al fin y al cabo, era la única presencia humana en kilómetros a la redonda y si él no hubiera estado allí, no tenía duda de que me habría encontrado en un grave aprieto. A su manera distante, Phoenix había sido amable conmigo: se había molestado en salir a buscarme en plena tormenta de nieve cuando podría haberse quedado muy a gusto al calor de la chimenea. Si no hubiera sido por su oportuna aparición, seguramente a estas horas estaría hecha un carámbano en el interior del Mercedes. Además, aunque él lo negara, era lo más parecido a un hermano que yo tendría jamás.

Terminamos de comer y recogimos en silencio. Después, Phoenix salió sin decir nada. Yo no sabía muy bien en qué emplear mi tiempo, así que eché otro leño en la chimenea y me senté en uno de los sillones. Apoyé los pies en el otro y, arrullada por el calorcito de las llamas, me quedé dormida.

Desperté una hora más tarde. Phoenix aún no había regresado, así que decidí que sería una buena idea ir a ver si encontraba algún sitio en el que hubiera un poco de cobertura; estaba segura de que mamá estaría preocupada por la falta de noticias. Me abrigué bien y salí.

Los rayos del sol de la tarde atravesaban las copas de los árboles envueltos en doradas partículas en suspensión y le daban al bosque que rodeaba la cabaña un aire de cuento. Mi lado práctico enseguida me sacó de aquel inusual estado de arrobamiento, y me recordé a sí misma que en los cuentos siempre había un lobo malo, impaciente por zamparse a la incauta de turno. Miré a mi alrededor con cautela y me prometí que no me alejaría demasiado. Para mayor seguridad, me llené los bolsillos de piñas que encontré en el suelo y fui dejando un reguero al más puro estilo Pulgarcito, convencida de que no tendría la menor dificultad en encontrar el camino de vuelta. Elegí al azar una senda casi invisible que no parecía demasiado empinada y me adentré en el bosque. Con el móvil en la mano, igual que un zahorí en busca de agua, rastree la zona, dispuesta a no dejar escapar la más mínima señal que indicara la presencia de una red de telefonía móvil por los alrededores. Iba tan concentrada, que dejé de prestar atención al camino aunque seguía dejando caer piñas cada pocos metros, distraída.

Solo cuando tropecé con una rama y estuve a punto de darme de bruces contra el suelo, levanté los ojos del teléfono y miré a mi alrededor antes de echar un vistazo intranquilo al reloj. Llevaba dando vueltas más de media hora y no había encontrado ni rastro de cobertura.

—Ya es hora de regresar a la cabaña —dije en voz alta, en un intento de espantar la súbita

inquietud que me entró al ver que las sombras iban ganando terreno con rapidez.

Con el corazón bastante agitado, di media vuelta y suspiré con alivio al descubrir el rastro de piñas. Empecé a seguirlo.

«Una gran idea», me felicité orgullosa de mi previsión.

Sin embargo, pronto comprendí que me había precipitado con las felicitaciones; encontrar el camino de vuelta no iba a resultar tan sencillo como pensaba. Las piñas que había ido dejando caer se mezclaban con otras que ya estaban allí desde el principio de los tiempos y, en un momento dado, me dio la impresión de que caminaba en círculos. Cuando volví a pasar al lado del grueso tronco de un roble seco en el que me había fijado unos minutos antes, estuve segura de ello.

«Calma, Achu. Sobre todo, mantén la calma», me dije, intentando controlar la súbita aceleración de mi pulso. No se me escapaba la cantidad de peligros que podían acechar en un bosque a la caída del sol.

Cada vez resultaba más difícil distinguir las piedras del camino y cuando oí romperse varias ramitas a mi derecha, me vino a la cabeza la imagen de una criatura peluda y apestosa que se abría paso entre la maleza, y tuve la seguridad de que había llegado mi hora. No lo pensé; eché a correr con todas mis fuerzas sin mirar hacia atrás, pero lo que fuera que me perseguía estaba cada vez más cerca. Casi podía sentir las mandíbulas de aquella fiera salvaje cerradas en torno a mi pantorrilla, los fuertes colmillos clavados en mi carne, el olor de la sangre fresca...

—¿Quieres parar ya?

La voz de Phoenix me hizo detenerme en seco. Me di la vuelta y lo vi a menos de dos metros, tan tranquilo como siempre, a diferencia de mí, que jadeaba sin aliento después de la carrera.

—Phoenix. ¡Phoenix!

Me arrojé en sus brazos y me eché a llorar con desconsuelo. Él me apretó con fuerza y, por unos segundos, me sentí más a gusto en el refugio de esos fuertes brazos de lo que me había sentido en mucho tiempo. Sin embargo, no tardé en reaccionar y, furiosa, empecé a golpearlo con los puños.

—¿Puede saberse en qué estabas pensando? ¡Me has dado un susto de muerte!

—Lo de los «sustos de muerte» empieza a convertirse en una costumbre.

—¡Creí que eras un animal salvaje!

Cada vez más enfadada, seguí golpeándolo hasta que él me agarró de las muñecas y me sujetó los brazos detrás de la espalda sin aparente esfuerzo. Luego esperó en silencio, hasta que me cansé y dejé de forcejear.

—Suéltame.

Me soltó al instante y me apresuré a secarme las mejillas; estaba tan rabiosa que no podía ni hablar.

—Lo siento.

No esperaba que se disculpara, pero estaba demasiado enfadada con él como para ablandarme.

—Sí. Seguro.

Me di media vuelta y eché a andar. Pero él me sujetó del brazo para detenerme.

—Por ahí no.

Le seguí sin dirigirle la palabra, dejando siempre más de un metro de distancia entre ambos. Al final resultó que no estábamos lejos de la cabaña y llegamos enseguida. La cena consistió en leche caliente con cacao y tostadas que preparamos entre los dos, y transcurrió en el mismo tenso silencio hasta que él lo rompió:

—Siento haberte asustado, Kaya.

Lo miré sin decir nada, pero, por una vez, Phoenix había renunciado a la máscara tras la que ocultaba sus emociones y supe que lo decía con sinceridad.

—Está bien.

—Yo también me asusté al llegar a la cabaña y ver que no estabas.

—¿En serio? —Enarqué una ceja con escepticismo.

—En serio.

Saber que se había preocupado por mí me hizo sentir bien, y se me pasó el enfado de golpe.

—De acuerdo, te perdono —concedí con una sonrisa.

—Me sorprendiste. Nunca pensé que te apetecería salir a dar otro paseo.

Me encogí de hombros.

—No me apetecía nada y no era un paseo. Buscaba cobertura para poder llamar a mamá. Solemos hablar casi todos los días y debe estar preocupada por mí.

Phoenix me miró con fijeza.

—Mañana te llevaré a un sitio desde el que podrás hablar, pero te advierto que es una buena caminata.

—No será necesario. Si consigo arrancar el coche y salir de aquí podré llamarla desde...

—Hay mucho barro en el camino, lo más seguro es que te quedes atascada. —Debió de leer en mis ojos la profunda desilusión que se apoderó de mí, porque se apresuró a añadir—: Pasado, quizá.

Suspiré desanimada; tendría que conformarme con esa leve esperanza.

—Está bien. Mañana iré contigo.

—Me encanta tu entusiasmo.

Volvía a ser el Phoenix de siempre: el que se burlaba de mí sin mover un músculo del rostro. Suspiré de nuevo.

—Mentiría si te dijera que la idea de una larga caminata me hace mucha ilusión.

—Larga y dura.

—Mejor me lo pones.

Me levanté y empecé a fregar los cacharros. Phoenix me imitó y, sin decir una palabra, los fue secando según se los pasaba. Eso era algo que me gustaba de él; siempre estaba dispuesto a hacer su parte sin aspavientos.

Otra noche sin documentos que revisar ni estrategias que diseñar, me dije agobiada cuando terminamos, mientras paseaba inquieta por el reducido espacio de la cabaña. Al cabo de un rato, me detuve frente al estante que había cerca de la cama —no demasiado largo, pero repleto de libros— y estudié los títulos con atención. Junto a varias novelas de Zane Grey y James O. Curwood, había un volumen muy manoseado de *Poemas escogidos* de John Keats, varios de T.S. Elliot e incluso uno de Pablo Neruda. Por lo poco que me había contado Jaime sobre su hijo adoptivo, me sorprendió que a Phoenix le gustara la poesía. Claro que, igual, esos libros no eran suyos.

—¿Son tuyos? —pregunté incapaz de disimular mi curiosidad.

Él levantó la vista de la lámina de madera que estaba cortando y me devolvió la pregunta:

—¿Tú que crees?

—Que sí.

—¿Un indio inculto leyendo poemas?

—Ya estamos.

Devolví los *Poemas escogidos* a su sitio con un golpe seco, más fastidiada al pensar que

quizá mi sorpresa era debida a prejuicios rancios que ni siquiera era consciente de tener, que por la bordería de él. Me hubiera gustado quedarme callada y simular la misma indiferencia que él, pero tenía la opresiva sensación de que en algún momento aquel silencio cobraría vida propia y me atacaría a traición, así que me senté frente a él y decidí seguir dando rienda suelta a mi curiosidad.

—¿Qué haces?

—Corto madera.

—No soy ciega, ¿sabes? —Conté hasta diez, en un intento de recobrar la calma y armarme de paciencia—. Me gustaría saber por qué cortas trozos con esas formas tan curiosas.

Lo cierto era que resultaba de lo más relajante observar la habilidad con la que los dedos largos y morenos manejaban la segueta.

—Los necesito.

Apreté las mandíbulas, para no soltarle un buen corte.

—¿Eres siempre tan antipático?

Él me miró una vez más y esbozó una sonrisa tan leve, que pensé que la había imaginado.

—Sí.

Me crucé de brazos y me mordí los labios temblorosos; estaba de un sensible que daba miedo. Él debió de notarlo, porque esta vez pronunció una frase completa.

—Es una maqueta arquitectónica. —Se detuvo unos segundos y, como si acabara de decidir que cuanto antes contestara a mis preguntas antes le dejaría en paz, enseguida añadió—: En realidad, es un boceto. Para la maqueta final utilizo unas herramientas mucho más sofisticadas que tengo en casa, pero me gusta usar las manos en la primera aproximación; me ayuda a hacerme una imagen mental más nítida.

—¿Eres arquitecto? —Nunca lo habría imaginado.

—No, tranquila, no soy arquitecto. —La mirada burlona que me lanzó me hizo sonrojarse violentamente. Una vez más, esos prejuicios de los que ni siquiera era consciente, habían hecho su aparición y él se había dado cuenta—. Estudié Bellas Artes en la Universidad de San Francisco.

Poesía, Bellas Artes... tendría que revisar a fondo la opinión que me había formado de él, me dije con el ceño fruncido.

—Perdona —no tenía sentido disimular—, lo único que Jaime me contó de ti fue cómo os conocisteis y...

—No te disculpes. Entiendo que hayas pensado que solo era un indio vago, entusiasta de las peleas de bar y...

—Y aficionado al *whisky*, aunque ya me dejaste claro el primer día que no iban por ahí los tiros —repliqué desafiante.

Mi inusitada agresividad le hizo sonreír, esta vez una sonrisa auténtica que dejó al descubierto una increíble dentadura de un blanco cegador que me dejó sin aliento.

—Una mañana, poco después de adoptarme, Jamie me llevó a su estudio de arquitectura. En el vestíbulo del edificio hay una increíble exposición con las maquetas de todos los proyectos en los que ha participado Torres & Wadlow. Me tiré toda la mañana examinándolas una a una; los materiales, las proporciones, la iluminación... Jamie tuvo que sacarme de allí a rastras. —Sorprendida por esa súbita locuacidad, no lo interrumpí; estaba fascinada por la historia y por el entusiasmo sincero reflejado en sus ojos, por lo general, llenos de burlona insolencia—. A partir de ese día todas las tardes, sin saltarme una, pasaba allí un par de horas después de salir del instituto. Había descubierto lo que la gente llamaría «mi vocación». Una de esas tardes, me prometí que cuando fuera adulto construiría las maquetas más bellas del mundo.

—Qué bonito... —Con disimulo, me enjuagué una de mis inoportunas lágrimas con la punta del dedo.

—¿Ya estamos?

—No empieces. Cuéntame más.

—Ni hablar. Ahora te toca a ti, *señorita*. ¿Cuándo decidiste convertirte en una picapleitos tan motivada?

—Bueno... —Hice un gesto vago con la mano—. Fue hace tanto tiempo que...

Phoenix chasqueó la lengua varias veces de una manera que se me antojó bastante irritante.

—Estoy seguro de que lo recuerdas muy bien.

Después de pensarlo un rato me rendí. Al fin y al cabo, él me había contado su historia y era justo que yo le contara la mía, aunque no fuera tan edificante.

—Fue por culpa de Fraulein Adlersflügel.

—Fraulein Adlersflügel —repitió con un acento terrible—. Es casi tan difícil de pronunciar como Azu... Asu... Azsu...

—Azucena —lo corté con sequedad, antes de que se ahogara con las ces y las zetas.

—Kaya me gusta mucho más.

—Ya hablaremos de ese nombrecito que me has puesto, pero ¿quieres oír la historia de mi vocación o no quieres oír la historia de mi vocación?

—Por supuesto que quiero. Prometo no volver a interrumpirte. —Se dibujó una cruz encima del corazón con los dedos.

Puse los ojos en blanco, pero seguí con la historia:

—Como sin duda habrás adivinado, Fraulein Adlersflügel era mi profesora de alemán.

—¡No! Me dejas atónito.

Me quedé mirándolo con cara de pocos amigos, y Phoenix se apresuró a pedir disculpas, que acepté con un gruñido.

—A lo que iba. Me puso un nueve setenta y cinco sobre diez en el examen final. —Todavía me hervía la sangre al recordarlo. Sin embargo, a Phoenix no le debía haber quedado clara la historia porque empezó a hacer preguntas estúpidas.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»?

—Te puso un nueve setenta y cinco —repitió, como si yo no lo tuviera grabado a fuego en el corazón—. Es una nota buenísima.

—¡Me merecía un diez! Me rebajó las veinticinco décimas porque me tenía manía. —Casi grité, sin tratar de disimular lo mucho que me desagradaba tener que explicarlo—. En cuanto llegué a casa le pregunté a mi padre quién metía a los abusones en la cárcel. Me dijo que la cosa estaba entre los jueces, los abogados y los policías.

—Y elegiste abogado.

—Mamá estaba enganchada a *La ley de los Ángeles, L.A. Law* —aclaré para ver si le sonaba—, y yo me escondía debajo del sofá para verla. Me encantaba el personaje de Grace Van Owen, tan fría y pragmática y taaan guapa. —Lancé un suspiro soñador.

—Y en ese momento que tanto te marcó tú tenías... ¿ocho, nueve?

—Tenía seis. —Al ver sus cejas en acción, me apresuré a defenderme—. No soy ninguna psicópata, las cosas que te duelen en el alma te duelen en el alma tengas la edad que tengas.

—Ya veo que la psicología moderna acierta cuando dice que a los niños no se les debe traumatizar con las notas.

—Eres muy gracioso —dije con rencor.

Phoenix se limitó a fruncir unos milímetros la comisura derecha de la boca en una de sus inapreciables sonrisas y siguió trabajando.

Impaciente, me levanté, cogí el primer libro que pillé, que resultó ser el de Keats, me volví a sentar en uno de los sillones frente a la chimenea y empecé a leer. A la segunda estrofa se me abrió la boca como si estuviera conectada a un muelle incontrolable.

La poesía nunca había sido lo mío; de hecho, cuando iba al colegio alucinaba con la cantidad de cosas que era capaz de ver la profesora en un simple verso. Mi madre solía repetirme que tenía la sensibilidad de una ameba aunque, a juzgar por cómo se me saltaban las lágrimas a la mínima en los últimos tiempos, me dije que igual la estaba empezando a desarrollar. Traté de concentrarme en la lectura y leí una estrofa más, pero en cuanto terminé comprendí que, desafortunadamente, no iba a ser así. Mi sensibilidad seguía como siempre; seguía sin entender ni jota. Por el rabillo del ojo miré a Phoenix, completamente absorto en la tarea de pegar entre sí varias de las piezas con unas gotas de cola. Resultaba tan relajante verlo trabajar... bostecé una vez más. Tenía que reconocer que no se estaba tan mal en esa cabaña; el olor y el calorcito del fuego resultaban tan reconfortantes...

—Kaya... —Aquel susurro ronco cosquilleó en el interior de mi oído y me hizo dar un respingo tan violento, que estuve a punto de caerme del sillón.

—¿Qué pasa?!

—¿Qué tal si te metes ya en la cama?

Miré el mencionado mueble con los sentidos enturbiados aún por el brusco despertar.

—No. —Me apresuré a negar con la cabeza y solté una mentira tan evidente que resultó ridícula—: Todavía no tengo sueño.

—Venga, no pienso levantarme otra vez en mitad de la noche. Ve a la letrina, luego iré yo.

La verdad era que, pese al poco tiempo que me había quedado traspuesta, notaba una ligera rigidez en el cuello. No quería ni pensar cómo acabarían mis cervicales si pasaba el resto de la noche en ese incómodo sillón. Así que, disimulando un bostezo con la mano —estaba claro que el día, tan andarín, me estaba pasando factura, porque no eran ni las once—, decidí obedecer.

Me abrigué bien y salí de la cabaña. Cuando volví, fue el turno de Phoenix. Aproveché para ponerme el pijama más abrigado que había traído y mi jersey de cachemir favorito, me acosté en un extremo de la cama y me subí la colcha hasta las orejas.

Como la vez anterior, Phoenix apagó las dos lámparas antes de desvestirse. Me apresuré a cerrar los párpados, pero estos se abrieron *motu proprio* unos milímetros y, a la escasa luz que proyectaban las brasas de la chimenea, pude distinguir con nitidez el contorno de los anchos hombros y las caderas estrechas. Avergonzada por mí —hasta entonces desconocida— faceta de mirona, me obligué a cerrar los ojos.

—Hasta mañana.

Contesté con murmullo ininteligible y me preparé para no pegar el ojo en toda la noche, pero el aire tan puro que se respiraba en ese lugar debía tener un efecto narcótico porque, a los dos segundos, entré en estado de coma.

Las primeras luces del amanecer iluminaban apenas la habitación cuando me desperté con la misma sensación de bienestar que la noche anterior. La naturaleza salvaje no era lo mío, pero había que reconocer que hacía mucho tiempo que no dormía tan bien, me dije somnolienta. Estaba tan cómoda, tan relajada, tan «agustito»...

De pronto, me di cuenta de que ese increíble bienestar tenía mucho que ver con el cálido cuerpo que se apretaba contra mi espalda y mis caderas, y la mano indiscreta que había tomado posesión de uno de mis pechos, cuyo calor atravesaba las numerosas capas de ropa que llevaba encima. Ahogué un grito y me quedé rígida esperando la violación inminente que, por fortuna, no llegó. Cuando recuperé un atisbo de calma, noté la respiración cálida y regular de Phoenix en el cuello y comprendí que estaba dormido.

«Se nota que está acostumbrado a dormir acompañado», pensé sintiendo un vago desagrado.

Inspiré hondo y cerré los dedos en torno a la muñeca nervuda. Muy despacio, aparté la mano de mi pecho y la dejé caer con suavidad a mi espalda. Con el mismo cuidado, me fui apartando poco a poco y, sin hacer ruido, me senté en el borde del colchón. Me puse las confortables zapatillas forradas de borrego que también formaban parte de mi *trousseau* montañés, me eché por los hombros la manta que había dejado doblada encima del arcón el día anterior y me levanté de la cama.

De pie junto a la ventana, vi teñirse poco a poco el cielo de rosa. El sol empezó a asomar por entre las copas de los árboles y la luz adquirió un matiz anaranjado cada vez más intenso hasta que amaneció por completo. Sobrecogida por el inusual espectáculo —muchos amaneceres me habían pillado trabajando en el despacho, pero no recordaba haberles prestado demasiada atención—, aún me quedé unos segundos más escuchando los agudos trinos de los pájaros, que despertaban también con el nuevo día.

Por fin, me aparté de la ventana y al darme la vuelta sorprendí a Phoenix tumbado en la cama de costado, con la cabeza apoyada sobre la palma de la mano y la mirada fija en mí. La colcha había resbalado hasta su cintura y los bien cincelados músculos se marcaban por debajo de su piel, de un exótico tono bronce dorado.

—Buenos días —dije en voz baja, después de tragar saliva un par de veces. Me costaba resistir la intensidad de sus ojos azules; sobre todo, cuando aún recordaba bien la quemazón de esa mano morena sobre mi pecho.

—Buenos días.

Una vez más su voz, con aquel tono increíblemente profundo, pareció vibrar dentro de mí y me hizo estremecer.

—Hoy prepararé yo el desayuno —me apresuré a decir para disimular mi turbación.

Phoenix se incorporó y desvió la mirada en el acto. Pese a que no podía negar que sentía un insólito interés, no me sentía preparada para contemplar un nuevo espectáculo de la naturaleza; en

esta ocasión, relativo a la naturaleza del cuerpo masculino. Con una curiosa falta de aliento, me acerqué a la cocina y empecé a sacar lo necesario para preparar el café.

Por el rabillo del ojo, lo vi ponerse en pie, y la fugaz visión de una nalga musculosa del mismo tono bronceo que el resto de su cuerpo me produjo una extraña sequedad en la garganta. En ese momento me di cuenta de que la mitad del café molido había caído fuera de la abollada cafetera de hierro y, enfadada conmigo misma, me obligué a concentrarme en lo que estaba haciendo y a apartar de mi cabeza ese inesperado ramalazo de lujuria, tan ajeno a mí como un chándal de felpa para andar por casa.

—¿Beicon y huevos? —pregunté con una voz ligeramente temblorosa mientras cascaba con torpeza el primer huevo en un bol.

—Perfecto.

Phoenix se acercó a ayudarme, puso unas cuantas lonchas de beicon en una sartén y empezó a freírlas. Estaba tan cerca de mí, que el calor de su cuerpo se confundía con el de la cocina, y su brazo desnudo rozaba el mío a cada rato.

«Por lo menos se ha puesto unos vaqueros y una camiseta», me dije sin dejar de batir los huevos con furia.

—¿Qué te han hecho esos pobres huevos?

La pregunta interrumpió mi frenético batir, pero decidí que sería mejor hablar de algo un poco menos espinoso y contesté con otra pregunta:

—¿Has visto que ya casi se ha derretido la nieve?

—Hum —dijo por toda respuesta mientras repartía en los platos las tiras de beicon que había sacado de la sartén engrasada.

—Cuando hable con mamá, le diré que mañana vuelvo a la civilización. —Eché los huevos en la misma sartén que había usado él y no pude evitar que salpicaran un poco—. Lo siento, aún no he conseguido tu estilo depurado en la cocina.

—Si te quedas unos días más, serás toda una experta.

—Ni hablar, en cuanto pueda me largo de aquí. Nunca imaginé cuánto echaría de menos mi cama, mi cuarto de baño con agua corriente, la comodidad de poder pedir por teléfono comida a domicilio... Sobre todo, extraño mi ducha. —Me acerqué un mechón de pelo a la nariz y lo olisqueé con desagrado—. No soporto este pelo asqueroso ni un minuto más, pero no sé qué hacer.

—En cuanto desayunemos te ayudo con él.

—¿Tú? —Lo miré incrédula.

Se encogió de hombros.

—No veo a nadie más por aquí.

Hice una mueca y cogí un paño para no quemarme con el asa de la cafetera. Al verme, Phoenix se apresuró a dejar los platos rebosantes sobre la mesa, sacó dos tazas de la alacena y me hizo un gesto para que me sentara a la mesa. Él mismo sirvió el café.

Con la cabeza puesta en cuáles serían mis siguientes pasos cuando estuviera de vuelta en San Diego, mastiqué en silencio el desayuno.

—Mejor que no des fechas concretas.

—¿Eh? —Alcé los ojos del plato sin saber de qué me estaba hablando.

—A tu madre.

Lo miré consternada.

—¿Crees que mañana tampoco podré salir de aquí?

Otro encogimiento de hombros. Nunca había soportado a la gente que hablaba por los codos, pero lo de ese tipo era casi patológico.

—¿Puedes darme una respuesta como dios manda? —dije enfadada.

Los ojos azules se clavaron en los míos unos segundos, hasta que me vi obligada a apartar la mirada.

—Por favor —susurré.

—Si me lo pides así... —¿Cómo odiaba que se burlara de mí! Sin embargo, no me quedaba más remedio que tragarme el orgullo; era consciente de que sin ese hombre me resultaría muy difícil sobrevivir en aquel medio hostil. Hice un esfuerzo para concentrarme en sus explicaciones —. No sé en qué estado estará el camino; si está muy embarrado podrías quedarte atrapada unos metros más abajo. Tampoco sé como estará el motor de tu coche. Por todo ello, creo que es mejor que te limites a decirle a tu madre que estás bien y que ya la avisarás cuando vuelvas.

Bien. Era razonable. Descorazonador, pero razonable. Me levanté, recogí los platos y empecé a fregarlos. Él me imitó, como era su costumbre, y fue secándolos según se los pasaba.

—Y ahora tu pelo —dijo en cuanto terminamos.

—¿De qué hablas? —Fruncí el ceño, desconcertada.

—Yo te lo lavo.

—Pensé que lo decías en broma.

—¿Tengo cara de estar bromeando?

No. La verdad era que su cara era tan impenetrable como la del ídolo azteca que había visto una vez en una revista de viajes mexicana; si no hubiera sido por los destellos que lanzaban los ojos azules, el suyo habría parecido un rostro tallado en piedra.

—Ni hablar.

—¿Por qué no?

—Pues porque no.

Él alargó la mano y cogió un mechón.

—Hum.

Lo aparté de un manotazo.

—No es asunto tuyo.

—Se lo lavaba a mi madre cuando tenía resaca después de una noche de juerga; parecía aliviarla.

Aquel comentario me dejó sin palabras.

Como si no se hubiera dado cuenta de mi confusión, Phoenix cogió una silla y la acercó al fregadero de piedra. Colocó una toalla en el borde y me hizo un gesto para que me sentara, y yo obedecí sin rechistar. La imagen de un adolescente, poco más que un niño, lavándole el pelo a su madre después de una de sus borracheras me había dejado fuera de juego.

En ese momento comprendí por qué había un cazo lleno de agua calentándose en uno de los fuegos. En silencio, apoyé la nuca en la toalla.

—¿Estás cómoda?

—Sí, gracias.

Con un cucharón, Phoenix, cogió agua de la olla y fue vertiéndola en una jarra de buen tamaño que había llenado con la bomba hasta la mitad. De vez en cuando, metía un dedo para comprobar la temperatura. Lo hacía todo con esa meticulosidad suya tan característica que me producía algo parecido a un trance hipnótico. Cuando terminó se acercó a mí.

—Cierra los ojos.

Una vez más obedecí, ligeramente avergonzada de mi insólita sumisión. Entonces Phoenix me puso una mano en la frente a modo de visera y, poco a poco, fue vaciando la jarra sobre mi pelo.

—¿Está bien?

—Perfecta —susurré con una increíble sensación de bienestar.

Oí el sonido de un tapón al abrirse y enseguida me llegó hasta la nariz el olor familiar de mi champú. Phoenix empezó a enjabonarme el pelo y tuve que apretar los labios para evitar que se me escapara un ronroneo de placer. ¡Oh, Dios mío! Ni siquiera el estilista del exclusivo salón de belleza al que acudía semanalmente en San Diego podía compararse.

Los dedos de mi improvisado peluquero eran suaves y firmes a la vez, y me dije que la gente pagaría auténticas fortunas por un masaje capilar como aquel. Muy profesional, Phoenix me aclaró la melena antes de volver a enjabonarla. Luego me puso acondicionador, desenredó los mechones con suavidad y volvió a aclararme el pelo. Cuando terminó por fin, el cosquilleo de mi cuero cabelludo se había extendido por todo mi cuerpo.

—Ya está.

Despacio, abrí los párpados y rehuí su mirada. No quería que esos penetrantes ojos azules adivinaran hasta qué punto me sentía vulnerable.

—Gracias —dije con la garganta seca.

—Un placer.

Esas dos simples palabras, pronunciadas con aquella voz que parecía salirle de lo más profundo del pecho, hizo que se me erizara el vello de los brazos. Para disimular mi turbación, cogí la toalla que me había servido de apoyo y empecé a secarme el pelo.

—Es increíble la felicidad que da el sentirte limpia de nuevo —dije con fingida animación y sin mirarlo—. Mil gracias, Phoenix. De verdad.

—A ti, Kaya. Lavarte el pelo me ha hecho sentir... —se detuvo unos segundos y contuvo el aliento—... bien.

Un silencio denso, casi tangible, sobrevoló sobre nosotros por un espacio de tiempo que se me hizo larguísimo.

Phoenix fue el primero en romperlo:

—Ahora te dejaré para que te des un baño. Si vas a la letrina, procura no vaciar el cubo de la cal ni el de la arena dentro. Con una palada de cada es más que suficiente; nos estamos quedando sin existencias. —Como siempre que hablaba de esos temas tan íntimos, sentí que se me subían los colores y no dije nada—. Volveré en una hora y te llevaré a un sitio en el que hay cobertura para que puedas hablar con tu madre. Una hora —repitió.

Con rapidez se puso las botas, un grueso jersey de lana y salió.



—¿Lista? —preguntó Phoenix después de llenar una mochila con alimentos y agua, y colgársela al hombro.

Asentí con la cabeza. Alargué la mano para coger el anorak y palpé los bolsillos para comprobar que estuviera todo: una caja de tiritas, una navaja multiusos, protección solar, la linterna, analgésicos de emergencia... en resumen, todas esas pequeñas cosas que pueden resultar útiles cuando uno se embarca en una aventura rumbo a lo desconocido.

—No te va a hacer falta. La temperatura ha subido unos cuantos grados y en cuanto caminemos un poco empezarás a sudar.

Me quedé parada sin saber qué hacer, así que Phoenix decidió por mí arrojando el anorak sobre la cama.

—Pero... —traté de protestar.

—Date prisa, no voy a esperarte.

Salió de la cabaña, como si no le importara lo más mínimo si le seguía o me quedaba. Mascullando improperios, salí detrás de él.

En efecto, afuera la temperatura era mucho más propia de finales del mes de agosto de lo que había sido hasta ahora. Rodeamos la cabaña y Phoenix tomó uno de los dos senderos que partían desde allí.

—¿No sería mejor ir por este? —Señalé el otro camino, que parecía más despejado y menos empinado que el que él había elegido.

Phoenix se detuvo y me miró con fijeza.

—Es mejor que evites ese camino. Por esa zona hay varias colmenas de abejas silvestres y los osos bajan de vez en cuando a darse un festín.

Sin más, dio media vuelta y empezó a subir por la senda más empinada. Me apresuré a seguirlo; la sola mención de la palabra «oso» desataba en mí un terror ancestral.



Un montón de tiempo más tarde seguíamos subiendo. Tanto Phoenix como yo llevábamos los jerséis atados a la cintura, y yo además me había arremangado la fina camisa de algodón que llevaba debajo.

Clavé los ojos en la espalda del hombre que iba delante —que no se había vuelto ni una sola vez para ver si lo seguía o no— y no pude evitar admirar el modo en que los músculos ondulaban bajo la fina tela de la camiseta blanca. Estaba tan concentrada en el agradable espectáculo, que tropecé con una piedra y estuve a punto de abrimme la cabeza. Fastidiada conmigo misma, aparté la mirada y el mechón de pelo que se me había pegado a la frente sudorosa, y mascullé una nueva retahíla de insultos:

—Monstruo insensible, cabra loca...

—¿Hablando sola otra vez? —dijo sin volverse.

Apreté los labios; era evidente que mi atormentador tenía el oído tan fino como sus antepasados indios.

—¡No puedo más! ¿Cuándo llegamos? —lloriqueé exhausta.

—Ya casi estamos —se limitó a responder como las últimas veinte veces que le había hecho la misma pregunta.

Rabiosa, me sequé con el dorso de la mano una de esas inoportunas lágrimas que brotaban de mis ojos a la menor oportunidad, y fantaseé con la idea de sufrir un fallo multiorgánico debido al cansancio y el calor. Imaginé a Phoenix arrodillado junto a mi cuerpo insensible, llorando arrepentido por todo el sufrimiento que me había causado y gritando que no me muriese. Pero ya sería demasiado tarde, me dije con una sonrisa perversa jugueteando en mis labios; aquel hombre insensible tendría que cargar con el peso de la culpa por el resto de su vi...

—¡Ay!

Iba tan concentrada en mis luctuosas fantasías, que no me di cuenta de que mi guía se había detenido y choqué contra su espalda.

Me llevé la mano a la nariz con los ojos llorosos.

—¿Puede saberse en qué ibas pensando? —Phoenix me apartó la mano sin demasiada delicadeza y examinó el dolorido apéndice.

—¿Puede saberse por qué después de llevarme con la lengua fuera por un terreno

impracticable durante más de tres horas, vas y te paras en seco?

—Solo llevamos caminando hora y media. Y ya hemos llegado.

Fruncí el ceño, desconcertada. El sendero se acababa frente a lo que parecía una inexpugnable pared de piedra.

—¿Aquí?

—Solo hay que trepar...

—¡Me niego! —Lo corté en seco y me crucé de brazos, desafiante—. No pienso trepar a ningún lado.

Phoenix no protestó ni empezó a discutir conmigo como, en mi opinión, habría hecho cualquier ser humano normal. Simplemente, se dio media vuelta y empezó a bajar por donde habíamos venido.

—¿Qué haces? —dije furiosa—. ¡Para! ¡Para ahora mismo!

Se detuvo y se giró despacio.

—¿Vas a trepar?

—¡Sí, treparé! ¡Claro que treparé! —grité llena de rabia—. No he subido hasta aquí para nada.

Phoenix me lanzó una sonrisa deslumbrante, y me dieron ganas de borrarla de un bofetón.

—Sabía que eras una mujer valiente, Kaya.

Me limité a apretar los puños y las mandíbulas con fuerza, pero él hizo como que no se daba cuenta de que estaba a punto de saltarle a la yugular.

—Fíjate bien y pon los pies donde yo lo haga. —Empezó a escalar por el escarpado peñasco con la agilidad de una cabra montés.

Decidí olvidar mi enfado por el momento y me concentré en seguirlo. No era una subida fácil, y la primera sorprendida fui yo cuando me di cuenta de que lo de la escalada no se me daba nada mal. Cuando era niña había evitado como la peste cualquier juego arriesgado; me parecía espantoso ver a mis compañeras de colegio con las rodillas llenas de costras y el bajo del uniforme descosido, así que jamás sospeché que tuviera una habilidad semejante. De hecho, no exagero demasiado al decir que me podría haber dedicado a ello profesionalmente si no me hubiera dado por el derecho.

Varios minutos más tarde, Phoenix se inclinó y me tendió una mano, seca y caliente, para ayudarme a subir hasta la cima.

—Caramba, Kaya, me has sorprendido.

Ambos jadeábamos por el esfuerzo y, una vez más, la chispa de admiración que asomó en los ojos azules me hizo hincharme de orgullo.

—Si te soy sincera, yo también me he sorprendido a mí misma.

—Abogada implacable y escaladora intrépida; es una mezcla peligrosa. —¿Era ternura lo que vibraba en su voz?

—Bueno, no exageres —hice un gesto con la mano, tratando de disimular mi turbación, y me volví a mirar a mi alrededor—. Oh. Dios. Mío.

El panorama que se divisaba desde lo alto de aquel cúmulo de rocas me cortó la respiración. A mis pies se abría un valle, rodeado de cumbres nevadas y salpicado de pequeños lagos a los que el sol arrancaba destellos cegadores, en el que la leve bruma de la mañana se enredaba aún en las copas de los pinos más altos. Desde luego, era uno de esos sitios en los que resultaba sencillo creer en la existencia de Dios.

—Es... precioso —susurré sin aliento, incapaz de encontrar un adjetivo capaz de describir semejante maravilla.

—«La belleza es verdad y la verdad belleza. Nada más se sabe en esta tierra y no más hace falta».

Aquellos versos, que luego supe que eran de Keats, desgranados con esa voz de bajo profundo junto a mi oído, y con el calor de las palmas de sus manos sobre mis hombros me hicieron despertar del encantamiento con brusquedad. Me aparté en el acto, y él clavó los ojos en mí con expresión enigmática.

—Reconozco que nunca había visto nada tan bello —dije por fin, intentando quitarme de encima esa molesta sensación de incomodidad.

—Me alegro. —Intenté adivinar qué era lo que le pasaba por la cabeza en ese momento, pero, como de costumbre, me resultó imposible—. Te dejo para que hables tranquilamente.

Antes de que me diera tiempo a decir nada, Phoenix desapareció por detrás de unos peñascos.

Luchando aún contra la extraña incomodidad que se había apoderado de mí, saqué el móvil del bolsillo del pantalón

—¡Sí!

Al comprobar que tenía cobertura, me olvidé de todo lo demás y me apresuré a llamar a mamá. Descolgó al segundo tono.

—¡Achu, por fin!

La voz de mi madre puso en marcha, una vez más, mis hiperactivos lagrimales.

—Mamichu... —hice un puchero.

—¿Estás llorando? ¿Qué ha pasado?—Me mordí el labio en un intento de calmarme; era evidente que había acabado de almar a mi sufrida madre pues, aunque a la vista de los últimos acontecimientos resultara increíble, yo no era de las que lloraban. Era. Pasado—. ¡Dime qué te pasa! ¿Estás bien? ¿Dónde estás?

—Muy bien, de verdad. No te preocupes.

—¡Pero has desaparecido de repente y estás llorando!

—No, en serio. Es solo que te echo mucho de menos.

—Yo también a ti, cariño.

Por su tono, deduje que mamá seguía con la mosca tras la oreja. Además, noté que le temblaba la voz, así que decidí que sería mejor ponerla al día de los últimos acontecimientos antes de que las dos nos echáramos a llorar como un par de Magdalenas.

—Estoy en una cabaña perdida en mitad del campo.

—¿Una cabaña perdida en mitad del campo? —repitió incrédula—. Achu, ya me estás contando qué haces, precisamente tú, en una cabaña perdida en mitad del campo. Te recuerdo que cuando eras pequeña fingías tener fiebre cada vez que se acercaba una excursión a la granja escuela de turno.

—Es un poco largo de explicar y, la verdad, preferiría contártelo en persona. Me hubiera gustado llamarte antes, pero no hay cobertura cerca de la cabaña y, para rematarlo, me cayó la gran nevada en cuanto llegué y he estado prácticamente incomunicada hasta ahora. De hecho, he tenido que escalar una montaña que no tiene nada que envidiarle al Everest para poder llamarte. Así que no esperes que lo haga a menudo.

—¿Escalar una montaña? ¿Tú?

Saltaba a la vista que mamá iba de sorpresa en sorpresa, pero no podía hacer nada por evitarlo; yo era la primera sorprendida por todo lo que me estaba pasando.

—Lo que oyes. Y no te lo vas a creer: resulta que soy una escaladora fantástica... ¿Mamá? ¿Mamá? ¡Mierda, se ha cortado!

Miré la pantalla del móvil, llena de frustración. Las diminutas rayitas que hacía apenas un momento aparecían en la esquina superior habían desaparecido. Estiré el brazo y apunté el teléfono hacia cada uno de los cuatro puntos cardinales, pero fue inútil, las rayitas se habían marchado para no volver.

—¡No es justo! —Me senté en la roca, hundí la cabeza entre las rodillas y me puse a llorar.

Al cabo de un buen rato, levanté la cabeza. Tenía un poco de frío, así que volví a ponerme el jersey y dejé vagar la vista por el horizonte. La belleza del panorama que se desplegaba ante mí tuvo un inesperado efecto calmante sobre mis embarulladas emociones. No supe cuánto tiempo estuve así, pero, una vez más, fue la voz de Phoenix la que me devolvió al presente con un sobresalto.

—¿Ya?

—¡Te he dicho que no te acerques a mí con ese sigilo!

—La próxima vez me anunciaré a toque de corneta —replicó sarcástico, aunque enseguida añadió muy serio—: ¿Has vuelto a llorar?

—No. —Negué la evidencia con un brusco movimiento de cabeza.

—Tienes los ojos rojos.

—Es por culpa de este aire tan frío —dije con un sorbido desafiante.

—Ya.

Phoenix cruzó los tobillos y se sentó a mi lado. Lo miré por el rabillo del ojo. Su perfil aguileño se recortaba con nitidez contra el cielo despejado y una brisa ligera agitaba el brillante pelo oscuro. Estaba completamente inmóvil, con la espalda muy recta, y me vino a la cabeza un tótem que había visto durante una visita al Museo del Indio Americano en Washington.

Estuvimos así un buen rato, contemplando el paisaje en silencio y, durante ese tiempo, sentí una inexplicable conexión con el hombre que estaba sentado junto a mí. Finalmente, fue el rugido ensordecedor de mis tripas lo que rompió el encantamiento.

—Parece que hay hambre.

Con cualquier otro me habría sentido avergonzada; pero debía reconocer que, a su lado, las necesidades fisiológicas de mi cuerpo adquirían una curiosa naturalidad.

Phoenix abrió la mochila y empezó a repartir el contenido entre los dos.

—Qué rico todo —dije unos minutos después, con la boca llena.

—El ejercicio despierta el apetito.

—Desde luego —asentí después de tragar—. Pese a que casi no he podido hablar con mamá, reconozco que ha merecido la pena haber subido hasta aquí.

—Qué bien, porque tengo más excursiones en la agenda.

Negué con la cabeza y bebí un poco de agua antes de contestar:

—La nieve se ha derretido y con el sol que ha hecho hoy ya se habrá secado el camino. Mañana a primera hora me vuelvo a San Diego.

—Pero si estás disfrutando.

Fruncí el ceño, sorprendida por semejante afirmación.

—¿Cómo voy a estar disfrutando? No tengo internet, no hay nada que hacer en la cabaña en cuanto anochece, carezco de un cuarto de baño digno de ese nombre, me veo obligada a compartir la cama contigo, no puedo llamar al *take away* cuando tengo ham...

—Acabas de decir que ha merecido la pena subir hasta aquí.

—Sí, bueno, pero...

—Te ha encantado el paisaje.

—Ya, pero...

—Has descubierto que escalas como las cabras.

—Puede que...

—El otro día lo pasamos bien cocinando, no lo niegues.

Por lo visto, no me iba a dejar acabar una sola frase.

—No, si no...

—Reconócelo, Kaya, es tu oportunidad.

—¿De qué rayos estás ha...? —Vi que abría la boca una vez más, pero esta vez no iba a consentir que me interrumpiera—. ¿Te importaría dejarme terminar alguna frase, por favor?

Phoenix hizo un gesto con la mano, como indicándome que dijera todo lo que tuviese que decir. Así que acepté la invitación en el acto.

—¿Mi oportunidad? ¿De qué?

Él se encogió de hombros con ese aire indiferente que me sacaba de mis casillas y volvió a posar los ojos en los tres gigantescos buitres que volaban en círculos por encima del valle.

—De vivir.

—¿Por qué dices eso? —No sabía por qué, pero sus palabras me habían molestado—. Yo vivo. Vivo a tope. Lo que pasa es que nuestros conceptos de lo que es vivir no tienen nada que ver.

Los labios delgados se fruncieron en una leve mueca de desdén.

—No te engañes, Kaya. Lo que tú llamas «vivir» es tan solo trabajar y me temo que hasta tu novio acabó harto.

Lo miré indignada.

—¿Me estás diciendo que fue culpa mía que mi novio me pusiera los cuernos? ¡Dios mío! —Moví la cabeza, asqueada—. No he visto un caso más repugnante de corporativismo en todos los días de mi vida.

—¿Corporativismo? Tu ex y yo pertenecemos a sectores profesionales muy distintos.

—Pero los dos sois hombres, ¿no? —lo miré acusadora—. Os defendéis entre vosotros y tratáis de quitar importancia a vuestros pecadillos masculinos. Pecadillos sin importancia como la infidelidad, la... —me dio rabia que me temblara la voz, pero seguí a pesar de todo—... la traición, la mentira, la...

—Yo jamás te haría eso —lo dijo con tanta seguridad que, una vez más, me cortó el discurso en seco.

—Claro. —Me sequé las mejillas con fiereza; las puñeteras lágrimas de nuevo—. Eso lo dices ahora. A saber a cuántas de tus novias has engañado.

—Nunca he engañado a ninguna de las mujeres con las que me he ido a la cama.

Me pareció una manera un tanto rebuscada y poco amable de referirse a sus ex, pero lo dejé estar. Lo cierto era que no quería seguir con esa discusión. En realidad, su acusación de que Luke me había sido infiel porque estaba demasiado centrada en mi carrera me había dolido menos que su ridícula idea de que yo, Azucena Llaneras Soto, no supiera lo que era vivir.

—No me interesan tus intimidades lo más mínimo. —Hice un esfuerzo para mostrarme cortante; no quería empezar a lloriquear otra vez.

—Por supuesto que no. —Con el pulgar, Phoenix atrapó una lágrima que se me había quedado pegada a las pestañas; un gesto cargado de ternura que me descolocó por completo.

Me aparté en el acto y me puse en pie, pero lo súbito del movimiento me hizo perder el equilibrio. No había calculado lo cerca que estaba del borde de la roca. Agité los brazos en el aire, horrorizada, pero justo un segundo antes de despeñarme por el precipicio que se abría a mi espalda, Phoenix me agarró por el cuello del jersey y tiró de mí con tanta fuerza que choqué contra

su pecho. Como ya ocurriera después de mi último susto, me aferré a su cintura con todas mis fuerzas, sin dejar de temblar. Tuve la impresión de que él temblaba también, pero quizá lo había imaginado porque, en ese momento, Phoenix, con una mano a cada lado de mi cabeza, me obligó a despegarla de su pecho sin la menor delicadeza.

—¡Estúpida! —masculló. Sus ojos despedían llamaradas azules y, antes de que pudiera recuperar la capacidad de replicar como se merecía, inclinó la cabeza y me besó en la boca con rudeza.

Cuando, mucho más tarde, fui capaz de razonar, me dije que tendría que haberme apartado. Por varias razones. La primera: apenas conocía a ese hombre que, por mucho que él lo negara, era lo más parecido a un hermano que había tenido en mi vida; la segunda: no sentía el más mínimo afecto por él; la tercera: aún estaba intentando recuperarme de lo de Luke; la cuarta:... Podría haber seguido eternamente con una de mis listas interminables, enumerando los cientos de motivos que tenía para darle un buen empujón y alejarme de él. Sin embargo, en vez de apartarme, me puse de puntillas, le rodeé el cuello con los brazos y le devolví el beso con la misma ávida desesperación que latía en el suyo.

Por un momento, tuve la curiosa sensación de que era la primera vez que me besaban. Antes de Luke, había tenido un par de relaciones pasajeras que no habían cuajado por culpa —debía reconocerlo— de mi apretada agenda laboral, pero nada me había preparado para ese momento.

«No es real», me dije. «No puede ser real».

Demasiada pasión, demasiado deseo descarnado encerrados en un único beso. Cuando me di cuenta de que me estaba apretando contra Phoenix como si quisiera fundirme contra su cuerpo, recuperé la cordura y, esta vez sí, conseguí separarme de él.

Nos miramos jadeantes, sin decir una palabra. El aire a nuestro alrededor crepitaba, cargado de electricidad. Fui yo la que por fin rompió el silencio, incapaz de soportar semejante intensidad ni un segundo más.

—No quiero que... —Me aclaré la garganta, incómoda, y volví a empezar—: No pienses que...

—No pienso nada. —El tono seco que empleó me hizo dar un respingo.

—¿No? Pues mejor, porque...

Esta vez no me interrumpió, sino que se limitó a arquear las bien delineadas cejas negras, como si tuviera curiosidad por saber con qué excusa iba a descolgarme. Lo cierto era que yo misma no tenía ni noción de qué era, exactamente, lo que acababa de pasar entre nosotros, pero me obligué a pronunciar al menos una frase coherente.

—Ha sido el peligro. —Se me ocurrió de repente y me aferré a aquella sencilla idea con todas mis fuerzas. Aliviada por haber encontrado una razón para explicar lo inexplicable, proseguí con más entusiasmo—: He estado a punto de matarme. La gente hace cosas raras cuando se encuentra al límite.

—Hum.

Por una vez me alegré de que mi interlocutor fuera parco en palabras. Nerviosa, me humedecí los labios con la lengua, y el modo interesado en que los ojos azules siguieron el gesto, me hizo apretarlos con fuerza.

—En fin —desvié la mirada, me puse en cuclillas y empecé a meter los restos de la comida en la mochila con manos trémulas—, será mejor que regresemos. Dentro de poco se hará de noche.

El sol aún estaba a una buena distancia de los picos nevados, pero, en cuanto terminé, Phoenix agarró la mochila, ahora casi vacía, y se la puso. Sin decir una palabra, empezó a bajar

por la cara más accesible del peñasco al que nos habíamos encaramado, y yo me alegré de tener que concentrarme en el descenso —bastante más complicado que la subida, por cierto— y poder olvidarme, al menos por un rato, de mis caóticas emociones.

8

Pese a mis temores, esa noche la cosa resultó más llevadera de lo que esperaba. En cuanto Phoenix volvió de la letrina y me vio tratando de acomodarme en uno de los sillones —había decidido que no dormiría en la cama, aunque al día siguiente me levantara con un pinzamiento severo en las cervicales—, se paró delante de mí y se quedó mirándome muy serio.

—¿Qué pasa? —pregunté a la defensiva.

Las cejas oscuras se arquearon por toda respuesta.

—Es por... por prevenir.

—Hum.

—Después de lo que pasó allá arriba, no quiero que pienses...

—No pienso nada, como ordenaste.

¿Se podía ser más irritante? Lo dudaba mucho.

—Es mejor evitar... —carraspeé incómoda—. Evitar... evitar tentaciones.

—Ah.

Desde luego, aquel tipo tenía una habilidad, casi sobrenatural, para sacarme de mis casillas.

—¡No sé si lo sabes, pero no soporto que siempre hables con monosílabos! Por si tampoco lo sabes, es de muy mala educación y resulta terriblemente molesto. —Ahora fue la ceja derecha la que se alzó sin esperar a su compañera—. Y, bueno, puede que te parezca una tontería, pero acabo de dejarlo con un hombre con el que empezaba a hacer planes de boda y no puedo comprender cómo he podido besarte allí arriba de la forma en que te he besado...

Tuve que detenerme para coger aire y, por supuesto, él no desaprovechó la oportunidad de hacer uno de sus exasperantes comentarios.

—Las situaciones límite es lo que tienen.

—¡Pues sí! No fue nada más que eso. La... la adrenalina corriendo por mis venas. Una vez leí en no sé dónde que la concentración de esa hormona en sangre puede multiplicarse por cincuenta o más durante periodos de estrés. Y las hormonas, ya se sabe, a veces te hacen reaccionar de forma muy traicionera y... y...

Antes de que me diera tiempo a decir ninguna tontería más, Phoenix me agarró de la mano y con suavidad, pero con firmeza, me obligó a levantarme del sillón y a ir hacia la cama.

—Ahora no estamos en una situación de estrés, y me estás mareando con tanta cháchara.

—No resultas muy caballeroso, la verdad. —A él no debió afectarle mucho mi afirmación, porque se limitó a apartar una de las esquinas de la colcha de *patchwork* y esperó, paciente, hasta que me acosté. Con la colcha apretada entre los puños, seguí hablando sin ton ni son—: Y quiero que sepas también que no soy de esas mujeres que hablan sin parar, aunque lo parezca. Últimamente me están pasando cosas muy raras; a veces pienso que me he convertido en una persona completamente distinta y que nunca volveré a ser la que era porque...

Phoenix apagó la segunda lámpara.

—A dormir —interrumpió con firmeza mi interminable monólogo y me callé en el acto.

Tumbada, con los ojos clavados en las sombras que el fuego casi consumido proyectaba en el techo de la cabaña, apreté más la colcha contra mi pecho. Noté que el colchón se hundía bajo su peso cuando él se acostó a mi lado.

Después de un buen rato susurré:

—Phoenix...

—¿Hum?

Extendí la mano muy despacio hasta dar con la suya. Al instante, sus dedos se cerraron en torno a los míos en un firme apretón, caliente y seco.

—Creo que en el fondo me gustaría que fueras mi hermano.

—A mí no.

Pese a su seca respuesta, sus dedos apretaron los míos un poco más y, extrañamente reconfortada, me quedé dormida en el acto.



Como me había prometido, al día siguiente Phoenix me acompañó hasta donde estaba el coche. Al ver mi Mercedes, sucio y cubierto de hojas, y con una abolladura considerable en la parte trasera, se me encogió el corazón; hasta ese momento, mi precioso coche había dormido siempre en un garaje.

—¡Por fin!

Corrí los últimos metros y me dejé caer en el asiento del piloto con un suspiro de felicidad. Apreté el botón de encendido, pero en vez del acariciador susurro del potente motor solo se oyó el silencio. Me dije que sería la pila de la llave, así que la saqué del bolsillo del pantalón y la conecté en su sitio, pero aquello tampoco funcionó. Después de tres intentos más, apoyé la frente en el volante y me eché a llorar con desconsuelo.

—Estoy gafada. Gafada —afirmé entre hipidos.

—¿Vas a llorar mucho rato más?

Alcé la cabeza y lo miré furiosa.

—¡No lo sé! Estas cosas no funcionan con reglas fijas.

—Lo digo porque, si nos damos prisa, aún podemos ir a pescar.

—¡Pescar! Ja. Qué planazo. Estaba soñando con volver a mi pisito. Ya me veía en su cocinita, con todos sus aparatitos modernos, su bañito con todas sus cositas civilizadas, su... —según iba enumerando esa larga lista de cosas acabadas en «ita» e «ito» me entraban más ganas de llorar—. Y te crees, ¡te crees!, pero ¿cómo puede nadie creer algo así?, que ir a pescar puede compensarme por semejante pérdida.

—En realidad no es por compensarte, es por hacer algo divertido.

—Divertido —repetí en el mismo tono en el que anunciaría la muerte de un familiar.

—Venga, Kaya, lo pasaremos bien.

Como ya empezaba a ser costumbre, me agarró de la mano y me ayudó a salir del coche, y yo me dejé hacer, porque ya no tenía fuerzas para resistirme frente a semejante cúmulo de adversidades.

Nos detuvimos en la cabaña el tiempo justo para que Phoenix metiera algunas cosas en su mochila y añadiera a regañadientes otras tantas que pensé que podrían sernos útiles en caso de emergencia. Cuando estuvo listo, me miró de arriba abajo y me hizo una pregunta impertinente:

—¿Vas a ir así?

Bajé la vista a los pantalones de lana, el fino jersey de cuello alto gris azulado y los elegantes botines de cuero con cordones que había elegido esa mañana, llena de alegría, para volver a la civilización. Me encogí de hombros.

Phoenix sacó del arcón una sudadera descolorida. Luego cogió de una de las sillas los pantalones vaqueros que me había puesto el día anterior y me lo tendió todo.

—Ponte también las botas. Seguro que volvemos llenos de barro.

Reprimí un escalofrío ante aquella espeluznante profecía, pero no protesté.

—Te espero afuera.

Demasiado deprimida para rebelarme, me cambié con rapidez. La sudadera olía como mi anfitrión y me quedaba enorme. Volví a encogerme de hombros. ¿Qué más daba ya todo? ¡Iba a pescar, por el amor de Dios!; como si me vestía de lagarterana. Azucena Llaneras Soto, o sea *moi*, ya no podía caer más bajo.

Pese a que mi falta de entusiasmo era evidente, a Phoenix no parecía afectarle. De hecho, estaba hasta locuaz: que si ese rastro era de un puma, que si esas marcas en la corteza de un árbol las había hecho un oso negro al rascarse la espalda, que si un águila puede detectar el movimiento de un conejo a más de dos kilómetros de distancia... La verdad era que resultaba interesante y, cuando me olvidé un poco de mis penas, empecé a hacerle todo tipo de preguntas. Siempre había sentido una especie de avidez por aprender cosas nuevas. En un momento dado me hizo pararme en seco, se colocó detrás de mí y, sin decir una palabra, cogió mi cabeza entre sus manos y la giró en dirección a un grupo de coníferas a menos de veinte metros de nosotros. Por supuesto, no vi nada.

—Allí, junto al tronco más claro —susurró en mi oreja.

Concentré todos mis sentidos en ese punto y, de pronto, lo vi. Era un ciervo, bueno, más bien una cierva, porque no tenía cuernos; mis conocimientos sobre la fauna salvaje llegaban hasta ahí. En ese momento se movió, y vi un diminuto cervatillo moteado entre sus piernas. Los observé, maravillada, hasta que la caída de una piña los sobresaltó y echaron a correr, despavoridos.

Solté el aire que, sin darme cuenta, había estado conteniendo hasta entonces y me volví hacia él.

—¿Has visto eso? ¿Has visto eso? —pregunté llena de entusiasmo.

Movió la cabeza y, aunque estaba muy serio, yo sabía que sonreía.

—Casi una hora antes que tú.

—¡Qué pasada!

Impulsivamente, me agarré de su mano y seguimos caminando a buen paso. El sol brillaba por encima de las copas de los árboles, los pájaros armaban el alboroto habitual, olía a fresas salvajes y, por alguna razón inexplicable, me sentía feliz.

Casi una hora más tarde llegamos a lo que, por lo visto, era el sitio de pesca favorito de mi guía. Podía entenderlo, la belleza del lugar cortaba el aliento. Un río, poco profundo y de aguas transparentes, fluía con fuerza por encima de los cantos rodados y se perdía a lo lejos, entre dos afilados macizos de roca parda.

—Prepárate. Aquí se pescan las mejores truchas.

—Pues me temo que tenemos un problema —dije con aire de suficiencia.

—¿Hum?

—Te has olvidado del un pequeño detalle... —Phoenix enarcó una ceja y proseguí, triunfante —: ¡No tenemos cañas de pescar!

Se apartó el rebelde mechón de pelo negro que acostumbraba a caerle sobre la frente y lo oí

murmurar:

—Mujer de poca fe.

Mientras Phoenix empezaba a sacar cosas de la mochila, me quité la sudadera y la colgué de una rama.

—Tu caña. —Me tendió un palo con un sedal enrollado alrededor; en uno de los extremos había atado un anzuelo.

Resoplé con desdén.

—Con esto no vamos a pescar ni un chanquete.

—Chanquetes lo dudo. Sabrosas truchas, seguro.

Phoenix se agachó y empezó a escarbar en la tierra húmeda. Al rato, una gruesa lombriz se debatía atrapada entre su índice y su pulgar.

—¡Qué asco!

Me estremecí cuando la partió por la mitad y enganchó cada pedazo en un anzuelo.

—Ahí estarás bien. —Señaló unas rocas al sol a pocos metros.

De lo más escéptica con respecto a la eficacia de semejantes métodos de pesca, me encogí de hombros y fui hacia allí. Al menos, la piedra era cómoda. Desenrollé unos metros de sedal y arrojé el anzuelo lo más lejos que pude como le había visto hacer a él. A punto estuve de lanzar también al agua el resto de la rudimentaria caña, pero, por suerte, en el último segundo me acordé de cerrar el puño en torno al palo. Me quedé un buen rato mirando con fijeza el sedal, dispuesta a tirar de él con todas mis fuerzas en cuanto se tensara lo más mínimo —un truquito que había aprendido en una película que había visto hacía mil años—, pero no ocurrió nada.

El tiempo pasaba. Aburrida, cerré los ojos y alcé el rostro para sentir mejor la caricia del sol. El calorcito y el zumbido de los insectos a mi alrededor, hicieron que me entrara una considerable modorra. En un momento dado, debí de dar una cabezada, porque perdí el equilibrio y abrí los ojos sobresaltada.

—¿Puedes parar quieta? —susurró Phoenix, impaciente, desde el otro lado del río.

Atontada por el brusco despertar, miré el extremo del sedal. El agua era tan transparente que no tuve dificultad en ver lo que quedaba de la difunta lombriz, meciéndose alegremente en la dirección de la corriente.

—¿Queda mucho? —dije en el mismo tono que había usado él.

No se dignó a contestarme. Resoplé llena de frustración. No llevaba reloj, pero calculaba que debía haber pasado una hora... o tres. Insulté a aquel indio de pacotilla por lo bajini. Notaba que se me empezaban a entumecer las piernas. Estaba a punto de tirar la «caña» al río y dar por concluida aquella absurda pérdida de tiempo sin más dilación, cuando un súbito chapoteo me hizo levantar la cabeza.

La estampa que vi podía haber sido una ilustración de cualquiera de esas populares novelas del oeste americano. Hipnotizada, contemplé las hábiles manos morenas que tiraban del sedal a toda velocidad; las venas marcadas de los antebrazos, que las mangas enrolladas de la camisa de cuadros dejaban al descubierto; el largo pelo oscuro agitado por la brisa y los labios finos fruncidos en una mueca de alegría feroz que, más que nunca, hacían patente su ascendencia salvaje. Poco después, una trucha de buen tamaño se agitaba en el aire frente a él, en un vano intento de escapar de una muerte segura.

Aplaudí emocionada y Phoenix agradeció mi entusiasmo con una sonrisa ladeada.

En cuanto comprendí que pescar una trucha en aquellas condiciones no era misión imposible, me puse a la tarea con mucho más brío; era demasiado competitiva para dejar escapar la ocasión. Apenas unos minutos después, sentí un fuerte tirón que estuvo a punto de hacerme caer

al agua.

—¡Phoenix! ¡Phoenix! —chillé llena de excitación.

—Tranquila, Kaya, recoge el sedal. Más rápido. Cuidado. Así, con firmeza.

Seguí sus instrucciones y, poco después, otra trucha, tan gorda o más que la que él había pescado, se debatía medio asfixiada ante mis ojos incrédulos.

—¡La tengo! ¡La tengo! —anuncié triunfante, agitando los brazos sin parar. Estaba exultante; casi tanto como cuando ganaba un juicio complicado.

Y, entonces, ocurrió. Perdí el equilibrio, lancé un grito de pánico y, me caí de culo en el río. El agua helada me cortó la respiración. Cuando conseguí ponerme en pie sobre los resbaladizos cantos rodados del fondo —sin soltar la puñetera trucha, eso sí—, vi a Phoenix doblado sobre sí mismo, retorciéndose de risa. Nunca lo había visto reírse así, los increíbles dientes blancos relucían en el rostro moreno y las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero yo estaba demasiado furiosa para apreciar su innegable atractivo físico.

—¡Basta! ¡No tiene gracia! —Me castañeteaban los dientes del frío.

—¿Que no? —Le entró un nuevo ataque de hilaridad.

—¡Idiota! —mascullé mientras trataba de alcanzar la orilla. Las botas llenas de agua y los pantalones empapados dificultaban mis movimientos. Hasta el pelo lo tenía mojado.

Phoenix se secó las lágrimas de las mejillas y, con evidente esfuerzo, consiguió recobrar algo parecido a la seriedad aunque, a juzgar por el brillo descarado de sus ojos, estaba claro que no iba a olvidar en su vida el ridículo épico que acababa de hacer yo.

Con suavidad, me quitó el sedal —que apretaba aún con todas mis fuerzas— con la trucha, aún vivita y coleante, y lo dejó a un lado. Luego cogió la sudadera que colgaba del árbol y me la tendió.

—Quítate lo que esté mojado. —Era una forma delicada de decir que me desnudara por completo.

—Date la vuelta y no mires —ordené a mi vez.

Obediente, Phoenix se puso de cara al río mientras que yo, con los dedos medio congelados, empezaba a quitarme la ropa con torpeza y los ojos fijos en su espalda. De vez en cuando, veía agitarse los hombros masculinos, como si sufriera un nuevo ataque de risa, y tuve que contenerme varias veces para no lanzarle una de las botas a la cabeza.

—Ya puedes volverte —dije por fin.

Por fortuna, la sudadera me llegaba a la altura de las rodillas. A pesar de ello, tuve que reprimir el impulso de bajármela un poco más cuando vi el modo apreciativo en el que los ojos azules se deslizaban por mis piernas desnudas.

—Encenderé un fuego.

Dicho y hecho. Pocos minutos después, un fuego reconfortante crepitaba rodeado de piedras en un claro al sol. Tendí mis prendas mojadas en los arbustos cercanos y dejé las botas lo más cerca posible de las llamas, luego me senté, me tapé las piernas dobladas con la sudadera, de modo que solo mis pies desnudos quedaron al aire, y extendí las manos hacia el calor, agradecida. Enseguida empecé a sentirme mejor.

Mientras tanto, Phoenix había estado limpiando las truchas que ahora se cocinaban sobre una piedra plana que había puesto cerca del fuego, aderezadas con hierbas y envueltas en hojas que había recolectado por ahí. El delicioso olor que desprendían me hizo recuperar el buen humor. No me había dado cuenta de que estaba muerta de hambre.

Phoenix se levantó y cogió las dos latas de cerveza que había dejado enfriándose en el río, me tendió una y, en cuanto estuvieron listas, me sirvió una de las truchas en una laja de pizarra que

había aclarado previamente.

—Usa las manos.

Nunca había comido algo tan exquisito. Cuando terminé, estuve un buen rato chupeteándome los dedos. A Luke le habría dado un ataque si me hubiera visto así, y esa idea me hizo disfrutar todavía más.

El genio de la lámpara también había llevado la cafetera de hierro y un par de chocolatinas, y en cuanto estuvo listo el café, seguí su ejemplo y mojé en él la mía. Creo que en ningún lujoso restaurante de los que solía frecuentar en San Diego habría comido un postre más delicioso.

—¿Te alegras de haber venido a pescar?

Nos habíamos recostado contra una roca a pleno sol y nuestros hombros se rozaban. Sin abrir los ojos, contesté somnolienta:

—Creo que no me lo habría perdido por nada del mundo.

—¿Caída al agua incluida?

Lo pensé unos segundos.

—Incluida. —Mi boca se abrió en un enorme bostezo—. Si no, nunca te habría visto reír a carcajadas.

Phoenix me pasó el brazo por los hombros para que estuviera más cómoda.

—Y ¿es un espectáculo interesante? —preguntó en su tono más indiferente.

—Interesantísimo. —Me recosté contra él y me quedé dormida.



Casi diez días después de mi accidentada llegada a la cabaña, allí seguía. Si alguien me hubiera dicho unas semanas antes que aguantaría tanto tiempo en unas condiciones tan primitivas me habría reído en su cara, pero lo más alucinante de todo era que estaba disfrutando.

Había pensado que después del «momento beso» la relación entre Phoenix y yo se volvería tensa e incómoda, pero me había equivocado. Lo cierto era que nos llevábamos muy bien, teníamos grandes charlas o, más bien, las tenía yo y el añadía alguna frase corta o un monosílabo de vez en cuando para que la cosa no decayera. Pese a ello, empezaba a conocerlo mejor y ya sabía un poco más de lo que había sido su vida antes y después de conocer a Jaime.

Phoenix no había vuelto a aludir a lo sucedido, por lo que me había resultado mucho más fácil relegar el embarazoso incidente a un rincón oscuro de mi cerebro. A veces hasta pensaba que quizá lo había soñado. De hecho, seguíamos compartiendo cama y todos los días, pese a mis esfuerzos por guardar las distancias, amanecía entre sus brazos; eso sí, en cuanto me despertaba me apresuraba a apartarme para que él no se diera cuenta.

Aquella mañana no había sido una excepción, así que me retiré a mi esquina de la cama y volví a dormirme hasta que algo me despertó de nuevo. La luz tenue que iluminaba la habitación me hizo saber que aún era muy temprano. Palpé el colchón a mi izquierda y noté que estaba frío. Medio dormida, me incorporé y me asomé a la ventana justo a tiempo de ver el jersey azul oscuro de la marina inglesa que solía llevar Phoenix desaparecer entre los árboles. Como aún estaba atontada, tardé unos minutos en comprender las implicaciones de lo que acababa de ver.

—¡Se ha metido por el camino de los osos! —De pronto, el corazón me latía a toda velocidad.

¿Se habría confundido? A lo mejor era sonámbulo. No podía creer que a nadie le diera por meterse, a sabiendas, en la boca del lobo. Desde que estaba en la cabaña, Phoenix me había

advertido en más de una ocasión sobre los numerosos peligros que podrían acecharme si me daba por internarme por ahí: osos, pumas hambrientos, alguna que otra serpiente venenosa... vamos, el arca de Noé al completo. Entonces, ¿a qué demonios estaba jugando? Y ¿si le pasaba algo? Me entraron ganas de vomitar solo de pensarlo, pero lo achaqué a un miedo egoísta de quedarme sola en esa cabaña, sin teléfono ni coche y sin la menor idea de qué camino tomar para regresar a la civilización.

Me froté bien los ojos para despejarme del todo y salté de la cama. Los tablones de madera sin desbistar estaban helados, por lo que me apresuré a calzarme las zapatillas. Estaba tan nerviosa que tardé mucho más que de costumbre en vestirme y, cuando por fin estuve lista, tuve que volver a entrar a coger el spray de pimienta porque pensé que sería mejor ir armada.

Encontrarlo me llevó otros tantos minutos de exhaustiva búsqueda en el interior de mi maxibolso. De paso, cogí también el móvil aunque, como no fuera para tirárselo a la cabeza al oso de turno, no sabía para qué me iba a servir. El tiempo corría implacable; a ese paso, cuando diera con Phoenix solo quedarían sus huesos roídos por las alimañas. Aquella imagen dantesca me hizo reaccionar. Inspiré hondo para tranquilizarme y con el bote de spray bien apretado en la mano, listo para disparar, salí al rescate.

Hacía frío y una niebla ligera anunciaba la inminente llegada del otoño. Caminé a buen paso por el sendero, mirando a un lado y a otro, atenta a la menor señal de peligro. Cada vez que oía algún crujido en la espesura, me detenía y apuntaba con el spray, pero, por fortuna, solo eran falsas alarmas. Calculo que recorrí así más de un kilómetro hasta que me detuve de golpe, incapaz de creer lo que veían mis ojos.

Justo a la vuelta de una curva del camino, en un pequeño claro del bosque, descubrí otra cabaña. Sin embargo, esta no tenía nada que ver con el cuchitril en el que había vivido las últimas dos semanas. Esta sí que era una de esas cabañas que salen a todo color en las revistas de arquitectura de papel cuché, toda madera, cristal y acero. En ese momento, el inconfundible sonido de varios mensajes entrantes me dejó aún más anonadada. Jadeando aún por la carrera saqué el móvil del bolsillo y vi que tenía unas líneas de cobertura.

Sin saber muy bien qué pensar, me acerqué despacio hacia el porche de grandes planchas de madera y subí un par de escalones. Me disponía a golpear la puerta de entrada cuando, siguiendo un impulso, giré el pomo y esta se abrió sin problemas; al instante, mi boca la imitó.

El interior de la cabaña consistía en un amplio salón-comedor-cocina en el que la luz entraba a raudales por los amplios ventanales a través de los cuáles el bosque se convertía en un elemento más de la decoración. Dos sofás bien mullidos, con sendas mantas de pelo suave invitaban a sentarse frente a la espectacular chimenea de hierro, que en esos momentos estaba apagada. Caminé con sigilo por las esponjosas alfombras de lana que daban al conjunto un aire aún más acogedor y me detuve junto a una pequeña consola en la que, además de un par de adornos, había un único marco de fotos. Lo cogí y lo examiné con detenimiento. Un Jaime más joven y un Phoenix adolescente me miraron sonrientes, cada uno con una gigantesca trucha colgando de un trozo de sedal que mostraban, triunfantes, a la cámara. Rocé el rostro juvenil con la yema del dedo antes de volver a dejar el marco en su sitio con cuidado.

Al fondo de la habitación había una puerta y me dirigí hacia allí. Estaba a menos de dos metros, cuando esta se abrió y apareció Phoenix con el pelo empapado y una toalla enrollada alrededor de las caderas por todo atuendo. Siempre había opinado que la palabra «bello» no era adecuada para referirse al físico masculino. Sin embargo, el pecho musculado y casi lampiño de Phoenix, de un cálido tono bronce, los hombros anchos y las caderas estrechas, eran de una belleza extraordinaria. Molesta conmigo misma, traté de borrar de mi cabeza en el acto ese

inoportuno pensamiento. Lo más curioso era que no parecía sorprendido de verme; de hecho, era como si una cortina se hubiera corrido sobre su rostro, velando cualquier atisbo de emoción.

—Así que esos baños en un río helado solo estaban en mi imaginación...

Me hubiera gustado sonar sarcástica, pero me di cuenta de que mi voz tenía un matiz herido.

—Hay una ducha —señaló hacia atrás con el pulgar—, con agua caliente.

—Y ¿cuándo pensabas decírmelo?

Se encogió ligeramente de hombros.

—¿De quién es esta cabaña?

—Las dos son de Jamie. Yo suelo quedarme en la otra.

—Entonces, era esta la cabaña que Jaime me había ofrecido —afirmé con calma.

—Sí, era esta.

—Hay señal ahí afuera.

—Sí.

—Y dentro ducha, inodoro, cocina moderna... y ¿uno o dos dormitorios?

—Dos.

Inspiré con fuerza y traté de seguir hablando con la misma calma.

—¿Por qué? —dije con la misma economía de palabras que empleaba él para responder a mis preguntas.

Se apartó un mechón de pelo oscuro de la frente y, si no hubiera sabido que era imposible, habría pensado que estaba nervioso.

—Quería que aprendieras a disfrutar de la vida; que entraras en contacto con lo que de verdad importa.

—¿A qué llamas disfrutar de la vida? ¿A vivir sin ducha? ¿Con una cocina antediluviana? ¿Teniendo que salir a hacer pis a cero grados? —Esta vez sí, mi voz rezumaba sarcasmo.

—Ni siquiera te has acordado de protestar por esos pequeños detalles esta última semana.

Me fastidió que se mostrara tan frío, tan poco culpable, tan...

—¿Para qué? ¿Qué sentido tenía protestar por algo que creía que era inevitable?

—Además, has aprendido a cocinar.

Me vinieron a la mente imágenes de las numerosas ocasiones en las que habíamos cocinado juntos en la primitiva cocina de leña sin dejar de charlar y de reír, pero las hice a un lado al instante y lo miré acusadora.

—¿Por qué me has ocultado que a poco más de un kilómetro en línea recta había cobertura?

—Porque si lo hubieras sabido, habrías llamado a emergencias el primer día para que vinieran a rescatarte.

Lo consideré unos segundos y decidí que, probablemente, tenía razón.

—Y ¿qué podía importarte a ti que me fuera o que me quedara? Desde el principio te he resultado un engorro más que otra cosa.

—Quería conocerte.

Esa respuesta me ablandó un poquito, pero lo disimulé.

—¿Conocerme? ¿Tenías curiosidad por conocer a tu medio hermana?

—Ni medio ni cuarto. Tú no eres mi hermana y punto.

—Pues ahora sí que no entiendo nada. —Furiosa por su desprecio, volví a pasar al ataque—. ¡Quiero que me digas la verdad! Quiero que me expliques por qué me has ocultado la existencia de esta otra cabaña en la que podría haber vivido yo sola perfectamente, con todo lujo de detalles y, por supuesto, con una cama supercómoda para mí sola.

—Estas últimas mañanas no parecías muy incómoda, que digamos —dijo en un tono

completamente inexpresivo.

Abrí la boca y la volví a cerrar y, para mi desgracia, noté que se me subían los colores.

—No sé qué de qué hablas.

—Yo creo que sí. Te has puesto roja.

Me llevé las manos a las mejillas.

—Tú... tú... eres... eres...

—Vamos, Kaya, no niegues que te sentías a gusto en mis brazos.

—¡Por supuesto que lo niego! No puedo evitar moverme mucho cuando duermo, pero eso no quiere decir... no quiere decir. —Una vez más, empecé con aquel penoso tartamudeo.

—Si quieres lo digo yo primero.

Lo miré desconcertada.

—¿Decir qué?

—Lo mucho que me ha gustado amanecer todos estos días contigo entre mis brazos.

Me tapé los oídos con las manos.

—¡No es verdad! ¡No quiero oírlo! Pensé... —lo miré acusadora— pensé que dormías.

Se encogió de hombros, con su gesto característico.

Apreté los labios, para evitar que temblaran. Estaba claro que no le importaba lo más mínimo cómo me sentía; para él todo aquello no había sido más que una demostración de humor retorcido, pero yo me sentía engañada y no solo porque me hubiera ocultado lo de la cabaña. De pronto, me daba cuenta de que, pese al tiempo que habíamos pasado juntos en los últimos días, no lo conocía en absoluto; de que, en realidad, no tenía la menor idea de lo que se ocultaba detrás de ese rostro impasible. En cierto modo había empezado a considerarlo un amigo y, mientras tanto, él se burlaba de mí.

La verdad dolía. Esperé que se me llenaran los ojos de lágrimas, como me venía ocurriendo de un tiempo a esta parte, pero, milagrosamente, siguieron secos. En ese momento, me pareció oír un «clic» en mi cabeza y me di cuenta de que volvía a ser la Azucena Llaneras Soto de siempre. La abogada a la que sus compañeros apodaban *ironwoman*; la mujer independiente y luchadora que había llegado tan lejos... y no, no iba a permitir que ningún hombre, ¡ninguno!, volviera a perturbar mi equilibrio.

Inspiré con fuerza.

—Voy a llamar a alguien para que venga a recogerme —dije con calma y me dirigí hacia la puerta.

—Kaya...

Me dio la sensación de que sonaba inseguro, algo nada habitual en él, pero me dije que eran imaginaciones mías.

—¿Sí? —Ni siquiera me di la vuelta.

—No hace falta que llames a nadie.

—No pienso quedarme aquí ni un minuto más de la cuenta —afirmé tajante.

Lo oí inspirar con fuerza y, por un momento, me pareció que titubeaba antes de responder, pero, de nuevo, me dije que estaba imaginando cosas.

—No será necesario. —Fruncí el ceño, desconcertada—. En cuanto ponga la pieza que le falta, tu coche volverá a funcionar sin problemas.

En esta ocasión, sí que me di media vuelta y me enfrenté a él como una gata rabiosa.

—¿Me estás diciendo que has manipulado el motor de mi coche?!

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Me noté temblar de furia. Tenía ganas de matarlo. De abalanzarme sobre él y sacudirlo con

fuerza hasta que mostrara algún tipo de emoción, pero, por fortuna, volvía a ser la dueña de mis emociones y de mis actos.

—Voy a recoger mis cosas —la calma con la que hablé me llenó de orgullo—; espero que mi coche esté listo en cuanto termine.

Sin darle tiempo a responder, salí de la casa. La niebla se había vuelto más espesa, pero el camino resultaba todavía visible. Demasiado enfadada para preocuparme —como habría hecho en cualquier otro momento—, me encaminé a toda prisa de regreso a la otra cabaña.



Acababa de sentarme encima de la maleta para cerrarla, cuando la puerta se abrió y entró Phoenix, aún con el pelo húmedo. Se detuvo al verme.

—Hay mucha niebla. Sería mejor que esperases a que escampara.

Ni siquiera me molesté en contestarle. Me puse el anorak, me colgué el bolso del hombro y agarré el asa de la maleta, dispuesta a arrastrarla hasta el coche.

—Dámela. Yo la llevaré.

Se produjo un forcejeo poco edificante entre ambos, pero al final se impuso su fuerza superior y la levantó como si no pesara una tonelada. Caminamos hasta donde estaba el Mercedes sin decir una palabra, y abrí el maletero para que dejara el equipaje.

—Adiós —me despedí sin más y me metí en el coche. Sin embargo, antes de que me diera tiempo a arrancar, la puerta del pasajero se abrió y Phoenix se coló dentro.

—¿Se puede saber qué pretendes? —pregunté furiosa.

—Hay mucha niebla. Te acompañaré hasta la carretera.

—¿Estás loco? ¿Cómo piensas volver después? Al menos está a diez kilómetros de aquí.

—Diez millas, exactamente.

Hice un cálculo rápido. Dieciséis kilómetros y pico.

—No hace falta que me acompañes —dije con firmeza.

Pero él se recostó contra el respaldo del asiento, se cruzó de brazos y se limitó a responder con sequedad:

—No es negociable.

Resoplé furiosa, pero comprendí que sería inútil insistir. Muy bien, si ese hombre quería darse un paseo interminable en medio de esa niebla helada que se lo diera; yo ya había tenido suficiente. Arranqué y metí la marcha con cierta brusquedad.

—Suave.

Conté hasta diez para no soltar un buen taco... y luego hasta veinte, pero obedecí y conduje muy despacio. En algunos puntos, los faros del Mercedes eran incapaces de atravesar la niebla y era Phoenix el que me indicaba con un simple monosílabo la dirección correcta. No me gustó tener que reconocerlo, pero si él no se hubiera empeñado en acompañarme, las cosas se podrían haber puesto bastante feas.

Por fin, tras casi media hora de conducir en aquel tenso silencio llegamos a la carretera que, por suerte para los agarrotados músculos de mis hombros y cuello, estaba bien señalizada con balizas reflectantes. Me detuve sin parar el motor.

—Bien —carraspeé incómoda—, muchas gracias por acompañarme hasta aquí.

—Siento haberte engañado, Kaya.

Volví a aclararme la garganta.

—En fin, supongo que ya no tiene remedio.

—¿Amigos?

Miré la mano que me tendía y negué con la cabeza.

—No creo que volvamos a vernos.

Phoenix abrió la puerta para bajarse, pero antes de salir se volvió hacia mí una vez más.

—¿Sabes una cosa? —Volví a negar con la cabeza—. He vuelto a engañarte.

Lo miré sin comprender.

—No lo siento en absoluto.

Se me escapó una exclamación de indignación, pero sin darme tiempo a contestarle como se merecía, soltó una de esas preciosas frases que no le pegaban ni con cola:

—«Cada partida es una clase de muerte, del mismo modo que cada reunión es un tipo de cielo».

Salió del coche, pero antes de cerrar la puerta con firmeza volvió a asomar la cabeza.

—Por supuesto que volveremos a vernos, hermosa Kaya.

En cuanto regresé a San Diego, fui a visitar a mamá y me soltó de sopetón que Jaime y ella se casaban en tres semanas. Aturdida —no por lo inesperado de la noticia, porque ya me lo había comentado Jaime, sino por la rapidez con la que se desarrollaban los acontecimientos—, conseguí esbozar una sonrisa vacilante y soltar una serie de lugares comunes que, incluso a mí, me resultaron de lo más forzados.

—Achu, ¿estás bien?

—¡Claro, mamá! Me hace superfeliz que te hayas reencontrado con tu primer amor al cabo de tantos años y que estéis planeando casaros. Creo que es una de las historias más románticas que conozco.

Como actriz dejaba bastante que desear, y mi fingido entusiasmo no engañó a mi madre ni por un segundo. Con firmeza, me agarró de la mano, me arrastró hasta uno de los sofás y me obligó a sentarme a su lado.

—Vamos Achu. Siempre ha habido mucha confianza entre nosotras. Dime la verdad, ¿preferirías que no nos casáramos?

Mi madre siempre había sido una de esas madres abnegadas, dispuestas a sacrificar lo que fuera por sus hijos, y no tenía la menor duda de que si le hubiera dicho que aquella boda me desagradaba habría cancelado los preparativos en el acto. Por suerte, aunque no podía evitar tener celos de Jaime —algo de lo que no me sentía orgullosa en absoluto—, no era tan egoísta como para negarle a mi madre esa felicidad, tan merecida por otra parte, que la había eludido durante demasiado tiempo.

Así pues, los preparativos de la boda siguieron viento en popa. Jaime parecía un chiquillo entusiasmado, y mamá tenía que refrenarlo de vez en cuando. Él quería una celebración por todo lo alto; al fin y al cabo, decía, era la primera vez que se casaba. Mamá, en cambio, consideraba que a su edad lo mejor sería una boda íntima y discreta. Sin embargo, mi padre cedió enseguida.

—No sería justo que el día más importante de nuestras vidas tu madre estuviera rodeada de gente a la que apenas conoce. Ya tendremos tiempo de invitarlos a todos dentro de unos meses —me dijo en un momento que nos quedamos a solas.

La cosa quedó así: celebrarían una ceremonia íntima en la misión de San Diego de Alcalá y luego habría un pequeño festejo en casa de mamá. En un principio pensaron en hacerlo en el espectacular ático de Jaime, que en breve saldría a la venta, pero luego decidieron de mutuo acuerdo que resultaría mucho más entrañable celebrarlo en la pintoresca casita, pegada a la playa, que había comprado mi madre cuando se trasladó a California. Sospecho que Jaime no quería que nada le recordara a las desafortunadas fiestas que organizaba su —en palabras de Phoenix— petulante exnovia en ese mismo ático, de las que él me había hablado con desdén.

Phoenix. No había vuelto a verlo. Jaime había comentado que seguía en la cabaña, pero que regresaría a tiempo para la boda. No quería pensar en él, aún me enfadaba cada vez que recordaba

su engaño. Cómo se debía haber reído de mí.



Mañana era el «Gran Día». Pese a que entre Jaime y mamá lo habían organizado todo, yo tampoco había parado durante esas casi tres semanas de frenéticos preparativos. Como si alguien en el bufete tuviera poderes adivinatorios, el McKenzie de White, McKenzie & Newman se había puesto en contacto conmigo a los dos días justos de haber regresado a San Diego.

Por lo visto, el presidente de BlackBook Inc. en persona —una de las importantes empresas involucradas en el contencioso en el que había estado trabajando justo antes de que me estallara en la cara mi propia vida— había exigido que fuera yo y no otro quien se encargara de todo lo referente al juicio.

Entre halagada y aturdida —no estaba del todo segura de haber recuperado mi toque *killer* de antaño—, acepté en el acto. Aunque solo fuera por dar en las narices a Luke, me juré a mí misma que ganaría ese juicio. Así que, una vez más, me enterré en trabajo. Y menos mal, porque después de haber disfrutado de los amplios y solitarios parajes de los alrededores de Yosemite, mi añorado pisito —rodeado de torres de edificios similares, llenos de parejas felices, parejas mayores, parejas con hijos, parejas en la que ella lucía un avanzado embarazo...— en el que había pasado esos dos días había resultado un tanto asfixiante. Al principio, traté de ayudar a mis padres con los preparativos de la boda, pero estaban en modo tortolito y, aunque en todo momento me invitaban a participar en las decisiones, tenía la sensación de que estaba de más.

Así que, encerrada en aquel piso claustrofóbico, sin saber muy bien en qué emplear mi tiempo —después de perder toda una mañana en la playa y una tarde entera yendo de compras, algo que, normalmente, hacía por internet, se me habían acabado las ideas—, sentía que estaba a punto de volverme loca.

Por eso, pese a que por aquel entonces aún me quedaban algo más de un par de semanas del mes sabático que me habían obligado a cogerme después de mi crisis nerviosa, acepté la proposición de volver al bufete con indisimulado alivio.

Lo más curioso era que no había logrado sumergirme en mi trabajo y olvidarme del mundo como había hecho siempre. En numerosas ocasiones, me había sorprendido a mí misma con la mirada perdida en el paisaje de gigantescos rascacielos visible desde el ventanal de mi despacho.

Quién me iba a decir que echaría de menos la belleza insuperable de las agrestes montañas de las que había disfrutado en compañía de Phoenix; el aire frío y puro que te hacía sentir tremendamente viva; los trinos y gorjeos de los pájaros desde el amanecer; las increíbles puestas de sol... y, sí, no me quedaba más remedio que reconocerlo: también echaba de menos a Phoenix. Las risas compartidas, sus interesantes y eruditas explicaciones sobre el comportamiento de la flora y la fauna que nos rodeaba; las divertidas lecciones de cocina; los dedos morenos de los que emergían formas de singular belleza; despertarme con el olor del café y los huevos revueltos que preparaba cada mañana; sus brazos cálidos alrededor de mi cuer...

¡Alto! Que nadie llegara a conclusiones erróneas. No había nada pasional ni romántico en nuestra relación. Phoenix había sido un amigo, casi un hermano, aunque él lo negara con vehemencia. Si no, ¿por qué lo que sentía por él era tan distinto de lo que había sentido por Luke? A Phoenix le podía contar cualquier cosa, nunca se escandalizaba, nunca juzgaba; se limitaba a escucharme en silencio y solo me daba consejos si se los pedía. Nada que ver con mi ex, que veía cualquier confidencia como un problema al que buscar una solución, incapaz de comprender que,

en esos momentos, lo único que necesitaba era un oído amigo.

Además, me conocía demasiado bien; jamás me enamoraría de alguien tan distinto a mí. El mundo de Phoenix y el mío estaban tan distantes como la Tierra de la Luna, y eran igual de ajenos el uno al otro.

En ese momento, llamaron a la puerta que se abrió sin esperar mi respuesta. Me alegré de la interrupción, hasta que vi quién era la persona que acababa de entrar en el despacho.

—Hola, Achu —debía de reconocer que mi nombre en boca de mi ex sí que sonaba como un estornudo—, ¿te molesto?

—Por supuesto que no, Luke —me apresuré a negar poco sincera—, siéntate.

Me había cruzado con él en un par de ocasiones en las que nos habíamos limitado a saludarnos con un gesto. La verdad era que, aparte de una imprecisa sensación de melancolía al pensar en el tiempo perdido, me sorprendía lo poco que me afectaba su presencia. De hecho, mi primer pensamiento al verlo entrar por la puerta había sido que mi ex era muy bajito y que tendría que extremar los cuidados de ese suave pelo rubio que se batía en retirada a toda velocidad. Unos pensamientos poco amables de los que me avergoncé en el acto mientras me preguntaba, incómoda, si no debería sentirme mucho peor. Al fin y al cabo habían sido cuatro años juntos. ¿Acaso era tan insensible como pensaban mis compañeros? ¿Sería, en efecto, una mujer con el corazón de hierro?

—Mira, Achu —la voz ligeramente nasal de Luke interrumpió aquel inquietante flujo de preguntas de difícil respuesta, y volví toda mi atención hacia él con alivio—, no quería dejar pasar más tiempo con este malentendido entre nosotros.

—A cualquier cosa se le llama «malentendido» hoy en día —repliqué sarcástica.

Noté que daba un respingo. Luke Sharpe no estaba acostumbrado a que le hablara con sarcasmo. Se aclaró la garganta un par de veces antes de continuar:

—Tienes razón, fue algo de muy mal gusto. Un error del que enseguida me arrepentí. Ella no significó nada. Tú eres la única mujer adecuada para mí. —Ese modo desapasionado de expresarlo terminó de cabrearme, pero seguí escuchando sus disculpas con aparente tranquilidad—. Tú y yo somos iguales; estamos muy por encima de las pequeñas convenciones burguesas. El éxito de nuestras respectivas carreras lo atestigua. Me alegré... —carraspeó con más fuerza—. Me alegré mucho cuando te llamaron para ocuparte del caso BlackBook.

Miré su nariz con fijeza, estaba segura de que empezaría a crecer en cualquier momento. Como si notara mi intenso escrutinio, Luke se llevó una mano blanca, de manicura perfecta, en la que —lo sabía bien— no había un solo callo, hacia el mencionado apéndice.

—Seguro.

Aparté la mirada y la dirigí hacia su nuez, que subía y bajaba agitada por encima de la elegante corbata de seda de Brooks Brothers. Un ligero rubor coloreó sus mejillas y se extendió por su garganta; señal inconfundible de que se sentía muy incómodo.

—¿Estás...? ¿Te encuentras bien, Achu? Te noto... distinta.

—No sé por qué lo dices. Estoy mejor que nunca.

Para demostrárselo, me puse en pie y caminé hacia el ventanal, sabía que mi nuevo sastre de Stella McCartney me favorecía un montón. Por lo menos, la tarde de compras de los primeros días no había sido una entera pérdida de tiempo. Cuando pensé que habría tomado buena nota de lo que se había perdido, volví a sentarme y me incliné hacia él —al volverme hacia la ventana había aprovechado para desabrocharme un par de botones más de la blusa—, dejando a la vista mi nuevo sujetador de satén y encaje de Agent Provocateur. En realidad, puede que él tuviera razón y que estuviera distinta. Lo que acababa de hacer no era nada propio de mí; estaba claro que mi

crisis existencial primero y luego la estancia con Phoenix en la cabaña me habían cambiado de manera irreparable.

—Ya lo veo. —Los ojos de Luke, de un azul que, por comparación con otros intensos ojos azules ahora se me antojaba desvaído, tenían una expresión... peculiar.

—Entonces, ¿me estabas diciendo...?

Luke apartó los ojos de mi escote con evidente esfuerzo, y volvió a aclararse la garganta.

—Que quiero volver contigo.

—A ver si lo entiendo... —Me pincé la nariz entre el índice y el pulgar con aire reflexivo—. ¿Me estás diciendo en serio que quieres volver conmigo?

—Te amo. —En ese momento caí en la cuenta de que nunca antes le había oído pronunciar esas palabras... y él a mí tampoco.

—Ya veo. Y, entonces, ¿qué pasa con tu nueva novia?

—No es mi novia, nunca lo ha sido. Solo fue... solo fue una locura pasajera.

—Sería de agradecer que las «locuras pasajeras» no ocurrieran en la cama de una —dije como si hablara conmigo misma mientras alisaba con el pulgar la esquina doblada de uno de los documentos que estaban sobre mi mesa.

Luke volvió a dar un respingo y trató de explicarse mejor:

—¡Te juro que no volverá a ocurrir! Lo nuestro se acabó el mismo día que nos sorprendiste juntos.

Puse cara de pena.

—Así que has cortado con tu novia. Lástima, parecía disfrutar mucho con tu intensa dedicación a sus... a sus bajos.

En esta ocasión no fue un respingo, sino un salto en toda regla que estuvo a punto de hacerlo caer de la silla; lo cual habría sido pura justicia poética.

—Algo te ha pasado —afirmó con expresión horrorizada—. Estoy seguro. Unas semanas atrás, te habrías cosido los labios antes de soltar un comentario tan descarnado.

Apoyé las palmas de las manos sobre la mesa y me levanté.

—Quizá he madurado. Ahora soy capaz de hablar de letrinas, sólidos y líquidos y arreglo de bajos sin ruborizarme. —Mi ex abrió la boca para decir algo, pero se lo impedí sin la menor delicadeza—. Mira Luke, te voy a ser completamente sincera: lo nuestro ya no tiene solución posible. Ahora, te ruego que salgas de mi despacho. A partir de este momento, todas nuestras comunicaciones serán sobre temas laborales o no serán.

Luke se puso en pie, vacilante.

—Pero...

—Adiós, Luke —dije con firmeza, señalando a la puerta.

Mi ex se encaminó hacia allí, perdido por completo el aire de suficiencia que solía envolverlo como una colonia. En cuanto salió, giré el sillón hacia el ventanal y seguí contemplando las vistas con la mirada perdida.

Phoenix

El estruendo de algo sólido al chocar contra la pared de troncos de la cabaña le hizo levantarse de la silla y asomarse a la ventana. A través del cristal empapado distinguió una gruesa rama de pino en el suelo; el viento, que soplaba con fuerza desde hacía varias horas, debía haberla arrancado. En ese momento, una violenta ráfaga de lluvia golpeó los cristales y le vino a la mente la leyenda del Espíritu del Trueno que le contaba su abuelo cuando, asustado por la furia de una tormenta, se apretaba con fuerza contra él en el estrecho camastro que compartían; incluso le pareció oír en su cabeza la voz cascada por la edad y el abuso del tabaco de pipa:

«Hace muchas, muchas lunas, el Espíritu del Trueno se enamoró de una bella india *chiricaua* que trabajaba en los campos de maíz, pero su amor era imposible pues ella solo era una humana y su relación podía provocar la ira de Usen, el dios todopoderoso...».

Solo que, en este caso, era un simple mortal el que se había atrevido a enamorarse de una diosa.

—Un amor igual de imposible —dijo en voz alta y volvió a sentarse a la mesa.

Sin embargo, estaba claro que esa noche ya no iba a ser capaz de concentrarse en el boceto de la maqueta que le había encargado una importante empresa de ingeniería de Chicago; así que se levantó una vez más, arrojó otro tronco a la chimenea y se dejó caer en uno de los viejos sillones de cuero.

Las llamas se agitaban en una danza enloquecida y, como la noche pasada, y la anterior, y la anterior a aquella... en los intrincados arabescos que dibujaban sin cesar, le pareció distinguir el brillo de unos ojos dorados, semejantes a los de un puma, que lo miraban con fijeza.

Otro recuerdo del pasado le asaltó en ese momento. Las escasas temporadas que su madre pasaba con su abuelo y con él en el diminuto apartamento de San Ysidro, uno de los barrios más conflictivos de San Diego. Habían sido los momentos más felices de su infancia porque, por respeto a su padre, ella se abstenía de beber en su presencia. Su madre solía acurrucarse con él en brazos en el desvencijado sofá de la única habitación de la casa, donde ella dormía cuando iba de visita. Los envolvía a ambos con una manta para aislarse de la presencia del abuelo, quien solía pasar las tardes dormitando en el camastro, y le contaba antiguas leyendas de los *chiricaua*. Recordaba en especial el día que le contó la historia de su tótem.

—Tu abuela se empeñó en llamarte Yana, que en apache significa «oso». Le dije que tú no eras un oso, que había visto tu tótem en un sueño y que eras un puma, pero no me hizo caso. Ella nunca me hacía caso —afirmó con amargura y se calló unos segundos.

El pequeño Yana le tiró de la manga, impaciente por que continuara. Su madre pareció regresar al presente bruscamente y siguió hablando:

—Los pumas vienen a este mundo con una comprensión profunda de las cosas del alma, del

espíritu. Son amables y, pese a que son reservados con sus sentimientos, estos son profundos con los seres a los que aman. También son grandes artistas.

—¡Pero yo quiero ser un guerrero como el abuelo del abuelo! —había protestado con voz aguda.

Recordaba como su madre le había revuelto el pelo con una sonrisa llena de ternura.

—El puma es una presencia poderosa y protectora, pero también puede ser un tótem feroz y agresivo. —Esa segunda parte le gustó más, pero su madre enseguida lo estropeó—: Un día, tu tótem vendrá a ti en forma humana y tu vida cambiará para siempre.

No había vuelto a pensar en su tótem ni en las palabras proféticas de su madre hasta que vio el retrato que ocupaba una de las paredes del dormitorio de su padre. Tenía entonces catorce años. La noche anterior, él y sus amigos habían intentado atracar a un hombre en un aparcamiento del centro, pero la víctima se había resistido más de lo esperado. Por aquel entonces, Phoenix ya se había fugado de la tercera casa de acogida y, para matar las largas horas que se extendían vacías ante él, vagaba por las calles fumando marihuana y bebiendo alcohol con otros chicos, en su mayoría mestizos como él, que estaban en su misma situación.

Hasta ese momento, Phoenix se había limitado a robar un par de cervezas o algo de comer en alguna tienda en algún descuido del dueño o los empleados, pero cuando uno de sus colegas le clavó la navaja en el brazo al tipo aquel y vio brotar la sangre roja como un grito, en vez de salir corriendo como hicieron los demás, se quedó a ayudar.

La cosa podría haber acabado muy mal para él, pero, en lugar de llamar a la policía, una vez que entre los dos consiguieron detener la hemorragia, el hombre, que no era otro que Jamie, lo había llevado a su casa. Aquel piso era un mundo nuevo al que nunca antes había tenido acceso. Espacios amplios, muebles de calidad, orden y limpieza por todas partes... ni siquiera se atrevía a rozar las paredes con sus manos sucias.

Jamie le hizo entrar en un dormitorio comunicado con un cuarto de baño revestido de mármol que era lo más parecido a un palacio que había visto jamás; le tendió varias toallas limpias y le dijo que se diera una ducha. Después de semanas vagando por las calles, apestaba. Phoenix recordaba aquella ducha como uno de los mejores momentos de su vida; el agua caliente deslizándose por todo su cuerpo, el olor del champú y del gel, la suavidad de las toallas esponjosas... Una vez seco, se puso los vaqueros, la camisa y los calzoncillos impolutos que encontró encima de la cama —y que le quedaban enormes— y, descalzo, recorrió aquel ático gigantesco, mirando fascinado a su alrededor, hasta que llegó a una amplia habitación.

Oyó silbar alguien en la ducha y comprendió que aquel debía ser el dormitorio de su anfitrión. Se disponía a salir a toda prisa, cuando un cuadro gigantesco, que ocupaba toda una pared, lo hizo detenerse en seco. Fascinado, contempló boquiabierto a esa preciosa mujer de pelo oscuro y dorados ojos felinos que parecían observarlo con fijeza. Nunca supo cuánto tiempo estuvo parado frente al lienzo, incapaz de apartar los ojos de ese rostro bellísimo... y de pronto comprendió que, como anunciara su madre hacía tantos años, su vida estaba a punto de cambiar para siempre.

Y vaya si cambió...

El ruidoso chasquido de uno de los troncos en llamas al partirse, seguido de una lluvia de chispas que revolotearon fuera de la chimenea, lo devolvió al presente. Afuera, la tempestad arreciaba y el viento sollozaba como un alma en pena que hubiera perdido a su amada.

—Como yo —dijo una vez más en voz alta.

Movió la cabeza; era curioso, no solía hablar mucho cuando estaba rodeado de gente; sin embargo, en cuanto se quedaba a solas la cosa cambiaba.

Porque lo había sabido desde el principio, se dijo, retomando el hilo de sus pensamientos. En cuanto esos ojos dorados, idénticos a los del retrato pese a estar muy irritados por efecto del espray de pimienta, se posaron en los suyos supo, sin lugar a dudas, que su tótem había cobrado vida humana por fin.

Kaya. Su tótem. Su amor.

Esbozó una sonrisa amarga, al tiempo que se inclinaba hacia el fuego para empujar con el atizador una brasa incandescente que había rodado a un lado. No se hacía ilusiones. Sabía que, pese al giro increíble que había dado su vida desde que se cruzó en el camino de Jamie Torres, un mestizo como él, hijo de una prostituta alcohólica y de padre desconocido, no tenía nada que ofrecerle a una mujer como Kaya.

Todo a su alrededor le hablaba de ella. Las últimas semanas habían sido una tortura; se había embarcado en marchas interminables y había trepado por escarpadas paredes de roca que se cernían sobre abismos insondables en un intento desesperado de no pensar. Sin embargo, todos sus esfuerzos habían resultado inútiles.

La veía caminando de un lado a otro de la cabaña como una fiera enjaulada; la veía riendo mientras le ayudaba a preparar la comida; la veía haciendo adorables pucheros; la veía pendiente de sus labios cuando le contaba cualquier anécdota; la veía llenándole la mochila de cosas inútiles «por si acaso»; la veía protestando tras una larga caminata; la veía cuando contemplaba extasiada las montañas; la veía a todas horas, en todas partes...

Pero lo peor era cuando, después de un sueño inquieto —poblado de imágenes caóticas en las que un puma y un ave similar a un fénix luchaban a muerte— se despertaba empapado en sudor y ella no estaba entre sus brazos.

Le pareció sentir el roce sedoso de los cabellos oscuros en sus labios y se llevó la mano a la boca. Había quedado con su padre en que volvería unos días antes de la boda, pero en ese mismo instante, decidió adelantar su regreso.

—Mañana recogeré mis cosas.

Bajaría andando hasta la carretera y desde allí trataría de hacer autoestop. Si tenía que esperar encerrado entre esas cuatro paredes a que Bennie —un compañero de pesca que trabajaba en la única tienda que había en el pueblo más cercano— fuera a buscarle con su *pickup* en la fecha acordada se volvería loco.

Esa noche durmió un poco mejor; al menos, los sueños no perturbaron su descanso. En cuanto amaneció, empezó a recoger. No le llevó demasiado tiempo dejarlo todo limpio. «La grande», como llamaban su padre y él a la cabaña más moderna para distinguirla de «la pequeña», ya estaba cerrada y recogida también. Con la mochila cargada hasta los topes, cerró la puerta con llave y comenzó el descenso. El cielo estaba cubierto y todavía soplaba un viento desapacible, aunque no con tanta fuerza como la noche anterior. El camino estaba muy embarrado y le llevó varias horas llegar a la carretera. No se veía ni rastro de ningún vehículo, así que se puso en marcha en dirección al pueblo más cercano, que estaba a más de veinte millas.

Tardó casi veinticuatro horas en llegar a su casa de San Clemente, tan agotado, que se quitó las botas, se tiró sobre la cama y se quedó dormido en el acto.



Lo malo era que el cambio de escenario no le había ayudado demasiado. Dos días después, seguía teniendo problemas para concentrarse en el trabajo y, salvo para darse un chapuzón en el

mar, apenas había salido de casa.

Tumbado en la cama con las manos detrás de la nuca, giró la cabeza hacia la ventana. El sol brillaba con fuerza; los informativos hablaban de una ola de calor. Phoenix se había propuesto clavar ese día los dos tablones del porche que estaban sueltos, pero no se movió.

—Más tarde —se dijo, pero fue el insólito sonido del timbre lo que lo arrancó de la cama una hora después.

Se puso unos pantalones y caminó descalzo hasta la puerta de entrada, que abrió sin preguntar. No le sorprendió ver a su padre al otro lado; aparte de él, recibía pocas visitas.

—Pasa.

Jamie no se hizo de rogar y fue directo a la nevera a coger la jarra de té con limón que sabía que su hijo tenía siempre lista. Llenó un vaso hasta arriba y bebió con ansia.

—Este calor no es propio de finales de septiembre.

—¿Has venido hasta aquí para hablar del tiempo?

Su padre volvió a beber hasta vaciar el vaso.

—¿Qué? ¿De mal humor?

Phoenix se encogió de hombros.

—No me has contado qué tal te fue con Achu... —Pese a su aire despreocupado, Phoenix sabía de sobra que su padre estaba pendiente del más mínimo cambio de expresión en su rostro.

—Bien.

Jamie dejó el vaso en la encimera y salió a la veranda. Afuera había dos desvencijadas mecedoras desde las que se veía la duna que había frente a la casa y el mar al fondo. Tomó asiento en una de ellas y le indicó con un gesto que hiciera lo mismo. Phoenix obedeció de mala gana, a esas alturas, sabía de sobra que Jamie Torres no era de los que se desviaban fácilmente de su objetivo, y era evidente que, en esta ocasión, su objetivo era él.

—Veo que mi hija te ha impresionado. Lo entiendo, es un bombón. —Phoenix volvió a encogerse de hombros sin apartar la vista del Pacífico, que esa mañana soleada fingía ser un dócil charco de agua. Su padre recuperó la seriedad y añadió—: ¿Tanto?

—Dame tiempo, pasará.

Notó los ojos oscuros clavados en él con preocupación.

—¿Seguro? Nunca antes te había visto enamorado.

—Enamorado... —repitió en voz baja—. ¿Qué es el amor?

—El amor es lo que mueve el mundo.

Semejante frase no era nada propia de su padre, más aficionado a hacer comentarios cargados de cinismo respecto al amor. Phoenix se volvió a mirarlo, sorprendido.

—Veo que a ti también te ha dado fuerte.

Ahora fue el turno de su interlocutor de encogerse de hombros.

—Lili ha sido, es y será la mujer de mi vida.

—Estoy deseando conocerla —dijo Phoenix con sinceridad mientras se preguntaba qué tendrían las mujeres de esa familia que los tenían a su padre y a él como a un par de cachorros enfermos de amor.

—La boda es pasado mañana. Achu vendrá, por supuesto.

—Por supuesto. No te preocupes, no pienso hacer ningún drama.

Eso le hizo reír.

—Creo que sería divertido verte haciendo un drama por algo, por primera vez en tu vida.

Una vez más, su hijo dejó vagar la mirada por el océano infinito.

—Nunca le haría daño, si es eso lo que te preocupa.

—No, no es eso lo que me preocupa, aunque imagino que sabes que si lo intentaras yo mismo te retorcería las pelotas. Ayudado por Lili, por supuesto. He descubierto que, en lo tocante a su hija, puede volverse una arpía sanguinaria.

Phoenix no pudo reprimir una sonrisa al oírlo.

—Qué amenaza tan terrible. Juro que me comportaré.

Contemplaron el batir perezoso de las olas en la playa un buen rato, hasta que su padre rompió el silencio.

—¿Qué es lo que sientes por ella?

—Tu hija es y será la mujer de mi vida —dijo, haciendo una interpretación libre de su propia confesión.

—¿Tan seguro estás? Apenas habéis estado juntos un par de semanas.

—Tan seguro como que ahora es de día y que, en unas horas, llegará la noche.

—Caramba. —Por su tono, su hijo notó que le había impresionado—. ¿Piensas casarte con ella?

Esta vez, la risa de Phoenix estaba cargada de amargura.

—Kaya no es para mí.

—¿Kaya?

—Así es como la llamo, su nombre me resulta impronunciable.

—¿Por qué dices que no es para ti?

Phoenix se levantó de la mecedora y apoyó los antebrazos morenos en la barandilla de madera que rodeaba el porche.

—Vamos, Jamie —respondió con impaciencia—, precisamente a ti no tengo que explicártelo.

De nuevo se hizo un gran silencio y, de nuevo, fue su padre —que también se había levantado y se había acercado a él— el que lo rompió.

—¿Sabes, Phoenix? Tú y yo somos orgullosos y reservados, o quizá sea un simple caso de exceso de pudor... —hizo una pausa—. Sea lo que sea, nunca hemos hablado de lo que está en lo más profundo de nuestros corazones. Estar con Lili me ha enseñado que es absurdo intentar esconder mis sentimientos; nadie podrá juzgarnos jamás con dureza por ser capaces de amar a otro más de lo que nos amamos a nosotros mismos.

»Creo que ha llegado el momento de que sepas que ningún hijo que hubiera salido de mi propia sangre y de mi propia carne me habría hecho sentirme más orgulloso de lo que yo estoy de ti. Tú, Phoenix, eres el hijo que todo hombre querría tener.

La voz de su padre se quebró, y a Phoenix se le hizo un nudo en la garganta. Con rapidez, se volvió hacia él y se fundieron en un abrazo, torpe y emocionado. Enseguida se separaron, al tiempo que intercambiaban una sonrisa ligeramente avergonzada.

—Vaya.

—Sí, vaya.

Su padre se aclaró la garganta un par de veces.

—Entonces, quedamos pasado mañana a las doce en la misión de San Diego de Alcalá.

—A las doce en punto —asintió su hijo con la cabeza.

Luego lo acompañó hasta la puerta.

—Nos vemos, hijo —dijo Jamie antes de meterse en el coche.

Phoenix hizo un gesto de despedida con la mano.

—Nos vemos, padre.

Una vez más, su padre se pasó un dedo por el cuello de la camisa, como si la corbata del chaqué estuviera ahogándolo. Ambos aguardaban al pie del altar mientras que en un banco detrás de ellos, Peter, el mejor amigo y el único testigo por parte del novio, intercambiaba sonrisas y guiños con Marcia, la vecina de la novia y su amiga más íntima en suelo americano quien, a su vez, compartía banco con Marga, una rubia platino muy simpática que había volado desde España para la ceremonia.

Phoenix echó un vistazo al reloj una vez más, pero apenas pasaban cinco minutos de las doce; el tiempo parecía haberse detenido. Sin embargo, en ese mismo instante, el cuarteto de cuerda que Jamie había contratado para la ocasión empezó a tocar las primeras notas de *La marcha nupcial* de Wagner.

Su padre se aclaró la garganta varias veces; Phoenix nunca lo había visto tan nervioso. La pequeña capilla enjalbegada, adornada para la ocasión con gigantescos ramos de gerberas y paniculatas de color blanco, no era muy grande y ni siquiera estaba llena, pero lo cierto era que el ceremonial católico en aquella antigua misión, la primera fundada en la región española de la Alta California, en Nueva España, por el fraile franciscano Junípero Serra, impresionaba.

La novia avanzaba despacio hacia el altar. Llevaba un sencillo vestido color marfil y un pequeño ramo de flores y, pese a que solo era un par de años más joven que su padre, a Phoenix le pareció muy atractiva. Sin embargo, no fue su evidente belleza lo que más le llamó la atención, sino la intensa emoción que reflejaba su rostro. Las miradas de ambos se cruzaron un segundo y Lili le sonrió, aunque sus ojos enseguida se desviaron hacia el lugar que ocupaba su padre y ya no los despegó de él.

Jamie, saliéndose del guion, dio unos pasos hacia ella, la cogió de la mano y la condujo así los pocos metros que quedaban hasta los pequeños reclinatorios que había frente al altar, con una expresión que no dejaba dudas de hasta qué punto la visión de su futura esposa lo había conmovido.

Pero la atención de Phoenix enseguida se centró en la diminuta mujer que había entrado detrás de la novia y que acababa de ocupar su lugar en el banco que compartían las amigas de su madre. Ahora era él el que tenía que pasarse un par de dedos por el cuello de la impoluta camisa blanca que, de pronto, lo estaba asfixiando.

Nunca la había visto más hermosa. No habría sabido decir cómo iba vestida, pero si alguien le hubiera preguntado, habría dicho que iba envuelta en espuma marina y rayos de sol. A pesar de que apenas había mirado en su dirección, a Phoenix no se le había escapado el brillo conmovido de los ojos rasgados aunque, cosa extraña, en esta ocasión no lloraba. En cambio, la novia no había dejado de hacerlo, pese a la luminosa sonrisa que no abandonaba sus labios, mientras que el novio, muy emocionado también, parecía incapaz de apartar los ojos de ella.

Al llegar el momento, ambos intercambiaron los votos en un tono, suave y lleno de firmeza a

un tiempo, que le erizó la piel. Cuando sonó el *Aleluya* de Händel, Phoenix sintió que despertaba de un sueño y se burló de sí mismo por semejante exceso sentimental.

Ya en los jardines que rodeaban la encantadora misión de paredes encaladas, Jamie le presentó por fin a la que acababa de convertirse en su esposa.

—Tenía muchas ganas de conocerte, Phoenix. —Lili le sonrió con calidez, y en su sonrisa Phoenix atisbó un reflejo lejano de la de su hija, que en ese momento lo miraba con patente frialdad.

—Lo mismo digo, Lili. Jamie no para de hablar de ti, empezaba a sentirme celoso.

Todos rieron, menos Achu que se limitó a poner los ojos en blanco. Phoenix se volvió hacia ella.

—Hola de nuevo, Kaya.

—Mi nombre es Azucena —dijo con frialdad.

A Phoenix no se le escaparon las miradas cargadas de interés que Lili y su padre posaron en ellos y se dirigió a la flamante mujer de su padre con una de sus mejores sonrisas:

—Soy incapaz de pronunciar el nombre de tu hija, así que la llamo Kaya, que viene de Arrankaya, azucena en maya.

—¡Me parece una idea fantástica, Phoenix! —Se notaba que lo decía en serio—. Kaya es un nombre precioso. Lo cierto es que Achu nunca ha estado demasiado contenta con el nombre con el que la bautizamos ni con el apodo que le pusimos cuando era una niña.

En ese momento, se acercaron Marga y Marcia, que parecían haber hecho muy buenas migas, y Achu y él se quedaron un poco separados del grupo.

—¡Deja de hacerle la pelota a mi madre! —ordenó en un susurro.

—¿Estás celosa de tu hermanito?

—No eres mi hermano, tú siempre lo dices.

—Tienes razón. Lo que siento por ti no tiene nada de fraternal.

—¡Cállate!

Phoenix, burlón, levantó las manos con un gesto de rendición. Se quedaron un rato en silencio, hasta que ella lo rompió con una mirada acusadora:

—¿Puede saberse por qué cuando estás con mi madre te vuelves un charlatán y conmigo no dices ni mu?

Phoenix se encogió de hombros y la sujetó por el codo para conducirla en dirección a los coches que les llevarían a casa de Lili, donde tendría lugar el banquete.

—Acabas de decirme que me calle.

Achu se soltó con brusquedad.

—Eres un tipo irritante, además de un embustero.

Pese a su resistencia, consiguió meterla en la parte trasera de uno de los Mercedes oscuros y cerró la puerta antes de que se colara alguno de los otros invitados.

—Quería disculparme. —Achu lo miró con desconfianza y él le devolvió la mirada con su expresión más inocente—. En serio, Kaya, estuvo mal lo que hice. A veces no puedo resistirme actuar como el demonio que soy.

—¡No eres ningún demonio!

Aquella era una de las cosas que más le gustaban de ella; pese a que la conocía desde hacía poco, ya se había dado cuenta de que Kaya siempre estaba dispuesta a luchar por cualquier causa perdida. Lo que ella ignoraba era que él era una causa más perdida que la media porque si tuviera que volver a engañarla, lo haría una y mil veces. No se arrepentía lo más mínimo de esos días que habían pasado juntos en la cabaña y, desde luego, no habría cambiado por nada del mundo la

increíble sensación de despertar cada mañana con ella entre sus brazos.

Phoenix se encogió de hombros y se hizo un nuevo silencio. El chófer conducía con pericia entre el tráfico y parecía completamente ajeno a su tensa conversación.

—Está bien, te perdono —dijo ella de repente.

Al escuchar su tono condescendiente, no pudo evitar sonreír. Entonces, le dio un suave codazo juguetón, y Achu soltó una de esas explosivas carcajadas que, por la cara que ponía, a ella misma era a la primera a la que tomaban por sorpresa. Al verla, Phoenix sintió que algo se le derretía dentro del pecho.



La casita de Lili en La Jolla, encantadora y casi pegada a la playa, también estaba adornada con profusión de flores que perfumaban el aire con su suave aroma. Un par de camareros pululaban entre los invitados cargados con bandejas llenas de tentadores canapés. Los novios solo habían invitado a sus amigos más íntimos, por lo que el ambiente estaba cargado de una curiosa alegría llena de confianza que Phoenix no recordaba haber encontrado en otras reuniones similares. Las bromas y las risas resonaban de continuo por encima del rumor del mar; como si algo de aquel romántico reencuentro al cabo de los años y el amor y la ternura que destilaba hasta el último gesto de los recién casados se hubieran contagiado a los allí presentes.

—Qué buena pareja hacen estos jóvenes, ¿no crees, Marga? —comentó Marcia, como si esos «jóvenes» no estuvieran delante.

—Una pareja de película.

Pese a que el inglés de la mejor amiga de Lili era bastante rudimentario, Marcia y ella se entendían a la perfección, a base de gestos y de hablar tres tonos por encima del nivel normal.

Achu, que en ese momento acababa de meterse un canapé en la boca, se atragantó y estuvo a punto de escupirlo. Con las mejillas encendidas, pese al suave maquillaje que llevaba, se apresuró a aclarar entre toses:

—De pareja —toses—, nada. —Más toses—. Phoenix y yo somos familia. Hermanos. Bueno, hermanastros.

—Hermanos —repitió Marga, socarrona, al tiempo que le guiñaba un ojo al aludido.

Una de las comisuras de la boca de Phoenix se elevó imperceptiblemente.

—Voy un momento al baño. —Achu se quitó del medio por la vía rápida.

La tarde transcurrió con rapidez y, en cuanto el sol empezó a ponerse, se encendieron docenas de antorchas sabiamente distribuidas por todo el jardín. Pese a que a Phoenix no le gustaba pasar demasiado tiempo rodeado de gente, se encontraba muy a gusto. Achu y él coincidían a menudo en los distintos grupos que se hacían y se deshacían; eran los más jóvenes de la reunión y todos los trataban como a un par de mascotas consentidas. Algo que Achu también debía considerar bastante divertido, a juzgar por las sonrisas maliciosas que le lanzaba al escuchar ciertos comentarios.

En ese momento, Jamie dio unas sonoras palmadas para llamar la atención de los presentes, y las conversaciones cesaron al instante.

—Quería daros las gracias a todos por estar aquí en este día, el más feliz de mi vida. Sé que es una frase hecha, pero no por eso es menos cierta. Lili y yo —rodeó con un brazo la cintura de su mujer y ambos intercambiaron una mirada cargada de amor; en ese momento, ninguno aparentaba ni la mitad de la edad que tenían en realidad— hemos tenido la inmensa suerte de

reencontrarnos después de treinta años, y no pienso dejar pasar la increíble oportunidad que vuelve a darme la vida de disfrutar a su lado, durante el tiempo que Dios tenga a bien concederme, de ese amor que surgió entre nosotros hace tantísimo.

Los «bravo, bravo», acompañados de enfervorizados aplausos, silenciaron su discurso por un momento, pero enseguida lo retomó:

—También doy gracias al Cielo por haber recuperado a una hija que hasta hace unos meses ni siquiera sabía que existía. —Extendió una mano en dirección a Achu, que avanzó hacia él, claramente conmovida. Luego, le hizo un gesto para que él también lo hiciera—. Acércate, hijo.

Obediente, Phoenix se puso al otro lado de Achu.

—Con Phoenix, Achu y Lili ya tengo la familia que siempre había soñado.

Los envolvió a todos en un abrazo lleno de emoción mientras los aplausos y los vítores resonaban, una vez más, a su alrededor.



Un poco más tarde, recostado contra el tronco de un árbol con un refresco en la mano, Phoenix observaba perezosamente a los invitados que bailaban con entusiasmo al ritmo que marcaba la pequeña orquesta. Hacía un rato que no veía a Achu, pero no se le había escapado que había bailado —con alguno hasta un par de veces— con todos los invitados de sexo masculino.

—¿Bailas? —Se giró sorprendido al oír su invitación.

—¿Quieres bailar conmigo?

Achu se encogió de hombros.

—No te estoy invitando a una danza guerrera —replicó desafiante.

Su salida lo hizo sonreír, y se apresuró a tenderle una mano.

—Encantado de concederte este baile.

En ese momento, la orquesta empezó a tocar una melodía mucho más lenta que las anteriores y Achu, se detuvo, titubeante.

—No sé si...

—Por supuesto que sí —dijo Phoenix con firmeza, y sin soltarle la mano la condujo a la pequeña pista que habían improvisado en el porche.

Una vez allí, la atrajo hacia sí y la rodeó con sus brazos y, como de costumbre, Achu encajó en ellos a la perfección.

Desde el instituto, no había vuelto a bailar una canción lenta con una mujer. Por suerte, balancearse apenas al compás de la música no resultaba demasiado complicado. Se sentía tan bien teniéndola de nuevo entre sus brazos... La cabeza morena le llegaba a la altura del pecho y, pese a que tenía los brazos bien estirados, las manos femeninas apenas alcanzaban sus hombros. Los ojos dorados no se apartaban de su madre y de Jamie, que bailaban muy acaramelados cerca de ellos, y Phoenix la vio fruncir el ceño.

—¿Celosa? —preguntó por segunda vez aquel día.

—A cualquiera le costaría acostumbrarse a ver a su madre besándose con un hombre de mediana edad con la misma pasión que un par de jovencitos —respondió muy digna.

—No es un hombre cualquiera, es tu padre.

—Imagino que eso cambia las cosas. —Pero no sonaba demasiado convencida.

—Si necesitas besos, siempre me tienes a mí...

Lo miró con cara de pocos amigos.

—Deja de decir esas cosas. Sé que lo haces porque te gusta hacerme sentir incómoda, pero no tiene ninguna gracia.

—Confieso que me gusta hacerte rabiar.

Achu puso los ojos en blanco y soltó un resoplido que le arrancó otra sonrisa.

—Venga, no te enfades. Bailemos en paz.

La apretó con más fuerza y, después de unos segundos, ella se relajó y apoyó la mejilla contra su pecho.

Y en silencio, Phoenix disfrutó del intenso placer de sentirla moverse al compás de la música, pegada a él.

La canción acabó demasiado pronto y, de mala gana, se vio obligado a dejarla marchar. Ya no volvieron a bailar juntos en toda la noche y, un par de horas después, la gente empezó a despedirse. Ellos fueron de los últimos en marcharse, pero no tardaron demasiado; habían decidido de común acuerdo dejar a los recién casados disfrutar del inicio de su luna de miel.

—Que seas muy feliz, mamá.

—Gracias, hija.

Madre e hija se fundieron en un estrecho abrazo. Luego Lili se volvió hacia Phoenix con los ojos anegados en lágrimas y lo abrazó también mientras Kaya se despedía de su padre de la misma manera. Padre e hijo se limitaron a intercambiar unas cuantas palmadas en la espalda.

—Buenas noches, hijo.

—Nos vemos.

Una vez en el interior del último de los Mercedes negros que habían esperado por los invitados, Kaya le dio su dirección al chófer. No quedaba muy lejos. A Phoenix le habría gustado que el trayecto no acabara nunca porque no sabía cuándo volverían a verse. Le habría gustado romper el silencio que se había hecho en el interior del coche, pero era consciente de que si dejaba escapar las palabras que pugnaban por salir de lo más profundo de su interior, cometería un terrible error. Así que se pasó el resto del camino apretando las mandíbulas con fuerza para evitarlo.

El Mercedes se detuvo frente al portal de un moderno edificio de apartamentos, y Achu se volvió hacia él.

—¿Sabes una cosa? —dijo en un susurro, para evitar que la oyera el conductor—. Nunca sé lo que piensas. Ignoro por completo lo que pasa por tu cabeza cuando me miras. Resulta... —hizo una breve pausa—. Resulta inquietante.

Él siguió mirándola sin decir una palabra. En realidad, no habría sabido qué decir. Pese a su mutismo, Achu prosiguió como si estuviera más que acostumbrada a esos silencios:

—Imagino que, salvo en alguna que otra reunión familiar, no nos veremos demasiado. —Sus palabras se clavaron dolorosamente en algún punto del pecho masculino—. De todas formas, quiero que sepas que puedes contar conmigo si me necesitas.

Kaya era así, se dijo Phoenix. Como buena española, la familia era muy importante para ella y, como le había repetido a menudo, él era ahora una especie de hermano raro que le había tocado en gracia. Sin embargo, ese comentario, tan inocente, desencadenó en Phoenix una mezcla de rabia y tristeza; rabia porque sabía que ella nunca pensaría en él como en un posible amante, tristeza porque nunca pensaría en él como en un posible amor. Tragó saliva en un intento desesperado de deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—No te preocupes. —Utilizó un tono más seco de lo que le hubiera gustado—. Hasta la próxima.

Se inclinó sobre Achu para abrir la puerta, y de nuevo llegó hasta él la delicada fragancia

que desprendía su piel. Al instante, las aletas de su nariz se dilataron como las de un garañón en celo y tuvo que apretar los puños con fuerza, para no tocarla.

Achu se volvió hacia él, abrió la boca y la volvió a cerrar sin haber dicho una sola palabra. Salió del coche y se despidió con frialdad:

—Hasta la próxima.

Cerró la puerta con un golpe seco y caminó hacia el portal de su casa sin mirar a atrás.

El domingo había sido un día tranquilo, Phoenix se había enfrascado en el trabajo en un intento de no pensar en Achu y solo se había levantado de la mesa para darse un par de chapuzones en el mar. Cansado, pero satisfecho por el significativo progreso con el encargo de la empresa de ingeniería de Chicago, estaba a punto de acostarse cuando sonó el teléfono.

—¿Rudy? —Le sorprendió que su amigo lo llamara a esas horas.

Rudy Littlefeather era una de las máximas autoridades en la pequeña reserva *chiricaua* — una de las tribus que componen la nación apache, con la que Phoenix compartía un cuarenta por ciento de su sangre— del sureste de Arizona, con la que llevaba años colaborando de distintas maneras.

—Es ese asqueroso borracho —dijo sin preámbulos de ningún tipo, pero Phoenix supo al instante que se refería a Troy Reynolds, un viejo zorro que se ocupaba de los temas legales de la reserva, y que más de una vez se había presentado en un juicio con alguna copa de más. Littlefeather seguía usando sus servicios solo porque, además de ser un buen abogado cuando estaba sobrio, resultaba económico—. Ayer, al volver del bar, se salió de la carretera en una curva y está en el hospital.

No fueron necesarias más explicaciones. Phoenix contuvo el aliento unos segundos; ahora sí que estaban en un buen aprieto.

—¿Cuántas semanas quedan para el juicio?

—Solo dos. Y nadie quiere hacerse cargo de un caso tan complicado con tan poco tiempo, así que he tenido que obligar a mi nieta a aceptar la papeleta.

—¿Yahto? ¿Ha terminado ya la carrera? —Recordaba bien a la pequeña Yahto, con sus largas trenzas negras y la nariz siempre metida en un libro, pero apenas la había visto en los últimos años.

—Se sacó el doctorado en jurisprudencia el mes pasado y está aterrada. Dice que no puede hacerlo, que es un caso demasiado importante, que ella no tiene experiencia, que...

—Tranquilo, Rudy. —El tono sereno de Phoenix detuvo en el acto el chorreo nervioso de su amigo, a pesar de que él mismo estaba muy lejos de estar tranquilo—. Déjame unas horas para pensar en una solución.

—Pero no tardes, Phoenix. Ya sabes lo que nos jugamos.

Phoenix colgó y se quedó mirando sin ver la preciosa estampa del océano iluminado por la luz de la luna. Un buen rato después, asintió con la cabeza como si acabara de tomar una firme decisión.

—Me temo, mi querida Kaya, que vas a volver a verme mucho antes de lo que pensabas — dijo en voz alta.

●

Al día siguiente, cuando Phoenix llamó al bufete, le dijeron que Achu estaría toda la mañana en una vista en los juzgados centrales. Phoenix se vistió con cuidado con unos chinos, una camisa de algodón y unos mocasines más nuevos que los que solía llevar habitualmente. San Clemente estaba a casi sesenta millas de los juzgados de San Diego, así que, aunque solía moverse en bicicleta, en esta ocasión decidió coger el pequeño coche eléctrico que usaba para desplazamientos más largos.

A las diez y media en punto, había aparcado en el aparcamiento que quedaba casi enfrente del moderno edificio de hormigón y cristal, y poco después caminaba por el inmenso vestíbulo de techos altísimos, y lleno de luz natural, en dirección a la sala que le indicaron en el mostrador de información.

La vista había empezado hacía rato, pero en un descuido del vigilante, Phoenix se coló sin hacer el menor ruido y se sentó en uno de los bancos del fondo.

La sala era pequeña y estaba forrada casi en su totalidad con paneles de madera clara. No había público. Los únicos presentes eran los dos abogados de las partes, cada uno con un ayudante, y el propio juez que presidía en una tarima al fondo del todo, flanqueado por la bandera de los Estados Unidos y la del estado de California.

En ese momento hablaba un hombre de pelo blanco con un elegante traje de tres piezas. Phoenix no intentó comprender lo que decía, en su mayoría abstrusos términos económicos que no le interesaban lo más mínimo, así que centró su atención en la espalda de Achu quien, de vez en cuando, intercambiaba algún comentario al oído de su ayudante.

Ese día llevaba el pelo recogido en un moño sobrio y elegante, y los dedos de Phoenix cosquillearon con el deseo de soltar las horquillas una a una, hasta que la preciosa melena de color castaño oscuro cayera libre sobre su espalda. Al instante notó un conocido tirón en la ingle, por lo que se acomodó mejor el pantalón, desvió la mirada y trató de pensar en otra cosa. Pero era inútil. Sus ojos volvían una y otra vez la diminuta porción de piel que quedaba al descubierto entre el cuello de la chaqueta y el inicio del pelo, hasta que en un momento dado, como si sintiera el peso de sus pupilas clavadas en ella, Achu levantó el brazo y se pasó la mano por la nuca.

Justo entonces llegó su turno. Achu se levantó y se dirigió al juez:

—Con la venia de su señoría...

Una vez más, la mente de Phoenix desconectó del significado de su exposición, tan ininteligible como la de su colega, y se dejó envolver por el tono suave y educado de su voz, que resonaba con claridad en la pequeña sala. Achu llevaba un traje de chaqueta cruzada azul marino y los ojos de Phoenix se deslizaron acariciadores por las piernas que asomaban por debajo de la falda de tubo, que los altos tacones estilizaban aún más.

—Preciosa —murmuró.

Notó el momento exacto en el que los ojos dorados repararon en su presencia por la infinitesimal pausa que se produjo en su discurso. Sin embargo, ella se recuperó en el acto y siguió hablando con la misma seguridad con la que lo había hecho hasta entonces.

Le gustó descubrir esa nueva faceta suya: la de la abogada segura de sí misma, que era capaz de convencer al tribunal más reacio. Porque Phoenix no tenía la menor duda de que su Kaya podría convencer de lo que quisiera a quien quisiera. La Kaya a la que se le saltaban las lágrimas a la menor oportunidad quedaba muy lejos de esa nueva Kaya, tan desenvuelta y llena de confianza en sí misma. Sin embargo, Phoenix sabía bien que la mujer que ella se empeñaba en ocultar detrás

de una barrera de profesionalidad; la que se había acurrucado entre sus brazos a lo largo de muchas noches; la que había contemplado boquiabierta la belleza de las montañas; la que había bromeado con una perdiz desplumada, seguía ahí, escondida en algún lado.

De pronto, el sonido del mazo al golpear una superficie sólida lo arrancó de sus ensoñaciones con brusquedad. Al parecer, el juicio había terminado y, por la sonrisa que se dibujó en la boca de Achu y el modo en que su ayudante levantó el pulgar, lo había ganado ella.

La otra parte se acercó para discutir ciertas cuestiones y, en ese momento, Phoenix comprendió que se había equivocado al ir allí. Había sido absurdo pensar ni por un segundo que una abogada brillante y tan ocupada como ella fuera a aceptar su propuesta. Impaciente consigo mismo, se levantó y salió de la sala con el mismo sigilo con el que había entrado.

—Estúpido —masculló mientras se alejaba a largas zancadas. Ahora tendría que pensar en otro plan y se le estaba echando el tiempo encima.

Un rápido taconeo resonó a su espalda.

—¡Phoenix!

La voz de Achu lo hizo detenerse en seco. Con lentitud, se dio media vuelta y la vio correr por el pasillo con pasitos cortos debido a la altura de los tacones y lo estrecho de la falda.

Achu se detuvo frente a él y preguntó jadeante:

—¿Qué haces aquí?

Phoenix se encogió de hombros.

—Tenía curiosidad por verte en acción.

Los ojos dorados escrutaron su rostro con detenimiento.

—Hay algo más. Estoy segura.

Un mechón de pelo negro se le había escapado del moño y, una vez más, Phoenix sintió ese conocido cosquilleo en las yemas de los dedos. Se moría por apartarlo de su cara y colocarlo detrás de una de esas orejas, pequeñas y bien formadas, adornadas tan solo con unos sencillos pendientes de brillantes en forma de corazón, que siempre lo habían atraído como a un imán.

Notó que ella enrojecía ligeramente debajo del discreto maquillaje, como si le hubiera leído el pensamiento, pero enseguida volvió a la carga, con su mejor tono de abogada profesional:

—Tengo un rato hasta las doce —dijo después de echar un vistazo al reloj de pulsera—. Podemos tomarnos algo enfrente y charlar con tranquilidad.

—No hace falta que te molestes.

—No es molestia.

Hablaban como dos desconocidos bien educados. No había nada en el mundo que le hubiera gustado más que tomarse un café con ella y disfrutar de la visión de ese precioso rostro mientras charlaban, pero Phoenix no quería hacerla perder su valioso tiempo. Sabía de sobra cuál iba a ser su respuesta.

—De verdad, no es nece...

—Achu, qué sorpresa, no esperaba verte por aquí. Sabía que hoy ibas a estar en los juzgados, pero pensé que habrías terminado hace rato.

El hombre que acababa de interrumpirlos, muy rubio y de baja estatura, examinó a Phoenix de arriba abajo sin tratar de disimular su desdén.

—¿Te está molestando este tipo?

—¡Por supuesto que no, Luke!

Luke. Así que ese mequetrefe relamido con aire de superioridad era su ex. Phoenix movió la cabeza de un modo casi imperceptible y se dijo que así era su Kaya: tan lista para algunas cosas y tan tonta para otras.

Visiblemente incómoda, Achu los presentó:

—Te presento a Phoenix, mi medio hermano. Phoenix, este es Luke, mi... un... un colega del bufete.

Los dos hombres se estrecharon la mano con frialdad.

—¿Medio hermano? —Luke la miró incrédulo—. ¿Cómo es que me entero después de casi cuatro años de salir contigo de que tienes un medio hermano mesti...?

Se detuvo justo a tiempo.

Una de las comisuras de la boca de Phoenix se elevó unos milímetros.

—Sí, soy mestizo —dijo con absoluta tranquilidad—. Mi madre era en parte india, y de mi padre solo sé que era un hijo de perra blanco como... —dejó el «tú» en el aire.

Luke alzó las cejas, como si estuviera escandalizado por semejante lenguaje, y Achu se apresuró a intervenir:

—Se te está haciendo tarde, Luke.

Su ex se volvió a mirar la puerta de la sala, que el vigilante estaba a punto de cerrar.

—Tienes razón, debo darme prisa. Tenemos que vernos en otra ocasión, Achu, aún tenemos que hablar de muchas cosas.

—Bueno, ya veremos. Corre que cierra.

Se notaba a la legua que a su ex no le gustaba la idea de dejarla sola con aquel tipo de aire amenazador, pero finalmente no le quedó más remedio que apresurarse en dirección a la sala.

Antes de entrar, se volvió una vez más y vio a Phoenix inclinarse sobre su exnovia y besarla apasionadamente.

—Voy a cerrar.

La voz poco amable del guarda de seguridad no admitía réplica, así que Luke se vio obligado a entrar de una vez y caminó en estado de *shock* en dirección a su mesa.



En cuanto se recobró de la sorpresa, Achu apoyó las palmas de las manos contra el pecho masculino y, jadeante, lo empujó con todas sus fuerzas.

—Pero ¿qué haces?

—Despedirme de ti.

Achu se tocó los labios con las yemas de los dedos, y Phoenix siguió el movimiento con los ojos fijos en su boca, preguntándose si sentiría el mismo hormigueo insoportable que experimentaba él. Se pasó una mano trémula por el pelo mientras se decía que besarla no había sido una buena idea; más bien todo lo contrario. Había querido darle una lección a ese enano prepotente y la lección se la había llevado él. Ahora, en lo único que podía pensar, era en volver a besarla; besarla una y otra, y otra vez. Hasta que se olvidara hasta de su nombre, hasta que solo lo viera a él y reconociera, de una vez para siempre, que estaban hechos el uno para el otro.

Achu lo miró con el ceño fruncido, pero por mucho que pusiera cara de enfado, no podía engañarlo. Phoenix había notado lo mismo que notó el día que estuvo a punto de caer por el barranco: aunque se lo negara hasta a sí misma, ella también lo deseaba.

—¿Te das cuenta de que, en este momento, Luke debe estar pensando que somos un par de perversos?

—¿Te importa mucho lo que piense tu ex?

Se quedó unos segundos considerando la pregunta.

—La verdad es que no —dijo finalmente—. Pero no me gusta que me utilices para tus peleas de egos masculinos.

—Egos masculinos. Hum.

—Sí, egos masculinos —repitió irritada—. ¿Crees que no me he dado cuenta de que lo vuestro ha sido antipatía a primera vista?

—Es posible —se encogió de hombros—. Lo que no acabo de entender...

Se detuvo, consciente de hasta qué punto le irritaba a ella que hiciera eso.

—¿Qué?!

—¿Qué «qué»?

Achu apretó los puños y, una vez más, la comisura de la boca masculina se desplazó unos milímetros hacia arriba.

—Eres insoportable. No sé por qué me molesto contigo.

Alzó la pequeña nariz en el aire y se dio media vuelta, pero Phoenix la agarró del codo para detenerla.

—Perdona, Kaya. Tienes razón, soy insoportable.

Como sabía que ocurriría, Achu se ablandó al instante. Phoenix ya había notado que su «medio hermana» era incapaz de seguir enfadada mucho tiempo. Un rasgo encantador, pero, al mismo tiempo, una incitación para que cualquier desaprensivo se aprovechara de ella.

—Mira, hagamos una cosa. —Las cejas negras se alzaron interrogantes—. Vamos a tomar un café enfrente y me cuentas de una vez por qué te has molestado en venir hasta aquí. ¿Trato hecho?

Levantó una mano en el aire, muy seria. Estaba tan guapa, que Phoenix cedió en el acto y chocó la palma contra la suya; la idea de tenerla unos minutos más para él solo era irresistible.

—Trato hecho. ¿Tienes que recoger algo más?

Señaló el bolso que llevaba colgado del hombro.

—No, Tony, mi ayudante, me llevará el resto de las cosas al bufete.

—Vamos. —Con un leve toque en la espalda, Phoenix la condujo en dirección a la salida.

—Lo que no acabo de entender...

En esta ocasión, él no trató de hacerse el tonto, y terminó la frase con calma.

—Lo que no acabo de entender es cómo has podido estar cuatro años con ese tipo.

Achu abrió la boca, la volvió a cerrar. Apretó los labios con fuerza y, después de unos largos segundos, dijo finalmente:

—¡Eso no es asunto tuyo!

—Eso mismo pensé yo. —Y sin hacer caso del bufido exasperado que soltó, Phoenix le indicó que pasara delante con un gesto exageradamente caballeroso.



A esas horas, el café estaba abarrotado de abogados, empleados de los juzgados y personas que habían ido a hacer alguna gestión en ellos.

Phoenix divisó una mesa al fondo y, sin soltarla, se abrió paso entre el gentío sin problemas.

—¿Sabías que te rodea un aura que dice: «¡Peligro!»? —Achu se sentó en una de las sillas y le hizo una seña a la camarera.

Una vez más, Phoenix enarcó una ceja sin comprometerse.

—¿No has notado como todo el mundo se aparta a tu paso? Yo quiero un té negro con leche caliente, por favor.

—Una manzanilla para mí. —Phoenix esperó a que se alejase la camarera antes de añadir—: Así que te parezco peligroso.

Achu, que en ese momento buscaba algo en su bolso, asintió con la cabeza.

—¿Te doy miedo? —dijo en un tono estudiadamente neutro.

Esta vez, ella levantó la mirada y negó sonriente.

—No, no me das miedo.

Phoenix soltó el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta y esperó a que siguiera hablando.

—Es algo en tu manera de moverte, no sé... —Achu movió la cabeza—. Hay algo en ti que me recuerda a un animal salvaje. Un... un felino de algún tipo.

Aquella embarullada explicación le hizo gracia.

—Mi madre siempre decía que una vez soñó con mi tótem. Es un puma.

En ese momento volvió la camarera con lo que habían pedido.

—¿Tu tótem? ¿Un puma? —Achu metió la bolsita en la diminuta tetera sin apartar la mirada de él—. Tiene sentido.

—Me dijo que algún día mi tótem vendría a mí en forma humana y mi vida cambiaría para siempre.

—Ah. —Achu lo escuchaba, fascinada.

—Y ¿sabes una cosa?

Ella negó con la cabeza, sin acordarse ya del té.

—Tú, Kaya, tienes ojos de puma.

Se hizo un silencio que los envolvió como una burbuja y, por unos instantes, los ojos azules y los ojos dorados intercambiaron un millón de mensajes, como si estuvieran solos en el abarrotado local.

—¿Está todo bien?

La voz aguda de la camarera los arrancó con brusquedad de aquel extraño trance.

—Sí, sí, gracias —se apresuró a responder Achu y, sin mirarlo, se afanó en la preparación de su té con el celo de una duquesa victoriana.

—No te inquietes, Kaya —dijo burlón—. No irás a creer en un puñado de supersticiones indias, ¿verdad?

—Bueno, cambiando de tema —se notaba que estaba haciendo un esfuerzo para hablar con calma—, ¿qué te ha traído hoy por aquí?

Phoenix ya abría la boca para contarle el cuento que tenía pensado, pero al reparar en la honestidad que asomaba en los preciosos ojos rasgados, se detuvo, incapaz de mentirle. Solo había otra persona en el mundo a la que nunca había podido mentir: su padre adoptivo.

«Eres más patético de lo que pensaba». Frunció los labios finos, burlándose sin piedad de sí mismo mientras ella bebía el té a sorbitos, esperando paciente a que continuara.

Phoenix tomó una decisión. Al fin y al cabo, se dijo, aquel plan descabellado era el único que había sido capaz de urdir.

—Verás, necesito tu ayuda.

Azucena

Vaya, parecía que por fin iba a conseguir enterarme de por qué había ido a buscarme a los juzgados. Después de cómo nos habíamos despedido en la boda de mis padres, había dado por hecho que pasaría mucho tiempo antes de que volviéramos a vernos.

En el momento en que levanté la vista y lo vi al fondo de la sala, mi estómago había hecho algo curioso, como si acabara de caer a plomo desde un vigésimo quinto piso. Pese a la intensa punzada de curiosidad, me había obligado a concentrarme en mi alegato final y al terminar la vista despaché con rapidez las felicitaciones de Tony. Sin embargo, cuando volví a mirar Phoenix había desaparecido.

Salir corriendo detrás de él no había sido demasiado digno, pero algo me decía que Phoenix no se habría molestado en venir hasta aquí de no tratarse de algo importante. Y como le gustaba repetir a mamá con un chirriante acento italiano: «*La famiglia es la famiglia, mia figlia*».

Miré el cuello moreno, con los tendones marcados, que asomaba por los dos botones desabrochados de la camisa azul claro. No podía negar que Phoenix tenía un oscuro atractivo, y lo de «oscuro» no iba por el tono de su piel, precisamente. Había interceptado más de una mirada de interés proveniente de varias de las mujeres que abarrotaban las mesas cercanas. Incluso la camarera le había lanzado una sonrisa encantadora, cosa que no había hecho conmigo.

Los labios de Phoenix seguían moviéndose. Esos mismos labios delgados que podían parecer tan crueles y que, sin embargo, acababan de besarme con una maestría considerable. Intenté apartar de mi mente esa sensación, como de volverme líquida toda entera, que había experimentado hacía apenas unos minutos en mitad del vestíbulo de los juzgados, ni más ni menos, y aunque esta vez no podía achacarlo a la adrenalina desencadenada por estar al borde de la muerte, enseguida encontré una excusa plausible:

«Me ha cogido por sorpresa».

Mi conciencia, esa especie de Pepito Grillo impertinente que «okupaba» sin permiso una región ignota de mi cerebro, me preguntó con cierto recochineo si cualquier hombre que me besara por sorpresa conseguiría el mismo efecto, pero preferí no responder y, con un esfuerzo considerable, me concentré en lo que Phoenix me estaba contando.

—Se trata de un pleito que viene de muy atrás, tan atrás, que varios de los documentos se han traspapelado en el Registro y no aparecen, y compete a unas tierras que el gobierno cedió en su día para establecer una reserva apache en Arizona. Hace poco nos enteramos de que más de cuarenta años atrás, algunas de esas tierras fueron vendidas a su vez por funcionarios poco escrupulosos a ciertos particulares y, ahora, uno de los herederos reclama su parte; una parte vital, pues contiene el único manantial en varios kilómetros a la redonda. Si perdemos, será el fin de la reserva.

Lo miré con interés. Esa era una de esas raras ocasiones en las que Phoenix se había desembarazado de su máscara de impasibilidad y hablaba con una pasión y una vehemencia desconocidas, que ponían de relieve que el futuro de la reserva —y con ella el de sus habitantes— era una cuestión de extrema importancia para él.

Al parecer había decidido explayarse y no me ocultó ni un solo detalle. Me habló de la vía legal que habían seguido hasta el momento, de los recursos presentados, del accidente que había sufrido el abogado que les llevaba el caso debido a su alcoholismo, de la inexperiencia de la nueva abogada que habían conseguido en el último momento, de la inminencia del juicio.

Lo escuché sin interrumpirlo ni una sola vez mientras mi inquieto cerebro, excepcionalmente dotado para los temas legales —modestia aparte—, iba atando y desatando cabos a toda velocidad.

Phoenix se detuvo, por fin. Debía tener la garganta seca y, sin pedir permiso, se terminó de un trago el té, ya frío, que quedaba en mi taza. Me golpeé los labios con la cucharilla sin decir nada. Estaba pensando.

—En realidad, no sé por qué te lo he contado —Su voz profunda me arrancó de mis cavilaciones—. Sé bien que tu especialidad no es esta.

—No —dije sin dejar de golpear rítmicamente la cucharilla contra mi boca.

—Además estás muy ocupada.

—Sí.

—Tienes cosas mucho más importantes en las que pensar.

—Hum. —El golpeteo prosiguió.

—¿Te importaría dejar tranquila la cucharita?

Me detuve con la cuchara en el aire y lo miré desconcertada. Las negras cejas de mi interlocutor se habían fruncido por encima de la nariz aguileña y tenía un aspecto feroz. Despacio, dejé la cucharilla sobre la mesa.

—Será mejor que nos vayamos. —Phoenix hizo amago de levantar una mano para llamar a la camarera y pedirle la cuenta, pero, por una vez, yo fui más rápida; lo agarré de la muñeca y se lo impedí.

—¿Podemos tener una conversación civilizada sin que salgas corriendo? —dije furiosa.

Por primera vez desde que nos habíamos sentado a la mesa, Phoenix me miró con aire divertido.

—Los salvajes siempre hemos estado lejos de la civilización.

—No empecemos...

—Habla. Soy tu prisionero.

Los ojos azules sonreían y, en ese momento, caí en la cuenta de que seguía teniendo cerrados los dedos en torno a su muñeca. Lo solté en el acto, aunque las yemas de mis dedos siguieron guardando la memoria de la cálida piel hasta mucho más tarde.

—Es un reto. Me gustan los retos. —Me di cuenta de que otra vez estaba golpeando la cuchara contra la mesa y la solté con brusquedad—. Además, las familias están para ayudarse mutuamente, lo que significa...

—Kaya... —dijo con engañosa suavidad.

—¿Sí? —pregunté, fastidiada por la interrupción.

—¿Vas a empezar otra vez con lo de que somos medio hermanos?

El aspecto de mi interlocutor resultaba tan amenazador, que me apresuré a negar con la cabeza.

—Bien. Porque, si no, tendré que hacerte otra demostración.

No tuvo que explicar a qué tipo de demostración se refería y, al instante, noté que se me subían los colores.

Pasaron unos segundos incómodos, hasta que dije por fin:

—Está bien. Retiro lo de «medio hermanos», pero de alguna manera somos familia, ¿no? No puedo fingir que no me importa lo que te pase y quiero pensar... —me detuve unos segundos, dubitativa— que tú harías lo mismo si fuera yo la que estuviera en un apuro.

Phoenix me devolvió la mirada, más inexpresivo que nunca.

—En fin —lancé un suspiro y empecé a hablar a toda prisa—, volviendo al tema que nos ocupa. Lo de BlackBook ya está resuelto, salvo por algunos flecos de los que puede ocuparse Tony sin problemas, y en el trabajo me deben aún dos semanas. Tendré que hacer un intensivo de investigación sobre legislación y jurisprudencia, pero es un campo que siempre se me ha dado bien. Habrá que montar un grupo de trabajo, necesito tener línea directa con vuestra abogada a cualquier hora del día o de la noche, también hablaré con Tony, seguro que no le importa echarnos una mano.

—Montaremos el cuartel general en mi casa.

—¿En tu casa?

Como si adivinara mis pensamientos, Phoenix se apresuró a tranquilizarme.

—Tengo varias habitaciones libres... —Al ver que seguía indecisa, añadió—: Y dos cuartos de baño con todas las comodidades modernas.

—Bien. —Hice un gesto a la camarera—. Tenemos un montón de trabajo por delante, cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor.

Pese a que insistí en invitarlo, fue Phoenix el que pagó la cuenta.

—Tengo el coche aquí al lado. Te llevo.

—¿Coche?

—Eléctrico, por supuesto.

—Por supuesto.

El tráfico estaba bien y no tardamos en llegar. Phoenix detuvo el pequeño utilitario frente al imponente portal con columnas de mármol de White, McKenzie & Newman.

—Entonces, mañana temprano paso a buscarte. ¿Te dará tiempo a tenerlo todo listo?

—No te preocupes, estaré lista.

Busqué la manija para abrir la puerta.

—Kaya...

Me volví a mirarlo.

—Muchas gracias.

Nos quedamos un rato absortos en la intensidad de nuestras propias miradas, hasta que el bocinazo de un conductor al que el coche de Phoenix bloqueaba el paso nos devolvió de golpe a la realidad. Me bajé del coche con rapidez.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.



Como le prometí, estaba más que lista cuando él pasó a buscarme a las ocho de la mañana. De hecho, acababa de repasar por segunda vez y de modo minucioso las dos largas listas de cosas imprescindibles que había hecho la noche anterior.

—Te advierto que llevo un poco de equipaje —dije innecesariamente, al tiempo que señalaba la montaña de gruesos tomos legales que había sacado de la biblioteca del bufete la tarde anterior, y una maleta de buen tamaño—. No sé si cabrá todo en tu minicoche.

—No te preocupes —dijo Phoenix, cargando con el montón de libros.

Poco después, rodábamos por la I5 S en dirección a San Clemente. Hacía una mañana espléndida. Phoenix conducía muy despacio, con las ventanas de par en par y yo que, por lo general, estoy tan pendiente de llegar lo antes posible a todas partes que pocas veces me fijo en el paisaje, aproveché para relajarme y disfrutar de las increíbles vistas del océano mientras la brisa marina jugueteaba con mi pelo.

Tardamos más de una hora en llegar, y cuando vi la destartada casita de madera casi encima del mar no pude evitar lanzar una exclamación de deleite.

—¡Que sitio tan increíble!

—Pertenece a un viejo *hippie* al que conocí pescando en el muelle. —Phoenix se bajó del coche y empezó a sacar el equipaje sin dejar de hablar—. Después de pasar horas y horas uno al lado del otro durante años, esperando pacientes a que los peces picaran, nos hicimos amigos. Luego enfermó y, durante unos meses, fui a visitarlo al hospital. Cuando murió, me enteré de que me había dejado la casa en su testamento.

—¿No tenía familia?

—No. Estaba solo en el mundo.

—Es una historia muy triste. Me alegro de que estuvieras tú ahí para acompañarlo en sus últimos momentos.

—Quizá no fue algo altruista. —Phoenix frunció los labios en una mueca malvada—. Al final me salió muy bien la jugada, ¿no crees?

Resoplé con impaciencia.

—Me gustaría que dejaras a un lado esa manía tuya de hacerte el malote; igual tu táctica te sirve para deslumbrar a alguna adolescente mema, pero conmigo no funciona.

—Lástima. —Phoenix chasqueó la lengua, aunque los ojos azules brillaban llenos de diversión. Lo ayudé a llevar el equipaje hasta la entrada, abrió la puerta, que no estaba cerrada con llave, y me invitó a pasar.

El interior era austero, con pocos muebles, sencillos y prácticos, pero, a pesar de ello, al instante sentí que era una de esas casas que te dan la bienvenida desde el primer momento. Olía al pegamento que usaba Phoenix para sus maquetas, a brisa marina y a especias, y me sorprendió el gigantesco jarrón de cristal lleno de amapolas de California, cuyo color naranja daba un plus de luminosidad a la estancia. Ese sería el lugar perfecto para descansar después de una jornada de duro trabajo, me dije soñadora.

—Tienes una casa preciosa.

—Me alegro de que te guste. Ven, te enseñaré tu cuarto.

El dormitorio era pequeño, con una cama estrecha cubierta por una sencilla colcha blanca de algodón, un armario antiguo y una mesilla de noche. La puerta-ventana entreabierta, por la que se colaba el sonido del mar, daba a una veranda de madera y enmarcaba el Pacífico, que se perdía hasta la línea del horizonte como una pintura en eterno movimiento.

Dejé el bolso sobre la cama y salí a la veranda.

—Increíble —repetí con las manos apoyadas en la barandilla de madera que la rodeaba mientras aspiraba con fruición en aire salado.

—Veo que tiene tu aprobación.

Aunque con Phoenix nunca se sabía, creo que le había gustado mi indisimulable entusiasmo.

—Si algún día la vendes, acuérdate de mí.

—No te preocupes —dijo con un aire más inescrutable que de costumbre—. Puede que algún día te haga una oferta que no puedas rechazar.

Me hizo gracia.

—Tendré que ser yo, más bien, la que te haga esa oferta, ¿no crees?

Pero él se limitó a encogerse de hombros y entrar de nuevo en el dormitorio. Poco después, ya me había enseñado el resto de la casa. En la gigantesca mesa que ocupaba buena parte del salón, al lado de la pila de libros que habíamos traído nosotros, había dos montones de carpetas repletas de documentos.

Phoenix los señaló con la barbilla.

—Rudy Littlefeather, un buen amigo y miembro del consejo tribal, me los trajo ayer. Me temo que tienes un montón de trabajo por delante.

Me acerqué a la mesa y empecé a hojear las carpetas.

—Troy Reynolds, el abogado que llevaba el caso...

—El de los problemas con el alcohol —asentí.

—Con el *bourbon*, para más señas. —Me gustaba cuando Phoenix bromeaba, algo que, por otra parte, no ocurría muy a menudo—. A Troy le dio tiempo a examinar el registro y redactar un resumen de la historia jurídica de los terrenos. Ahora tendrá que ser Yahto, con tu ayuda, la que emita el informe y lo presente ante el juez.

—Bien. —Me senté a la mesa y cogí la primera carpeta—. Lo mejor será que nos pongamos manos a la obra cuanto antes.



—A comer.

—¿Comer?

Levanté la cabeza de los documentos, ahora llenos de notas y *post-it* de distintos colores, que había distribuido en perfecto orden por toda la mesa y lo miré desconcertada. A veces me sumergía hasta tal punto en el fascinante mundo de las leyes, normas y reglamentos, que me resultaba complicado volver a la prosaica realidad.

—No solo de trabajo vive la mujer —respondió con una enrevesada paráfrasis del pasaje del evangelio de San Mateo.

—¿Tan pronto? —Eché un vistazo al reloj y me di cuenta, sorprendida, de que había pasado más de dos horas.

—Pensé que exagerabas cuando decías que eres adicta al trabajo.

Estiré los brazos hasta que me crujieron los huesos.

—Pues ya ves que no —dije con un gran bostezo y me puse en pie.

Lo acompañé a la veranda. Junto a las dos mecedoras algo decrepitas, Phoenix había dispuesto una mesita de hierro plegable y un par de sillas, cada una de su padre y de su madre, que había sacado de dentro.

Al ver la ensaladera llena diferentes tipos de lechuga, queso, tomate y aceitunas mis tripas, tan indiscretas como de costumbre, se apresuraron a hacer notar su presencia. Phoenix había colocado un par de platos de loza esmaltada de distinto color con sus respectivos cubiertos, unos originales vasos de cristal que parecían antiguos, una frasca llena de agua y dos servilletas de rayas de colores. El resultado era una mesa sencilla, acogedora y muy vistosa.

—¿Quieres vino?

Negué con la cabeza sin dejar de acariciar el elaborado diseño de los vasos con el dedo pulgar.

—No bebo cuando trabajo —respondí distraída—. ¿De dónde has sacado estos vasos?

—Me gustan los objetos curiosos. Estos —cogió uno de ellos y lo llenó de agua, luego hizo lo mismo con el otro— los encontré en Brick Lane Market en un viaje de trabajo que hice a Londres.

—Me he fijado también en las flores frescas que tienes en el salón.

Sin preguntar, Phoenix empezó a servirme.

—Las cogí cerca de aquí. Las amapolas crecen por todas partes.

—Mi madre estaría encantada contigo. —Me llevé el tenedor a la boca y cerré un segundo los ojos—. Hmm. Qué rica.

Phoenix se sirvió a su vez y me pasó una cesta con pan aún caliente.

—¿Por qué?

—Porque a mamá también le apasiona cocinar, poner mesas bonitas, las flores y las telas alegres. Esta mesa —hice un gesto con las manos abarcando lo que contenía— es de foto.

—Me siento halagado —dijo en tono irónico.

Se notaba que le habría gustado cambiar de tema, pero yo no pensaba dejar que se escapara así como así. Siempre me había interesado vivamente por las cosas que ocurrían a mi alrededor, y aunque Phoenix no era una cosa, era una de las personas más interesante con las que me había cruzado.

Tragué, me limpié con la servilleta, bebí un poco de agua y volví a limpiarme. Noté que Phoenix me miraba como si le resultaran divertidos mis buenos modales, pero no hice caso.

—¿Puedo decirte una cosa un poco... indiscreta?

Los ojos azules me devolvieron la mirada sin traicionar sus pensamientos.

—Puedes.

—Jamás había conocido a un hombre que tuviera un sentido de..., no sé, de la belleza o algo así tan increíble como el tuyo. Es lo último que habría imaginado cuando te conocí.

Phoenix siguió comiendo despacio. No parecía dispuesto a hacer ningún comentario y me mordí el labio inferior, pensando que quizá lo había ofendido. Sin embargo, al cabo de unos minutos, dijo algo sorprendente:

—Es por culpa de Jamie.

Lo miré sin comprender.

—¿Mi padre?

—Y el mío —me recordó burlón.

Pero yo estaba decidida a averiguar qué era lo que había querido decir y no pensaba distraerme.

—Reformularé la pregunta: ¿Por qué es culpa de nuestro padre que tú seas adicto a las cosas bonitas?

—Porque, hasta que lo conocí, en mi vida no habían abundado ese tipo de cosas. —Seguí mirándolo en silencio, muerta de curiosidad. Phoenix movió la cabeza y lanzó un suspiro de rendición—: Viví mis primeros años con mi abuelo materno en un apartamento diminuto; mi abuelo hacía lo que podía, pero las sábanas limpias con olor a suavizante todas las semanas y las obras de arte colgadas en las paredes, fueron algunas de esas «cosas bonitas» que no supe que existían hasta que le di una cuchillada a Jamie Torres. Como ves, a menudo las malas acciones también tienen su recompensa.

Al oír aquello me sobresalté.

—Jaime nunca dijo que hubieras sido tú el que le clavó el cuchillo.

Phoenix se encogió de hombros.

—Qué más da quién lo empuñaba; si no fue esa vez habría sido la siguiente. Si Jamie no me hubiera sacado de la calle, antes o después habría matado a alguien.

—¿Qué hacías en la calle?

—¿Estás segura de que quieres saber todo esto?

Pese a que no se había terminado la ensalada, Phoenix dejó el tenedor a un lado, como si hubiera perdido el apetito. Los rasgos morenos habían adquirido una frialdad y una dureza especial y, por unos segundos, sentí un ligero temor. Sin embargo, asentí en silencio.

—Mi abuelo murió cuando yo tenía once años. Un borracho disparó contra un grupo de personas que hacían cola frente a la oficina de desempleo. Yo siempre había pensado que el viejo moriría de un cáncer de pulmón, porque era un fumador empedernido, pero, por una vez en su vida, tuvo suerte —los labios de Phoenix esbozaron una sonrisa amarga—; su muerte fue rápida e indolora.

Tragué saliva y, sin darme cuenta, apoyé la mano sobre la suya, que estaba encima de la mesa. Phoenix la volteó y entrelazó los dedos con los míos, pero siguió con la mirada perdida las evoluciones de unos niños que jugaban a perseguir a las gaviotas por la playa.

—Mi madre no podía hacerse cargo de mí. Cuando no estaba borracha, estaba en el hospital recuperándose de la paliza que le había dado el chulo de turno, hasta que dos años después ya no pudo recuperarse de la última. —Le apreté los dedos llena de compasión—. Así que me enviaron a mi primer hogar de acogida. En algún momento perdí la cuenta de todas las familias por las que pasé. No duraba demasiado en ningún sitio; en cuanto podía me escapaba. Finalmente, los servicios sociales se dieron por vencidos y acabé viviendo en la calle con un grupo de chicos en mi misma situación.

»Como comprenderás —de nuevo apareció en sus labios la misma mueca amarga—, la vida en la calle no está llena de belleza, precisamente. Robos, violencia, suciedad, sexo más violento aún... no son cosas que engrandezcan el alma de un adolescente en su camino hacia la edad adulta.

Me imaginé escenas terribles y, de pronto, ya no quería hablar más de eso. No quería que Phoenix reviviera aquel pasado atroz que lo llenaba de amargura.

—Pero encontraste a Jaime y todo cambió.

Phoenix giró la cabeza para mirarme y me sonrió, y comprendí que, una vez más, había adivinado mis pensamientos con esa habilidad un tanto espeluznante que tenía.

—Pero encontré a Jamie y todo cambió —repitió sin dejar de sonreír y yo sonreí en respuesta, sintiendo una profunda conexión con él.

—Y tu vida se llenó de cosas bonitas —dije como cuando, de niña, trataba de adivinar la continuación del cuento que me leía mamá antes de dormir.

—Y mi vida se llenó de cosas bonitas. Y ¿sabes qué?

Los ojos azules no se apartaban de los míos.

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz, incapaz de rehuir su mirada.

—Que tú eres la «cosa más bonita» que he visto en mi vida.

Noté que me ponía como un tomate, y le solté la mano.

Por fortuna, en ese momento, se oyó una voz que venía del interior de la casa.

—¡Phoenix! ¡Phoenix!

Phoenix se levantó para recibir a la recién llegada y yo me quedé un rato más ahí sentada mientras esperaba a que se me pasara el sofocón.

—Kaya, te presento a Yahto. Yahto, esta es Kaya, la abogada de la que le hablé a tu padre.

La recién llegada me miró de arriba abajo sin demasiada cordialidad y enseguida se volvió hacia Phoenix, que acaba de sacar otra silla.

—¿Estabais comiendo? Siento haberos interrumpido.

—No interrumpes nada —¿por qué me molestaron aquellas palabras?—, ¿quieres un poco de ensalada?

—La verdad es que no he comido y tengo hambre.

—Siéntate, te pondré un cubierto.

¿Era una impresión mía o Phoenix se había metido en su papel de amable anfitrión con mucho más entusiasmo que cuando estaba conmigo en la cabaña?

«Pareces una niña pequeña, celosa de que no te presten la suficiente atención», me dije impaciente conmigo misma. «Y te recuerdo que no hay nada que más detestes que la gente que se comporta de modo infantil».

Phoenix volvió enseguida y mientras le servía un poco de ensalada en el plato, aproveché para estudiar a la recién llegada. Calculé que tendría unos veintidós o veintitrés años, pero se había recogido el pelo negro y lacio en una larga trenza y ese sencillo peinado la hacía parecer más joven.

—Gracias. —Yahto le sonrió sin disimular su adoración y no sé por qué, me sobresalté.

«Es demasiado joven para él». Sabía por mi padre que Phoenix había cumplido los treinta y dos.

«¿Estás tratando de tranquilizarte o algo? Un tío de treinta y dos y una mujer de veintitrés... ¿puedes decirme qué tiene eso de raro?».

La impertinente voz de mi conciencia parecía decidida a darme la tarde, pero la ignoré olímpicamente. Lo cierto era que Yahto Littlefeather era una joven muy guapa, con esos grandes ojos aterciopelados y esa piel perfecta.

«Además es más alta que tú».

Y qué tendrá que ver la altura en todo esto, me dije fastidiada y, para ahogar esa vocecita machacona, y dejarme claro a mí misma que me importaba muy poco con quién se liaba o se dejaba de liar mi medio hermano, me volví hacia Yahto y traté de mostrarme amable.

—Me ha dicho Phoenix que acabas de terminar la carrera.

Los ojos oscuros me miraron con abierta animosidad.

—Puede que no tenga experiencia, pero saqué una de las notas más altas de mi promoción.

Traté de ignorar esa agresividad poco disimulada, y la mirada divertida de Phoenix.

—¿A qué universidad fuiste?

—A ninguna tan pija como la tuya. Estudié en... —citó una universidad poco conocida—. Pocas mujeres nativas americanas pueden permitirse el lujo de estudiar en Stanford.

Su respuesta, cargada de desdén, me dejó cortada. Había intentado ser cordial, pero, al parecer, solo había conseguido mostrarme como una elitista despreciable. En ese aspecto, Phoenix y Yahto tenían muchas cosas en común; ambos sabían cómo hacerme sentir incómoda.

—Hola, ¿hay alguien?

Una vez más me salvó la campana, en este caso, la llegada de Tony, mi ayudante, que había quedado en que se pasaría a la salida del trabajo. Tony llevaba un año haciendo prácticas en el bufete y, además de ser uno de los becarios más brillantes que había tenido nunca, también era un chico amable y encantador.

—¡Aquí fuera! —gritó Phoenix.

—¿Nunca cierras? ¿No te preocupa que entre un ladrón?

Por supuesto, la repelente Yahto se apresuró a responder por él.

—Eso solo lo piensan los ricos. Si alguien quiere entrar de verdad, lo hará con puerta cerrada o sin ella. ¿No es cierto, Phoenix?

Su tono condescendiente y ese modo de mirarlo, como si ambos compartieran un secreto que yo desconocía, hicieron que rechinara los dientes.

—Hola, Azucena. —Tony era el único yanqui capaz de pronunciar mi nombre sin atragantarse; por algo había estudiado español en el colegio. Además, en cuanto tenía unos días libres, se escapaba a Tijuana. Para practicar el idioma, según él, aunque yo sospechaba que tenía debilidad por las guapas mexicanas.

—Hola, Tony. Te presento a Yahto y a Phoenix.

Tony sonrió a la primera mostrando su perfecta dentadura de joven *wasp* (*white anglo-saxon protestant*) y saludó al segundo con un cordial apretón de manos. Los dos hombres ofrecían un gran contraste; aunque ambos resultaban muy atractivos, cada uno a su manera. Mi ayudante era tan alto como Phoenix, pero mucho más corpulento. Su pelo castaño, con reflejos rojizos y esa piel que ni los rayos del sol mexicano lograban broncear, contrastaban llamativamente con la belleza oscura y algo salvaje de Phoenix, que en ese momento se apartaba un largo mechón de pelo negro con el que la brisa insistía en teparle los ojos.

—¿Quieres comer algo? —ofreció nuestro anfitrión.

—No, gracias, acabo de pasarme por Hodad's y me he comido una hamburguesa gigantesca. —Se dio unas palmaditas en el estómago plano con expresión satisfecha. Luego se sentó en la silla que su anfitrión acababa de dejar junto a la de Yahto y se dirigió a esta, sonriente—. Así que vamos a trabajar juntos, ¿eh? Estoy seguro de que formaremos un gran equipo.

Yahto siguió con los ojos fijos en la ensalada, sin molestarse en contestar. Tony me miró con las cejas arqueadas y yo me limité a encogerme de hombros. Noté que Phoenix me observaba con los párpados entornados y levanté el mentón, desafiante. No era culpa mía que esa niña fuera odiosa.

En fin, ya estaba todo el equipo reunido. Phoenix nos puso al día sobre cuáles serían los siguientes pasos a seguir, pero dejó claro que cualquier sugerencia sería bien recibida. Yo me apresuré a hacer un par de ellas y, como ocurría en el trabajo, Tony, que tenía muy desarrollada la visión de conjunto, se apresuró a analizar los pros y los contras. Los otros dos nos escuchaban sin interrumpir, aunque Yahto, que ya se había terminado la ensalada, lo hacía con cara de aburrimiento.

Fruncí el ceño. ¿Podía saberse qué narices le pasaba a esa mema? Pero cuando unos segundos más tarde vi la mirada posesiva que le dirigía a Phoenix, comprendí en el acto cuál era el problema: Yahto Littlefeather estaba colada por él y estaba celosa de mí.

Celosa de mí. Me hizo gracia.

Quizá tendría que aclararle que Phoenix y yo solo éramos medio hermanos —porque, por mucho que él lo negara y dijera cosas raras sobre «cosas bonitas» para hacerme sentir incómoda, eso era, ni más ni menos, lo que éramos—; tal vez así ella se olvidaría de aquella ridícula rivalidad y conseguiríamos trabajar en paz.

Phoenix

Phoenix levantó los ojos de la maqueta en la que estaba trabajando y miró a aquel grupo heterogéneo que se arremolinaba alrededor de la amplia mesa del salón, rodeados por montones de papeles, carpetas y libros, con una satisfacción que no se reflejó en sus facciones. Ya llevaban varios días trabajando juntos y, al menos, cuando se concentraban en los temas legales se olvidaban al instante de sus respectivas diferencias y se adentraban en todo tipo de discusiones y propuestas con un entusiasmo envidiable. Los tres tenían una mente brillante y se notaba que disfrutaban con el reto que tenían por delante.

Eso sí, en cuanto volvían a las trivialidades de lo cotidiano, las hostilidades podían alcanzar niveles peligrosos. Había sido la mano izquierda de Phoenix —una mano de acero, por otra parte— la que había evitado en más de una ocasión que la sangre llegara al río en los últimos días.

La nieta de su amigo Rudy se mostraba abiertamente antipática con Achu y con Tony. Phoenix la comprendía bien; él había abrigado a menudo sentimientos similares cuando era más joven y estaba lleno de rabia. Yahto no había tenido una vida fácil y resultaba tentador buscar culpables. En el fondo, todo se reducía a una fuerte sensación de inseguridad cuando tenía que relacionarse con cualquiera de los otros dos en los ámbitos que ella sentía que escapaban a su control. En temas legales, a pesar de su inexperiencia, ella era una más, pero cuando Tony y Achu hablaban de gente, de lugares o de otras situaciones que quedaban muy lejos de sus propias vivencias, a Yahto le venían a la cabeza algunas de las humillaciones que había sufrido a lo largo de su corta vida y salía a relucir ese resentimiento larvado.

Phoenix sabía que solo el tiempo y la experiencia vendrían en su ayuda para superarlo, así que, mientras tanto, él se divertía con el desconcierto de los otros dos, que no tenían la menor idea de cómo tratarla.

Por fortuna, Yahto estaba demasiado ocupada peleando con Tony y había dejado de mirarlo a él con esa empalagosa expresión de adoración juvenil, se dijo satisfecho. Y, por fortuna también, Achu era demasiado madura y estaba demasiado concentrada en su misión para caer en la trampa de su compañera de equipo. Además, era demasiado educada para responder a sus provocaciones como se merecía, por lo que cada vez que Yahto le soltaba una impertinencia, se limitaba a poner los ojos en blanco y la ignoraba por completo.

Pese a sus peleas, Tony y Yahto no podían disimular la creciente atracción que los llevaba a devorarse con los ojos cada vez que pensaban que nadie los miraba. Phoenix debía reconocer que Tony le caía bien. Eso sí, si no hubiera sido porque Achu era completamente ajena a los coqueteos de su ayudante —quien, al parecer, había decidido que utilizarla para darle celos a la nieta de Rudy sería una buena táctica—, no habría tenido más remedio que retorcerle el pescuezo.

—¿Sabes, Azucena? —decía Tony justo en ese momento, en uno de esos arrebatos poéticos que le daban en los últimos tiempos—. Tus ojos son dos brillantes monedas de oro cuando el sol incide sobre ellos.

—¿Sí? Vaya —respondió distraída, sin apartar los susodichos ojos del párrafo que estaba leyendo. Estaba claro que la birriosa metáfora de su ayudante acababa de entrarle por un oído y de salirle por el otro.

El casi imperceptible temblor de sus labios fue lo único que traicionó la diversión de Phoenix, que seguía muy atento aquellos intercambios de dudoso lirismo.

—Qué imagen tan patética. —Pese al susurro desdeñoso, saltaba a la vista que a Yahto le había molestado el comentario.

Tony levantó la pelirroja cabeza con el mismo gesto de un *setter* irlandés repentinamente alerta.

—Qué sabrás tú de imágenes.

—¡Te diré que me encanta la poesía, y soy perfectamente capaz de distinguir un diamante de una boñiga!

—No me creo que una persona tan maleducada como tú disfrute de la poesía. Vendría a ser algo muy similar a un oxímoron. ¿Quieres que te explique lo que es? —añadió en tono condescendiente.

—¡Sé perfectamente lo que es un oxímoron! Eres tú el que no sabes nada de mí, estúpido, así que ahórrate tus patéticas conclusiones.

Phoenix decidió intervenir.

—Lleváis demasiado tiempo encerrados, niños, ¿qué os parece si nos damos un chapuzón?

—Lo de «niños» lo dirás por él, ¿no? —Yahto señaló a su rival con el pulgar—. No he visto a un tipo más inmaduro en todos los días de mi vida.

—Es ridículo que una niña tan infantil como tú vaya por ahí repartiendo carnets de madurez.

—¡Eres...!

—Yahto... —Phoenix no alzó la voz, pero fue suficiente para que ella se callara y apretara los labios con fuerza—. Venga, al agua todo el mundo.

Tony y Yahto intercambiaron una mirada en la que se prometían futuras represalias, pero fueron a ponerse el traje de baño, obedientes.

—Tú también, *señorita*.

Achu lo miró como si no supiera quién era, asintió y volvió a enfrascarse en el grueso tomo.

Phoenix rodeó la mesa sin hacer ruido el menor ruido, se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

—A bañarse. Ahora.

—¡Ah! —Achu dio un bote en la silla y se volvió hacia él con una mano en el pecho—. ¡Cuántas veces tengo que decirte que no te acerques a mí sin avisar!

—Necesitaba que me prestaras atención.

Ella frunció el ceño irritada.

—Pues lo conseguiste. Ya tienes toda mi atención. ¿Que narices quieres?

—Lleváis todo el fin de semana encerrados, ya es hora de que os toméis un descanso.

Achu se apartó un mechón de pelo de la cara con impaciencia.

—¿Un descanso? —repitió como si fuera una palabrota—. ¿Para qué? Precisamente estaba tirando de un hilo muy importante y estoy a punto de desenrollar la madeja entera.

—Muy interesante. ¿Te pones tú el traje de baño o te lo pongo yo?

Ella abrió la boca, escandalizada.

—No sé quién te crees que eres.

—Soy el encargado de velar por tu salud. —Phoenix la cogió por el codo y la obligó a levantarse.

—Estoy sanísima.

—Entonces me aseguraré de que sigas así. —Sin apretar, pero con firmeza la condujo hasta la puerta de su cuarto—. ¿Seguro que no necesitas ayuda?

Achu hizo una mueca de desagrado.

—Eres muy gracioso. No sé por qué tengo que obedecer tus órdenes, no me apetece bañarme. El agua está helada y...

Phoenix le puso el pulgar en los labios, cortando en seco sus protestas.

—No es muy astuto por tu parte desafiar a un peligroso salvaje... —susurró sin apartar el dedo de su boca.

Pese a esas palabras amenazadoras, había un brillo tierno en los ojos azules. Se quedaron un rato mirándose en silencio. Achu separó los labios en una invitación inconsciente y Phoenix, incapaz de resistirse, se inclinó muy despacio sobre ella.

—Tienes pinta de ser más lento que un caracol. ¡Cinco dólares a que no me alcanzas!

Las palabras desafiantes de Yahto, seguidas por el ruido de pasos a la carrera sobre las tablas de madera de la veranda los hicieron volver de golpe a la realidad, y Phoenix se apartó de mala gana.

—Me estoy cansando de hacer de niñera.

Achu respondió sin mirarlo:

—Es culpa de tu amiga, Tony es un chico encantador. Iré a ponerme el bikini.

Él la cogió del codo una vez más para detenerla.

—¿Quieres venir mañana conmigo a conocer la reserva?

—¿Tú y yo solos?

—Tú y yo solos.

Achu dudó unos segundos. Finalmente, inspiró profundamente y soltó el aire como si acabara de tomar una firme decisión.

—Mira, Phoenix, soy perfectamente consciente de que hace unos segundos has estado a punto de besarme.

—Eres una mujer inteligente.

—¡No te pongas sarcástico!

—Perdón.

Un tanto apaciguada, Achu prosiguió titubeante; se notaba que le costaba encontrar las palabras adecuadas.

—No niego que hay una... una cierta atracción entre nosotros.

Lo miró como para asegurarse de que él estaba de acuerdo con su afirmación, pero la respuesta de su interlocutor fue poco comprometedora.

—Hum.

—Si no la hay, entonces no sé por qué me besas cada dos por tres —dijo molesta.

—No digo que no la haya. Solo cambia «una cierta» por «una gran».

Ella hizo un gesto con la mano.

—Tampoco exageres.

Phoenix entornó los párpados.

—¿Quieres una demostración?

—No, por supuesto que no —se apresuró a negar—. A donde quiero llegar es a que sería una tontería que, por dejarnos llevar por nuestros bajos instintos, tuviéramos un cisma familiar.

—¿No crees que merecería la pena arriesgarse?

—Por supuesto que no —repitió con impaciencia—. Sabes perfectamente que lo acabo de dejar con el hombre con el que iba a casarme y que tú, aparte de cierta atracción... sexual —titubeó ligeramente al pronunciar la palabra—, no sientes nada por mí.

—Ah, ¿no?

—No.

Estaba tan guapa mirándolo con esos ojos chispeantes, como una maestra irritada ante un niño díscolo, que Phoenix no pudo contenerse más. Con un rápido movimiento, atrapó el precioso rostro entre sus manos y la besó. Notó que las palmas de Achu se apoyaban en su pecho como si fuera a empujarlo, pero una vez allí se quedaron quietas mientras la dueña de esas mismas manos respondía a su beso con inconfundible pasión. Con una mano en la nuca delicada y otra en sus caderas, cubiertas esa mañana por unos elegantes pantalones *beige* que ponían de relieve ese trasero tentador del que apenas podía apartar la mirada, Phoenix la atrajo hacia sí con fuerza y la pegó contra su dolorosa erección.

—Perdonad que os interrumpa —la voz burlona de Tony los sobresaltó—, he olvidado coger unas toallas.

Con la boca pegada aún a los labios femeninos, Phoenix masculó una brutal maldición que la hizo abrir mucho los ojos.

—Hasta luego. —El inoportuno ayudante de Achu volvió a pasar a su lado en dirección a la veranda.

—¡Suéltame! —Esta vez, Achu lo empujó con fuerza y se quedaron mirándose jadeantes.

—¿Has comprendido ya la diferencia entre «una cierta» y «una gran» atracción sexual?

Achu movió la cabeza al tiempo que hacía un gesto con las manos, como si tratara de borrar lo ocurrido de un plumazo.

—Esto no puede volver a pasar. No es... ¡No es decente!

—Pronuncia las palabras «medio hermanos» y te beso otra vez.

Algo que adivinó en el rostro bronceado la hizo dar un paso atrás.

—Está bien. No somos medio hermanos. Pero yo... —Achu se detuvo un instante, como si tratara de explicarse a sí misma sus propios sentimientos—. Yo no creo en el sexo sin amor.

—Pues lo disimulas bien.

—¿Es necesario que seas tan grosero?

Phoenix se cruzó de brazos y enarcó una ceja con gesto socarrón sin apartar la mirada de ella. Finalmente, Achu se rindió ante la evidencia.

—Está bien. Lo admito. No sé por qué me siento atraída sexualmente por ti. Es como si mi cuerpo fuera por libre sin hacer caso de mi cabeza. Y la verdad, es algo muy incómodo. —Una vez más, Achu movió la cabeza como si le pareciera increíble que esas cosas le pasaran a ella—. Siempre me ha gustado controlar mis emociones y me vuelve loca que me pasen estas cosas.

—Al menos ya no lloras cada dos por tres.

Su gesto sombrío se aclaró ligeramente.

—Sí. Por fortuna, en ese aspecto he vuelto a la normalidad.

Phoenix cogió uno de los largos mechones de pelo oscuro y ondulado, y lo enrolló en torno a su dedo.

—Y —susurró con los brillantes ojos azules clavados en los suyos— ¿si te prometo que no pondré a prueba tu resistencia a mis encantos? ¿Vendrás conmigo?

—No sé. Lo pensaré. —Achu recuperó su pelo con firmeza y desapareció en el interior del dormitorio.

Phoenix se quedó mirando la puerta. La máscara de indiferencia tras la que se escondía habitualmente había desaparecido, dando paso a esa peculiar expresión de profundo anhelo de quien es consciente de que desea lo imposible.



El baño en el mar les sirvió para aclarar las ideas. El agua estaba helada y habían tenido que hacer carreras para entrar en calor. Ni Tony ni Yahto eran grandes nadadores, pero los otros dos tenían un estilo depurado y, aunque Phoenix había ganado al final, no había sido una victoria fácil.

En cuanto salió del agua, Achu se dejó caer sobre la toalla extendida y cerró los ojos para disfrutar de los cálidos rayos de sol.

Tony y Yahto la siguieron enseguida, jadeantes. Parecían haber acordado una tregua y, por una vez, no discutían sin cesar, así que decidieron hacer un castillo de arena y, poco después, estaban concentrados en la tarea como un par de chiquillos.

—Hazme un hueco.

Achu abrió un ojo con desgana. Phoenix estaba de pie a su lado. El pelo revuelto chorreaba agua, y la blanca dentadura destacaba en el rostro sonriente.

—Me estás mojando —protestó.

—Ya estás empapada.

Con un resoplido, Achu le hizo sitio y volvió a cerrar los párpados.

Phoenix se sentó y sus ojos siguieron, fascinados, el recorrido de una gota de agua solitaria que se deslizó por la piel bronceada del vientre femenino hasta desaparecer en el interior del provocativo ombligo. En realidad, se moría de ganas de inclinar la cabeza y lamerla con la punta de la lengua, pero había prometido que se comportaría. Quería que Achu confiara en él y que lo acompañara a la reserva. No sabía por qué, pero tenía la convicción, casi supersticiosa, de que si no iba allí con ella la perdería para siempre.

Desvió la mirada antes de que su excitación lo traicionara —no le apetecía tener que meterse en el agua de nuevo— y contempló a la pareja más joven del equipo, que en ese momento volvía a discutir por la decoración de las torres.

—Son como niños.

—Hum —dijo ella sin mostrar demasiado interés.

—Creo que se gustan.

Eso debió de despertar su curiosidad, porque Achu se incorporó con una mano sobre los ojos a modo de visera y lo miró, luego dirigió la vista hacia la orilla donde los otros dos habían dejado el castillo a medias y ahora se arrojaban puñados de arena mojada entre risas.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente.

—Pobre Tony.

—Yahto es una buena chica.

La pedorreta de su interlocutora, que se había vuelto a tumbar, resultó bastante expresiva.

—Y bien, ¿ya lo has pensado? —Phoenix cambió de tema con brusquedad.

—¿El qué?

Él se quedó en silencio y, al cabo de un rato, Achu soltó un suspiro y respondió por fin:

—Tengo mucho trabajo pendiente; la vista es dentro de una semana.

—Llévate lo que necesites, tendrás tiempo para trabajar. Solo quiero que veas por qué luchamos, exactamente.

Algo en la voz masculina hizo que ella se incorporara de nuevo. Dobló las piernas y abrazada a ellas, dejó que su mirada se perdiera en la inmensidad del Pacífico. Phoenix admiró el exquisito perfil que se recortaba contra el cielo; estaban tan juntos que sus brazos se rozaban.

—Cuéntame cosas de la reserva.

—Está al suroeste de Arizona y ocupa unas mil doscientas millas cuadradas. Está lejos de alcanzar el tamaño de otras reservas de población mayoritariamente apache como la de San Carlos o White Mountain. Tiene una población de unas tres mil quinientas almas; principalmente *chiricaua*, pero también hay representantes de otras tribus apache como los jicarilla, los lipán o los coyoteros. A mediados del siglo XIX el gobierno federal obligo a mis antepasados a trasladarse a tierras con las que no tenían ninguna conexión histórica. Unos años más tarde, se encontró oro en esas mismas tierras y el tamaño de la reserva se redujo aún más.

Pese a que Phoenix hablaba sin emoción, la rigidez de su cuerpo ponía de relieve que las injusticias del pasado le afectaban aún.

—La vida en la reserva sigue siendo dura. La mayoría de las casas no tienen luz ni agua corriente. Hay altas tasas de suicidio y abandono escolar, la diabetes es un ochocientos por ciento más alta que en el resto de la población, la esperanza de vida no supera los cincuenta años y el desempleo ronda el ochenta por ciento, de modo que gran parte de los habitantes viven por debajo del umbral de la pobreza.

Achu se volvió hacia él y le cogió de la mano.

—Es horrible.

Phoenix entrelazó los dedos con los suyos.

—Lo es, pero no perdemos la esperanza.

—¿No? —preguntó dudosa.

—Desde hace cinco años colaboro con el consejo tribal. Como ya te dije, Rudy Littlefeather, el abuelo de Yahto, es uno de los representantes, y gracias a la ayuda de varias asociaciones sin ánimo de lucro hemos puesto en marcha una escuela de oficios para los jóvenes en riesgo de exclusión en la que, entre otras cosas, se enseñan técnicas de construcción, agricultura y artesanía. Empezamos con cincuenta alumnos, pero ahora tenemos casi trescientos. —Esta vez, no pudo evitar que una nota de orgullo asomara a su voz—. Las primeras promociones, con la ayuda de expertos de todo el mundo que han colaborado con nosotros desinteresadamente, han diseñado unas viviendas ecológicas, construidas con materiales baratos pero duraderos y todos los adelantos modernos. Empezamos hace dos años y ya estamos entregando las llaves de la segunda fase.

Achu lo escuchaba fascinada. Phoenix había perdido por completo su frialdad habitual; se notaba que, para él, ese proyecto era tremendamente importante.

—Hasta hace unos años, las únicas tiendas que había en la reserva eran cuatro licorerías y un casino. Ahora contamos con dos de artesanía que atraen a los turistas, un supermercado en el que se venden las frutas y hortalizas que cultivamos en la propia reserva, y un dispensario moderno atendido por uno de los pocos jóvenes que, como Yahto, consiguieron una beca para estudiar en la universidad.

—Es impresionante.

Phoenix le apretó la mano un poco más.

—Lo es. En muchas ocasiones, un poco de entusiasmo y ganas de trabajar son suficientes

para producir cambios increíbles—. Se quedó un momento callado antes de proseguir—: Y ahí es donde entras tú.

—¿Yo? —lo miró sorprendida.

—Necesitamos ganar este juicio. El agua lo es todo. Gracias a ciertas obras de ingeniería, hemos conseguido cultivar más de tres mil acres de superficie de lo que hasta hace nada no eran más que terrenos baldíos. Este año esperamos alcanzar los cinco mil. Con el producto de estas cosechas, los habitantes de la reserva tienen acceso a una dieta equilibrada y mucho más económica. Si nos quedamos sin el manantial, todo el proyecto se vendría abajo.

—Caramba —Achu se apartó el pelo mojado con gesto abrumado—, sabes bien cómo meter presión.

Phoenix se volvió hacia ella, sonriente.

—Os he visto a los tres en acción, no tengo la menor duda de que todo saldrá bien.

Achu se soltó de su mano, se puso en pie y, de espaldas a él, estiró los brazos por encima de la cabeza mientras los ojos de Phoenix se deslizaban hambrientos por la suave curva de las caderas, los muslos firmes y las pantorrillas esbeltas.

—Bueno, haré todo lo que esté en mi mano, pero no te prometo nada. Eso sí, has despertado mi curiosidad, así que te acompañaré mañana —dijo displicente.

—Muchas gracias, *señorita*. —Pese al tono irónico que empleó, Phoenix sintió un intenso alivio, o quizá algo aún más profundo, al oírla.

—No seas cortante. Te echo una carrera: ¡el que gane conduce!

Y sin esperar su respuesta, echó a correr en dirección a la orilla. Phoenix salió corriendo detrás de ella, sin perder de vista ni un segundo el cuerpo pequeño y ágil, mientras sentía el pecho a punto de estallar por la presión de una intensa —y desacostumbrada— sensación de felicidad.

Al final los planes de Phoenix no cuajaron. Al día siguiente, mientras desayunaban en la veranda y discutían la estrategia diseñada por Achu, el ruido de unos pasos pesados en el entarimado les hizo volver la cabeza hacia el recién llegado.

—¡Rudy! —Phoenix se levantó de la silla y se la ofreció al anciano, que sudaba copiosamente—. No te esperábamos.

Rudy Littlefeather se apartó de la cara, cuyas arrugas parecían grabadas en cuero marrón oscuro, el largo mechón de pelo canoso que se le había escapado de la coleta y aceptó agradecido el vaso de agua que le sirvió su nieta. Después de dar un largo trago, dijo por fin:

—Malas noticias. Han adelantado la vista.

—¡No puede ser, abuelo! No estoy preparada todavía, tenemos que...

Phoenix apoyó una mano tranquilizadora en el hombro de Yahto. Ella se calló en el acto y se mordió el labio inferior.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¡Mañana! —exclamaron Achu y Tony al unísono.

—He intentado cambiarlo por todos los medios, pero no ha sido posible. Gracias, la verdad es que lo necesito. —El anciano tomó la taza de café que le tendía Phoenix y dio un sorbo con los ojos cerrados.

—¿Qué opinas, Kaya?

Los brillantes iris azules se clavaron en el rostro de Achu, que se había quedado muy quieta con la tostada, untada con una generosa capa de mantequilla y miel, a medio camino de la boca. Sin embargo, una vez más, Phoenix pudo comprobar que su chica favorita no era de las que se quedaban paralizadas por la sorpresa mucho tiempo.

Muy despacio, Achu bajó la mano y volvió a dejar la tostada en el platillo.

—En principio no tendríamos por qué tener ningún problema. —Yahto soltó un resoplido, pero ella siguió hablando sin hacerle caso—. Tenemos una estrategia bastante precisa. Es cierto que no nos habría venido mal un poco más de tiempo para desarrollar ciertos aspectos, pero tendremos que apañarnos lo mejor que podamos. Al fin y al cabo, las cosas vienen como vienen.

El anciano asintió solemne.

—Tony —Achu se volvió hacia él—, ¿como vas con la jurisprudencia?

—He encontrado puntos que nos pueden resultar útiles en el caso de Honeysuckle contra Locker y también en el de EMWD contra Burbank. Me falta dar un buen repaso a las sentencias de los últimos dos años.

—Bien. Sigue con eso. Phoenix, tú ve a la biblioteca y saca estos libros. —Escribió los títulos en una hoja de la libreta que siempre tenía a mano, arrancó la página y se la tendió—. Usted, señor Littlefeather, sería bueno que hablara con ese amigo suyo de la radio, creo que ha

llegado el momento de intensificar un poco la presión.

Phoenix cogió la hoja y la dobló reprimiendo una sonrisa. No creía que ni el propio Jefe del Estado Mayor del ejército americano diera órdenes con tanta soltura como ella.

—Yahto, tú y yo nos vamos de compras.

—¿De compras? —repitió la aludida en tono incrédulo.

—¿Pretendes presentarte así en el juicio? —Achu señaló con desdén los deshilachados *shorts* vaqueros y la camiseta de tirantes que llevaba.

—Por supuesto que no, tengo un traje...

—Para esto no servirá cualquier traje —la interrumpió Achu sin contemplaciones—. En un juicio las primeras impresiones son fundamentales. El juez no quiere ver a una niñata recién salida de la facultad, sino a una abogada profesional y segura de sí misma.

Achu se levantó de la mesa.

—¿La tostada? —Phoenix señaló el plato con la barbilla.

—No hay tiempo. —Con un movimiento fluido, Achu obligó a Yahto a soltar la taza de café a la que se aferraba como si fuera un salvavidas—. Ya lo has oído, no hay tiempo. Tony, dame las llaves de tu coche.

Tony se las tiró al instante y ella las atrapó al vuelo.

—¿Te importa darte prisa, bonita? No tenemos todo el día —dijo antes de desaparecer en el interior de la casa.

Mascullando todo tipo de improperios, Yahto se levantó de la mesa, se inclinó sobre su abuelo, lo besó en la mejilla y salió detrás de ella. Poco después, se oyó un portazo y el ruido del motor de un coche que se alejaba.

—Me gustan las mujeres con carácter. —El anciano asintió muy serio, al tiempo que se servía un poco más de café.

—Y a mí —dijo Tony quien, después de engullir la tostada que se había dejado su jefa, se había levantado para volver al trabajo.

—A la cola —se limitó a decir Phoenix.



—Estás... —Tony la recorrió de arriba abajo, sin poder ocultar su admiración—. Estás increíble, Yahto.

—No digas tonterías. —Pese al tono seco que empleó, todos pudieron ver el tono rosado que adquirirían sus mejillas.

Phoenix notó que Achu admiraba su obra, complacida. En verdad, la nieta de Ruddy Littlefeather, con el nuevo traje gris claro, de chaqueta entallada y falda de tubo, el pelo oscuro recogido en un moño que le daba un toque muy femenino, la sabia aplicación de maquillaje, natural y favorecedor a un tiempo, y los elegantes zapatos de tacón, había dejado de ser la universitaria un poco *hippie* que todos conocían y se había convertido en una sofisticada abogada, dispuesta a ganar cualquier pleito que se le pusiera por delante.

—Buen trabajo —susurró en el oído de Achu.

—Desde luego no ha sido fácil —respondió ella sin molestarse en bajar la voz—. Ahora entiendo esa expresión de «un diamante en bruto». En brutísimo, diría yo.

—¡Oye...! —protestó la aludida indignada, pero Achu prosiguió como si no la hubiera oído:

—Ayer estuve a punto de asesinarla un par de veces, pero puedo ver en vuestras caras que,

por lo menos, mis heroicos esfuerzos han servido de algo.

Yahto soltó un bufido y se inclinó sobre la mesa para coger el abultado portapapeles de cuero.

—¿Nos vamos o no? —preguntó impaciente.

Phoenix contuvo una sonrisa. Estaba clara la estrategia de Achu: hacer que el mal genio de Yahto saliera a la superficie para que se olvidara, al menos por unos momentos, de lo nerviosa que estaba.

—Iremos todos en el coche de Tony, en el Mercedes no cabemos y si conduce Phoenix no llegaremos ni mañana. Así aprovecharemos para repasar unos cuantos puntos.

El aludido aceptó sin inmutarse. Le encantaba ver a su diminuta Kaya dando órdenes a diestro y siniestro, y no pudo evitar que sus ojos la acariciaran. Ella también vestía de un modo formal, pero nunca perdía ese aire elegante que la caracterizaba. Daba igual que no llevara puesta más que la vieja sudadera de la universidad que le prestó el día que fueron a pescar, se dijo mirándola con ternura; siempre parecía recién salida de un salón de belleza.

Tony condujo hasta los juzgados con Yahto en el asiento del pasajero y ellos sentados detrás. A lo largo de todo el trayecto, los tres fueron repasando los conceptos, las sentencias y la doctrina de docenas de casos similares que se habían dado a lo largo de los años. Achu era una máquina; tenía una memoria prodigiosa y establecía inteligentes relaciones entre ideas muy distintas, a veces incluso contradictorias en apariencia, con una rapidez portentosa. Phoenix la escuchaba con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos entornados. No entendía a los hombres que se sentían amenazados por las mujeres inteligentes; en su opinión, ese cerebro privilegiado, que no descansaba jamás, era otro de los innegables atractivos que la adornaban.

Incapaz de contenerse, atrapó la pequeña mano y entrelazó los dedos con los suyos. Ella se giró para mirarlo y le sonrió antes de volver su atención a lo que Tony decía en ese momento, aunque no apartó la mano hasta que llegaron a su destino.

El abuelo de Yahto había hecho su trabajo, y en la escalinata de los juzgados les aguardaba media docena de periodistas, aunque la mayoría de medios locales con poca difusión. Uno de ellos pegó un micrófono a la boca de Yahto, y la joven abogada hizo la escueta declaración que habían acordado.

Littlefeather les esperaba ya en la sala con otros dos de los ancianos que formaban parte del consejo tribal. Había una innegable preocupación en los rostros arrugados; todos eran conscientes de que ese día se jugaban algo de extraordinaria importancia para el futuro de la reserva.

En cuanto tomaron asiento, se abrió una puerta lateral por la que entró el juez, ataviado con la preceptiva toga negra, y empezó el juicio. Al principio, la voz de Yahto apenas se oía desde el fondo de la sala. En dos ocasiones, el juez tuvo que pedirle que hablara más alto. El abogado de la parte contraria, un tipo repeinado con un llamativo traje de tres piezas, sonrió con suficiencia al oír el tono áspero de su señoría. Hasta entonces, les había tocado tratar con Troy Reynolds quien, pese a su conocida afición al *whisky* barato, era un hueso duro de roer. Cuando el juez les avisó de que habría un cambio de abogado, se había apresurado a investigar a Yahto Littlefeather; enseguida averiguó que acababa de salir de la universidad y que no tenía apenas experiencia, así que llegaba al juicio convencido de que aquello iba a ser un paseo militar.

Al recibir la segunda reprimenda del juez, la joven abogada lanzó una mirada desesperada por la sala y sus ojos se cruzaron, primero, con los de Tony, que le lanzó una gigantesca sonrisa de ánimo y, luego, con los de Achu, quien asintió con firmeza y le hizo la señal de pulgares arriba. Después de eso, Yahto inspiró hondo y, a partir de ese momento, habló con una seguridad y una claridad meridianas cada vez que le correspondía el turno de palabra. Según transcurría la vista,

el abogado de la otra parte sonreía cada vez menos.

Por fin, llegó el momento en el que el juez anunció que el juicio quedaba visto para sentencia, bajó el martillo con un golpe seco, y salió de la sala para deliberar.

Los siguientes tres cuartos de hora fueron los más largos de la vida de varios de los allí presentes. Phoenix se puso en pie y empezó a dar vueltas por la sala como una pantera enjaulada mientras Yahto y Tony se acercaban a donde estaba Achu, con cara de circunstancias. Los tres ancianos también se sumaron al grupo y, pese a que los rostros arrugados no transmitían la menor emoción, se notaba por el modo en que apretaban los labios que los nervios también habían hecho mella en ellos.

—Ganaremos, Yahto —afirmó Achu muy segura—. Has dejado noqueado a tu rival y, como experta en jueces al cabo de tantos años, te puedo asegurar que a este no le ha gustado nada la actitud paternalista de la otra parte.

Nada más decir eso, la puerta lateral se abrió de nuevo y el magistrado entró de nuevo en la sala. De inmediato, todos corrieron a sus sitios. El juez tomó asiento y el oficial ordenó con voz potente:

—¡En pie!

Como activados por un resorte, los abogados de ambas partes obedecieron al instante.

—Por el poder que me otorga...

Achu inspiró profundamente y sintió la conocida tensión que la embargaba cada vez que esperaba un veredicto. Cuando por fin el juez emitió el suyo, se levantó del banco e, incapaz de contenerse, dio media docena de palmadas nada profesionales que le valieron una mirada desaprobadora de su señoría. Para disimular, juntó las manos e inclinó la cabeza en actitud piadosa. En cuanto el magistrado se levantó y salió por la puerta, los demás se levantaron y corrieron a abrazar a la recién estrenada litigante, que acababa de obtener un triunfo en toda regla.

—¡Gracias! ¡Gracias! —Yahto sonreía feliz después de recibir el décimo abrazo de la mañana; cinco de los cuales habían sido de Tony quien, con aire posesivo, no se apartaba ni un segundo de su lado.

—Has estado fantástica —repitió Achu por enésima vez.

—Kaya, quería decirte... —Yahto se aclaró la garganta, incómoda—. Quería decirte que no siempre me he mostrado demasiado educada contigo...

—¿No siempre? Quizá sería más correcto decir: nunca —la interrumpió su mentora con una sonrisa cargada de burla.

La joven abogada se rio, ligeramente avergonzada.

—Tienes razón. Me he portado como una auténtica bruja, pero quiero que sepas que soy plenamente consciente de que sin tu ayuda y la de Tony —el aludido esbozó una sonrisa bobalicona—, hoy las cosas habrían sido muy diferentes.

—Bueno, bueno, no es para tanto. Es innegable que tienes madera de abogada. —Achu, visiblemente incómoda, intentó sacudirse los agradecimientos, pero su interlocutora parecía decidida a desnudar su alma por completo, lo quisiera ella o no.

—Cuando te conocí... —Yahto lanzó una mirada de reojo a Phoenix que estaba muy cerca, aunque en ese momento parecía muy interesado por lo que su abuelo le contaba. Exhaló el aire con fuerza y confesó: La verdad es que sentí celos de ti. He estado enamoriscada de Phoenix desde que era una niña.

Tony frunció el ceño al oír aquello, pero al escuchar la segunda parte de la explicación volvió a sonreír.

—Cosas de críos, nada más. —Yahto se encogió de hombros—. Ya ni siquiera tengo ganas

de despellejarte viva cuando os veo juntos. Los celos han desaparecido.

—Pues claro. Celos, qué tontería. —Achu hizo un gesto airoso con la mano—. ¿Cómo vas a sentir celos si Phoenix y yo somos medio...?

En ese momento, Phoenix se volvió hacia ella con una mirada tan amenazadora en los ojos azules, que la cortó en seco y le hizo reformular la frase de otra manera:

—Ejem... Phoenix y yo somos... somos solo buenos amigos.

Phoenix entornó los ojos y dijo con frialdad:

—Por poco.

En ese momento, el abuelo de Yahto se acercó a ellos, cogió el brazo de su nieta con una mano y el de Achu con la otra.

—¿Qué os parece si vamos a celebrarlo? —preguntó, visiblemente encantado de caminar en medio de dos guapas jóvenes—. No sé vosotros, pero yo estoy muerto de hambre. ¿Quien se apunta a comer algo?

Lo cierto era que ninguno había desayunado demasiado esa mañana por culpa de los nervios, así que todos estuvieron de acuerdo en ir a un restaurante cercano. La comida estuvo llena de brindis y carcajadas. Cuando terminaron, se despidieron de Littlefeather y de los otros dos ancianos y se subieron al coche para regresar a casa de Phoenix a recoger sus bártulos.

Yahto y Tony fueron los primeros en marcharse; este iba a aprovechar el fin de semana para enseñarla a bucear y le había prometido a su abuelo que la llevaría de vuelta a la reserva el domingo sin falta. Yahto se abrazó a Achu con fuerza y luego hizo lo mismo con Phoenix. Después fue el turno de Toni de besar a Achu y estrechar con firmeza la mano de su anfitrión, quien decidió que no sería necesario añadir nada más a las poco veladas amenazas que había lanzado su amigo Rudy cuando se enteró de los planes de su nieta. Estaba seguro de que el joven ayudante de Achu cuidaría bien de ella.

Cuando por fin se quedaron los dos a solas, le sorprendió que ella no corriera a hacer el equipaje.

—¿No quieres regresar a San Diego antes de que se haga de noche?

—¿Me estás echando? —Los ojos dorados tenían un irresistible brillo burlón.

Él se encogió de hombros.

—Imagino que estarás deseando volver a tu casa y descansar un poco antes de volver el lunes al trabajo.

—Aún me quedan cinco de los días que pedí. Quiero que me enseñes la reserva, como me prometiste.

Por una vez, Phoenix parecía ligeramente desconcertado.

—Pensaba que como ya ha terminado el juicio...

—Pensabas mal. ¿Un baño antes de cenar?

El corazón de Phoenix empezó a latir a toda velocidad. Tenía ganas de lanzar uno de esos aullidos guerreros con los que sus antepasados helaban la sangre a los infortunados colonos. Sin embargo, compuso su expresión más impenetrable y asintió con la cabeza.

—Iré a ponerme el traje de baño.

Ya en su cuarto, Phoenix apoyó la frente febril contra la hoja de madera de la puerta, buscando su frescor. Los dioses le acababan de conceder un maravilloso e inesperado regalo. Jamás habría imaginado que su Kaya estaría dispuesta a perder a su lado cinco días de su precioso tiempo sin ninguna razón aparente. Inspiró hondo. Bien. Tenía cinco días. Cinco días para soñar que ella podría llegar a amarlo. Cinco días para tratar de desprenderse de su coraza y mostrarle ese íntimo lugar de su ser que siempre había tratado de ocultar a miradas ajenas. Cinco

días, en resumen, para tocar el cielo antes de descender de nuevo a los infiernos y buscar un lugar apartado en el que lamerse las heridas. Porque, en el fondo, no podía engañarse; era del todo imposible que su Kaya se enamorara de un tipo como él.

Azucena

Agotada por la emoción del juicio y el largo baño que nos dimos al llegar a casa de Phoenix, aquella noche dormí como una bendita y a la mañana siguiente me levanté llena de energía.

No sabía por qué, en vez de volverme a San Diego y retomar mi trabajo en el bufete como hubiera sido lo lógico, había decidido aprovechar los cinco días que me quedaban para visitar la reserva en compañía de Phoenix. Lo cierto era que había tomado la decisión sobre la marcha, sin pararme a considerar mis motivos, sin barajar los pros y los contras... en definitiva; sin diseccionar hasta el último detalle como hacía habitualmente. Sin embargo, en cuanto me oí decirle a Phoenix que lo acompañaría a la reserva me di cuenta de que eso era, precisamente, lo que quería hacer.

—Será la curiosidad —me dije en voz alta mientras me lavaba los dientes en el cuarto de baño. En realidad, no tenía ganas de profundizar en mis razones últimas, aunque no era idiota y sabía que la extraña atracción que había entre nosotros no había disminuido en absoluto. No era propio de mí jugar con fuego, pero últimamente hacía tantas cosas que no eran propias de mí que habría sido absurdo preocuparse por una más.

Cuando terminé, volví al dormitorio, cerré la maleta y salí con ella en dirección al salón.

—¿Lista?

Phoenix me esperaba ya allí y me miró de arriba abajo. Al sentir el peso de esos enigmáticos ojos suyos que no trasmitían el menor atisbo de sus pensamientos, me pregunté si no iría demasiado peripuesta con los frescos pantalones blancos, el *top* azul marino de cuello halter y las zapatillas Balenciaga —mis favoritas— que me había puesto esa mañana.

—¿Voy bien? —pregunté insegura.

Él siguió mirándome sin contestar.

—¿Me cambio? Tal vez unos vaqueros y una camiseta...

—¡No!

Fruncí el ceño desconcertada por su brusquedad.

—¿Te pasa algo?

Pero en vez de contestar, Phoenix agarró mi maleta y con un gesto impaciente me indicó que lo siguiera. ¿Le habrían sentado mal los huevos revueltos del desayuno? Lo seguí afuera.

—¿Seguro que quieres conducir tú? —Estaba parado junto al Mercedes.

—Por supuesto que voy a conducir yo. Te recuerdo que gané la carrera que te eché hasta el agua. Además, si conduces tú nos eternizaríamos.

—¿Insinúas que voy muy despacio? —Su tono habría helado las venas del más aguerrido de los mortales pero, a esas alturas, sabía de sobra que hablaba en broma.

Me encogí de hombros contenta de comprobar que, al parecer, ese hombre desconcertante,

que en tan poco tiempo había pasado a ocupar un lugar importante en mi vida, había vuelto a la normalidad.

—No insinúo nada; *afirmo* que conduces como una tortuga reumática después de un ataque de asma. Tu antepasado, Caballo Loco, se revolvería en su tumba si te viera.

—Caballo Loco era *sioux* —dijo al tiempo que cerraba el maletero del Mercedes con un golpe seco—. Seguramente querías decir Gerónimo o Cochise. Ellos sí fueron grandes guerreros *chiricaua*.

Me senté en el asiento del piloto, bajé la capota y las ventanillas y esperé a que Phoenix se atara el cinturón antes de arrancar.

—Esos mismos quería decir —asentí al tiempo que aceleraba, como si me supiera de memoria la lista de ilustres guerreros apaches—. Estoy segura de que no les gustaría enterarse de que uno de sus descendientes es un pusilánime que no pasa de las sesenta millas por hora en autopista.

—Hum.

Lo observé por el rabillo del ojo. Mi copiloto no usaba gafas de sol, por lo que había entornado los párpados para protegerse del brillo del sol. El aire hacía ondear los cabellos oscuros y, aunque yo siempre había pensado que los hombres que llevaban el pelo largo tendían a la dejadez, debía reconocer que con Phoenix esa teoría no solo no se cumplía, sino que la longitud de su pelo acentuaba aún más su innegable atractivo masculino.

Con un suspiro, volví la atención hacia la carretera.

—¿Problemas? —preguntó solícito.

—No exactamente. —No estaba dispuesta a confesar que su aspecto indómito ejercía una poderosa e inexplicable atracción sobre mí.

En cuanto llegamos a la interestatal 10, subí la capota y pisé el acelerador del Mercedes hasta llegar al límite de velocidad marcado en la vía. La reserva estaba cerca del condado de La Paz, en el vecino estado de Arizona, así que teníamos casi cinco horas de viaje por delante. Por suerte, me encantaba conducir y mi acompañante, pese a ser parco en palabras, cuando se lo proponía resultaba uno de los hombres más entretenidos que conocía.

Como buena abogada, soy experta en hacer todo tipo de preguntas, pertinentes e impertinentes, a las que a Phoenix no le quedó más remedio que contestar. Ante mi insistencia, me contó varias anécdotas más —en esta ocasión felices— de su infancia y de su agitada juventud, y un sin fin de leyendas de las tribus *chiricaua* que me dejaron boquiabierta, igual que a una niña a la hora del cuento.

A medida que nos acercábamos a nuestro destino, el paisaje se volvía cada vez más árido. Montañas rocosas de poca altura se entremezclaban con grandes extensiones semidesérticas adornadas aquí y allá por pequeñas manchas verdes, en su mayoría compuestas por arbustos y diferentes variedades de cactus. Ahora entendía la importancia de los recursos hídricos en un lugar como aquel; allí el agua debía ser más valiosa que el oro.

Como si me hubiera leído los pensamientos, en ese momento Phoenix señaló unos sembrados que parecían interminables cuyo color, verde brillante, resaltaba de manera casi incongruente contra el monótono gris del terreno pedregoso.

—¿Ves aquellos campos? Marcan el límite suroeste de la reserva. ¿Entiendes ahora por qué era tan importante que ganásemos el juicio?

—Lo entiendo. ¿Qué habéis plantado?

—Nuestros principales cultivos son el algodón, las lechugas y el heno. Pero ahora, gracias a una empresa israelí sin ánimo de lucro que nos asesora, estamos haciendo experimentos

hidropónicos.

Fruncí el ceño.

—Hidro... ¿qué?

A pesar que no desvié la mirada de la carretera, noté el peso de los inquisitivos ojos azules clavados en mí.

—¿Seguro que quieres que te lo cuente? —Su voz tenía una nota burlona—. Te advierto que es un tema que me entusiasma y cuando empiezo ya no hay quien me pare.

Ahora fui yo la que dije en tono burlón:

—¿Phoenix Yana Torres hablando sin parar? Hasta que no lo vea, no lo creeré.

Por el rabillo del ojo lo vi arquear una de sus expresivas cejas negras.

—¿No? Está bien, ¡tú lo has querido! —Se aclaró la garganta un par de veces y empezó la explicación con el mismo soniquete didáctico de un maestro de escuela—. Los hidropónicos son cultivos en invernadero que crecen sin contacto directo con la tierra, gracias al agua del riego. De este modo, hay un mayor control sobre la producción, generalmente de hortalizas de hoja verde, porque no depende de la calidad de la tierra y es mucho más ecológico, ya que no solo se ahorran agua y fertilizantes, sino que también se utilizan muchos menos pesticidas...

Después de tres minutos de discurso ininterrumpido, le di las gracias y comenté educadamente que ya me hacía una idea; a los cinco le supliqué que por favor cambiara de tema, y a los diez le amenacé con todo tipo de tormentos si no se callaba de una vez. Fue inútil, hasta que no detuve el coche frente a la destartalada casita de madera que Phoenix me indicó, no dejó de torturarme con todo tipo de datos de producción, crecimiento y no sé cuantos rollos más.

—Interesante, ¿no crees? —Me lanzó una de sus raras sonrisas torcidas.

—Jamás había escuchado nada tan apasionante. —El tono de aburrimiento mortal desmentía mi afirmación.

Sin dejar de sonreír, Phoenix se bajó del coche y se apresuró a abrirme la puerta. Uno de esos anticuados gestos galantes, en principio tan ajenos a un hombre que se había criado como él, que me desarmaban por completo.

—Tú te quedarás aquí, en la antigua habitación de Yahto.

—Y ¿qué opina Yahto?

—Ya he hablado con ella. Cuando vuelva se irá unos días a casa de una amiga; la semana que viene le entregan las llaves de una de las nuevas viviendas.

Rudy Littlefeather debía haber oído el ruido del motor y salió a recibirnos.

—Bienvenida a mi humilde morada.

—Muchas gracias por invitarme.

El anciano me acompañó a un diminuto dormitorio en el que no había más que una estrecha cama individual cubierta con un edredón rosa con estampado de *La sirenita* de Disney, un escritorio, una silla de tijera, y una pequeña cómoda. En las paredes aún colgaban los pósters de los ídolos juveniles de una Yahto adolescente.

Phoenix dejó la maleta junto a la cama y lo acompañé afuera.

—Deshaz el equipaje y refréscate un poco. Volveré a buscarte en unos minutos.

—¿Dónde te quedas tú? —pregunté con curiosidad.

—Mi remolque está detrás de esos arbustos —seguí con los ojos la dirección que marcaba su dedo y, a unos trescientos metros, distinguí la parte superior de un destartalado remolque—. Ah, por cierto, será mejor que cambies esos pantalones blancos por unos vaqueros.

—¿Ahora sí?

—Sí, ahora sí. —Luego se inclinó y me susurró al oído—: Tranquila, la de Rudy es de las

pocas viviendas que tienen algo parecido al agua corriente; además, la letrina está dentro de la propia casa.

Me guiño un ojo, burlón, antes de coger la bolsa de deportes en la que llevaba su escaso equipaje y alejarse a largas zancadas. Aquella información no me había dejado demasiado tranquila, y me volví hacia mi anfitrión con una sonrisa vacilante. El señor Littlefeather me tendió un vaso lleno de té helado que acepté agradecida.

—Está delicioso —dije después de bebérmelo casi sin respirar—. Pensaba que no tendría nevera.

—Desde que llegó Phoenix gozamos de algunos de los lujos modernos. —El anciano tomó el vaso vacío, abrió la puerta de malla metálica y me indicó que pasara—. Hace unos años me ayudó a instalar unas placas solares y unos depósitos en los que recojo el agua de lluvia. No es como abrir el grifo en San Diego, pero disponer del agua suficiente para el día a día me ha facilitado mucho la vida.

Deshice la maleta y luego pasé al baño que había al final del pasillo. Por suerte, después de mi paso por la cabaña, estaba más que familiarizada con el uso de las letrinas. Me lavé las manos, procurando no desperdiciar ni una gota de agua.

El señor Littlefeather me esperaba sentado en una vieja mecedora en la habitación de la entrada, que era a la vez cuarto de estar y cocina, y poco después ya charlábamos como viejos amigos.

—¡Kaya! ¡Sal! —El grito de Phoenix nos interrumpió.

Nada más salir, lo primero que vi fue un caballo castaño que mordisqueaba tranquilamente las escasas malas hierbas que crecían en la entrada. Me paré en seco.

—Esto no será lo que estoy pensando...

—Si estás pensando en un caballo, felicitaciones: has acertado de pleno.

—Me dan pánico los caballos.

—Hum —se limitó a decir, al tiempo que cogía las riendas del animal que colgaban hasta el suelo.

A esas alturas, yo ya sabía de sobra lo que significaba esa concisa expresión y me crucé de brazos, decidida a resistirme.

—Yo iré en el Mercedes.

—Por aquí los caminos no están asfaltados.

—He visto que el señor Littlefeather tiene una *pickup* aparcada detrás de la casa.

El aludido intervino con el arrugado semblante impasible aunque, a juzgar por el chisporroteo de los ojos negros, se lo estaba pasando en grande a mi costa.

—Por desgracia, está estropeada. A ver si luego te acuerdas de echarle un vistazo, Phoenix, creo que es el carburador otra vez.

Viejo mentiroso, pensé enfadada. Estaba segura de que al maldito carburador no le pasaba nada.

—Yo ahí no me subo. —Planté las suelas de mis zapatillas en el suelo con más firmeza todavía.

Con una agilidad increíble, Phoenix se subió de un salto a lomos del caballo. Lo acercó a donde yo estaba y me tendió una mano. Di un paso atrás y negué con la cabeza.

—Kaya...

—Ni Kaya ni Kayo. Ni siquiera le has puesto una silla. —Señalé el lomo desnudo del animal, acusadora.

—No la necesitamos.

—¡Habla por ti!

Phoenix se acercó un poco más y me tendió la mano de nuevo.

—Confía en mí.

Cometí el estúpido error de mirarlo a los ojos. Los iris azules tenían un brillo hipnótico y, como impelida por la fuerza de su mirada, puse mi mano en la suya. Phoenix me alzó en el aire como si no pesara ni un gramo y, de repente, me encontré sentada detrás de él, a una escalofriante distancia del suelo. Me aferré a su cintura con todas mis fuerzas y cerré los ojos; estaba segura de que en cuanto el caballo echara andar me caería de cabeza.

Transcurrieron unos segundos eternos, pero no pasó nada. Sin saber muy bien qué hacer ni qué esperar, abrí un ojo. No nos habíamos movido del sitio.

—Phoenix... —susurré en modo tentativo; no quería asustar al animal.

—Kaya... —Él también hablaba en susurros.

—¿A qué esperamos? —dije en el mismo tono.

—No puedo respirar.

Avergonzada, relajé un poco mi abrazo mortal, pero en cuanto el caballo se puso en marcha, volví a aferrarme a él como una anaconda.

—Lo siento —me disculpé, aunque no pensaba aflojar ni un poquito.

—En realidad, me gusta.

La verdad era que a mí también me gustaba sentir los firmes músculos de su espalda contra mi pecho, y decidí que apoyar en ella la mejilla me ayudaría a relajarme un poco más. La tela de la camisa de cuadros, desgastada tras docenas de lavados, era muy suave y aspiré con fruición ese peculiar aroma que era solo suyo, a espacios abiertos y a aventura.

Nos pusimos en marcha a paso lento.

—Ahora iremos más rápido. ¿Preparada?

Mi única respuesta fue apretarme un poco más contra él. Podía sentir el ondular de los músculos bajo su piel cada vez que le daba una orden al caballo y, en segundos, galopábamos lejos de lo que Rudy Littlefeather llamaba el pueblo antiguo —apenas una docena de casitas de madera y un puñado de caravanas— dejando una nube de polvo a nuestro paso.

Al principio, la sensación de velocidad y el golpear de los cascos contra el pedregoso terreno resultaban bastante de aterradores, pero la cercanía de Phoenix y el dominio con el que manejaba al animal —con tan solo leves toques en los flancos del caballo con los talones de los desgastados mocasines de ante que solía calzar—, enseguida hicieron que me olvidara de mis miedos y empecé a disfrutar de la caricia del viento, del agreste paisaje, y del olor picante a hierbas y plantas desconocidas que asaltaba mi nariz a cada rato.

Unos minutos después, Phoenix pronunció una palabra en un idioma desconocido y el animal fue reduciendo la velocidad progresivamente, hasta detenerse por completo frente a varias hileras de casitas de madera.

Con la misma agilidad, Phoenix saltó al suelo, me agarró de la cintura y, sin aparente esfuerzo, me plantó de nuevo en tierra firme.

—Te ha gustado.

No era una pregunta, así que no me sentí obligada a contestar; imagino que mi rostro traicionaba algo del deleite que había sentido durante la cabalgada. Phoenix hizo un nudo a las riendas para que no colgaran y le dio al caballo una palmada en las ancas.

—Y ahora, ¿cómo vamos a regresar? —protesté mientras veía alejarse al animal.

—Hace demasiado calor para que Nakai nos espere aquí. Es mejor que busque el cobijo de una sombra y algo de beber. Ven.

Me agarró de la mano y me llevó hasta la primera hilera de casitas. Eran todas iguales y estaban sin terminar. Entramos en la que estaba más cerca.

—Hmm... —Aspiré con deleite; olía a madera de pino recién cortada.

—Todas tienen la misma distribución: salón con cocina, dos dormitorios, un cuarto de baño y el espacio abuhardillado, que se entrega vacío para que los futuros inquilinos lo utilicen como más les convenga.

»En relación al suministro eléctrico, apostamos por el autoconsumo a través de la instalación de placas solares en el tejado. Respecto al agua corriente, ahora que hemos ganado el juicio podremos empezar con la canalización para el abastecimiento de agua potable casa por casa, además...

Phoenix seguía hablando, pero yo desconecté unos segundos mientras recordaba la casita de muñecas de una de mis mejores amigas de la infancia, con la que pasábamos tardes enteras jugando después de terminar los deberes. Se parecía mucho a esta; todas las habitaciones tenían luz natural y no me costó nada imaginar a una familia viviendo feliz entre esas cuatro paredes.

—Ahora te enseñaré las viviendas de la primera promoción; ya están todas habitadas.

En cuanto salimos, volvió a cogerme de la mano y caminamos medio kilómetro, aproximadamente, por un pedregoso sendero. Allí cada casa estaba pintada de un color distinto, y unas coquetas vallas de madera blanca rodeaban los pequeños jardines de la entrada, en los que cada familia cultivaba sus plantas favoritas.

Una mujer de mediana edad que en ese momento recolectaba los frutos maduros de una tomatara saludó a Phoenix con visible placer.

—¿Es tu novia? —fue lo primero que le preguntó mirándome de arriba abajo con sus ojillos curiosos.

Phoenix lo negó sonriente y me presentó. La mujer nos invitó a sentarnos en el porche, se metió en la casa y volvió enseguida con una jarra de té helado y varios vasos.

Acepté el mío agradecida y di un largo trago; pese a que quedaban pocas horas para que se pusiera el sol, hacía mucho calor. Enseguida llegaron otros vecinos que al ver a Phoenix se sumaron a la reunión. Seguí bebiendo mi té en silencio, escuchando y observando con curiosidad los rostros de las personas que me rodeaban; unos jóvenes y lozanos, otros castigados por la dureza del sol. Había ancianos, jóvenes parejas, mujeres maduras... me sorprendió ver a Phoenix charlar con todos; parecía conocerlos muy bien y, por las preguntas y los comentarios que le hacían, resultaba evidente que era una persona cuya opinión contaba en aquella comunidad.

Noté un leve tirón en la tela de mi *top* y me volví. Dos niñas casi idénticas, con el pelo negro recogido en sendas trenzas que caían a cada lado de las mejillas, morenas y regordetas, me miraban muy serias con sus grandes ojos almendrados. Tenían las manos detrás de la espalda, como si escondieran algo.

—Hola.

Las niñas siguieron mirándome en silencio, así que lo intenté otra vez.

—Hola, me llamo... —vacilé un segundo— me llamo Kaya. ¿Cómo os llamáis vosotras?

—Yoki.

—Maka —dijeron al tiempo.

—¿Vivís aquí?

Se apresuraron a negar con la cabeza y señalaron con una mano una casita pintada de azul con los marcos de las ventanas blancos mientras seguían con la otra detrás de la espalda. Creo que no había visto nunca dos criaturas tan adorables y, de pronto, me invadió un curioso anhelo que no supe a qué atribuir.

—Es una casa preciosa.

Las niñas intercambiaron una rápida mirada y aunque no dijeron una palabra parecieron tomar una decisión.

—Toma. —De nuevo hablaron a la vez, al tiempo que sacaban las manos que tenían escondidas. Al ver el ramito de flores silvestres que apretaba cada una en su diminuto puño, me sentí extrañamente conmovida.

—¿Para mí?

Asintieron en silencio, así que cogí los dos ramos y me los llevé a la nariz. Por fin, una se animó a hablar por su cuenta:

—Eres muy guapa.

—Muchas gracias. Por estas preciosas flores y por el cumplido.

—Nos gusta que seas la chica de Phoenix —añadió la otra.

—Yo no soy...

De pronto, cesaron las conversaciones a mi alrededor y me di cuenta de que todos los que estaban ahí reunidos esperaban con mal disimulado interés a que terminara la frase. Noté que me ponía como un tomate y pedí auxilio a Phoenix con la mirada. Su rostro moreno no traicionaba ninguna emoción, pero algo me decía que estaba disfrutando intensamente de mi incomodidad. Muy serio, se dirigió a las niñas:

—Kaya no es mi chica, es mi *ch'eekeké*.

Las personas que estaban a mi alrededor asintieron sonrientes y reanudaron las conversaciones.

—¿Qué ha dicho? —pregunté a las niñas.

—Que no eres su chica, eres su *ch'eekeké* —repitieron como loros.

—Y ¿eso que significa?

—¡Pues que eres su *ch'eekeké*!

Se encogieron de hombros con ademán impaciente, como si pensaran que yo era especialmente obtusa; así que me vi obligada a contener mi curiosidad. Después de los roces que habíamos tenido Phoenix y yo por aquella delicada cuestión dudaba mucho que la palabra de marras significara «medio hermana».

«Querrá decir amiga, o abogada, o algo así», me dije sin demasiado interés y me olvidé del asunto.

—Sujetádmelos un momento. —Volví a tenderles los ramos.

Solo llevaba un pequeño bolso en bandolera; desde que conocía a Phoenix ya no iba tan preparada para posibles imprevistos como solía, al menos en su compañía. Se lo veía tan a gusto en su propia piel, que proyectaba un aura de seguridad a su alrededor que invitaba a la calma.

Abrí la cremallera, descarté las tijeritas, el espejo, el puntero láser, la barrita energética y saqué el taco de *post-it* de colores que siempre llevaba conmigo por si necesitaba tomar alguna nota. Añadí un bolígrafo azul y otro rojo, y se los tendí.

—En prueba de mi eterna amistad.

Los rostros morenos se iluminaron. Una cogió el taco, la otra los dos bolígrafos, dejaron los ramos en mi regazo y salieron corriendo como si pensaran que fuera a cambiar de opinión en cualquier momento.

Sonriente, volví mi atención a la conversación de los adultos. Un cuarto de hora después, nos despedimos y cada uno se marchó a su casa. Nosotros regresamos sobre nuestros pasos y, al pasar frente a la casita azul, dos pequeñas manos nos dijeron adiós con energía.

—Veo que has hecho un par de nuevas amigas.

Le enseñé los ramos de flores silvestres que llevaba en la mano.

—Son unas niñas encantadoras. Al verlas me han entrado ganas de... —De pronto me di cuenta de lo que estaba a punto de decir y a quién, y me mordí el labio inferior con fuerza.

—¿De...?

—De nada —zanjé la cuestión tajante; no pensaba confesar que me acababa de entrar un aberrante ataque de instinto maternal (a mí, que siempre había pensado que los niños y las mascotas cuanto más lejos mejor), así que cambié corriendo de tema—. ¿Cómo vamos a volver?

Habíamos caminado en dirección a las casas nuevas. No se veía un alma y por allí no pasaba un solo coche.

Phoenix se llevó dos dedos a la boca y emitió un agudo silbido; al instante, se oyó un relincho lejano en respuesta. Pocos minutos después, Nakai apareció a trote ligero y se detuvo junto a nosotros.

—Como en las pelis. —Moví la cabeza admirada.

—Como en las pelis —repitió como un eco burlón antes de agarrarse a las largas crines y subirse al lomo del caballo con su ligereza habitual. Como la otra vez, me tendió una mano para ayudarme.

—Ha sido un día magnífico. —En esta ocasión, me sujeté con delicadeza a la tela de su camisa.

—Mañana seguiremos con el *tour*, pero ahora, si no estás cansada, me gustaría enseñarte algo distinto.

—No estoy cansada.

—Entonces, agárrate.

No tuvo que repetírmelo; me dejé de delicadezas y me aferré de nuevo a su cintura como si en ello me fuera la vida y, después de una gloriosa galopada, Phoenix detuvo el caballo al pie de unas formaciones rocosas que se elevaban sobre el terreno. Se bajó de un salto, pero, esta vez, en vez de ayudarme se quedó junto al caballo y me dio una serie de instrucciones aterradoras.

—Inclínate sobre el lomo, pasa la pierna derecha por encima y déjate caer.

Miré hacia abajo y me entró una risa nerviosa.

—Phoenix, esto está altísimo.

—Confía en mí, Kaya.

—Me voy a matar —dije con voz temblorosa.

—Venga.

Conocía ese tono. Era el mismo que empleó cuando me dijo que hiciera los honores y liberara al conejo de la trampa, o cuando me vi obligada a desplumar las perdices antes de cocinarlas. Pese a los gestos galantes con los que me sorprendía a menudo, Phoenix no era de esos que creían que las mujeres estuviéramos hechas de frágil cristal. Y reconozco que me gustaba, porque yo siempre había disfrutado con los desafíos.

—Está bien. Lo haré. Si me parto un tobillo, caerá sobre tu conciencia; si me parto un brazo, espero que los remordimientos te amarguen la vida; si me...

—Es para hoy —me interrumpió con su habitual falta de empatía.

Apreté los dientes, me incliné sobre el lomo del caballo y me aferré con una mano a las largas crines, como había visto que hacía él. Luego pasé la pierna por encima, conté hasta tres, cerré los ojos y me dejé caer. El impacto contra el suelo no fue tan violento como me había temido. Sin abrir los ojos, hice control de daños.

—No me he roto nada.

—Suenas sorprendida.

—*Estoy sorprendida.*

Me giré y le lancé una mirada desafiante.

—¿Ya soy digna de entrar en el club apache?

—Eso nunca estuvo en duda. —Me agarró de la mano y tiró de mí hacia las rocas—. Vamos o no llegaremos a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

Sin contestar, empezó a trepar y no me quedó más remedio que seguirlo. No era una escalada demasiado difícil. Enseguida nos encaramamos a la cima y, entonces, comprendí a qué se refería. El sol estaba a punto de ponerse y desde ese punto se abarcaba un panorama interminable.

—Ven.

Phoenix abrió las piernas y me senté entre ellas. Esta vez, fue él el que me rodeó con los brazos, algo que agradecí porque la temperatura había bajado bruscamente.

Nos quedamos en silencio mientras el crepúsculo lo iba tiñendo todo de color rosa y las sombras que proyectaban los saguaros, los cactus gigantes, se alargaban lentamente. Una luna casi llena brillaba en lo alto del cielo mientras los delgados jirones de nubes se incendiaban con los últimos rayos del sol. En silencio, Phoenix señaló un punto más abajo, a pocos metros de las rocas, y descubrí que varios perritos de las praderas, muy quietos y erguidos, disfrutaban también del espectáculo.

—Es... increíble —susurré hechizada.

—«Cuando admiro la maravilla de una puesta de sol o la belleza de la luna, mi alma crece para adorar al creador» —susurró en mi oído y, como siempre, sus palabras describieron lo que nos rodeaba mucho mejor que mis insulsos adjetivos.

—¿Keats? —pregunté recostada contra su pecho, sin apartar la vista del impresionante paisaje.

—Mahatma Gandhi.

Nos quedamos hasta que el sol desapareció por completo detrás de la línea del horizonte y luego regresamos a casa.

A la mañana siguiente Phoenix me llevó a ver la escuela. Llegamos justo a la hora del recreo, me presentó a la profesora y los niños se agruparon en torno a nosotros con curiosidad. Una vez más, Phoenix llamó a cada uno por su nombre y bromeó con ellos y, mientras hablaba con la joven maestra. Yoki y Maka, las gemelas que me habían regalado las flores el día anterior, se acercaron a mí. Cada una de ellas entrelazó una de sus manos con las mías y, con aire de propietarias, me fueron presentando al resto de sus compañeros. Luego las niñas, seguidas del resto como una procesión solemne, me llevaron a conocer el aula en la que trabajaban divididos en grupos de distintas edades. La escuela era muy luminosa, los pupitres y las sillas eran nuevos, y las paredes recién pintadas estaban ocupadas por una estantería de buen tamaño llena de libros y coloridos dibujos que habían hecho los alumnos.

La profesora dio unas palmadas y los pequeños se apresuraron a formar por orden de altura. Se hizo el silencio y, a una nueva señal de la maestra, entonaron una canción en un idioma desconocido que me puso los pelos de punta. Tras la actuación, Phoenix y yo aplaudimos con entusiasmo. Por fortuna, en esta ocasión iba bien pertrechada con caramelos que repartí entre los pequeños cantores, lo cual elevó mi popularidad a niveles insospechados. Ahora entendía cómo debía de sentirse la Reina de Inglaterra después de una de sus visitas oficiales, me dije cuando nos despedimos de ellos.

Después de hacer jurar a Phoenix sobre la memoria de todos los guerreros apaches que habían luchado a lo largo de la historia que no me soltaría otra conferencia interminable, visitamos los invernaderos en los que se desarrollaban los nuevos cultivos hidropónicos.

—Es increíble el trabajo que habéis hecho en tan poco tiempo —dije, llena de admiración, cuando nos sentamos a comer una hamburguesa en uno de los dos bares, algo cochambrosos, que había en el pueblo antiguo.

Phoenix había saludado a los parroquianos al entrar y había charlado con varios de ellos unos minutos. Acababan de servirnos las hamburguesas y unos refrescos, cuando se nos acercó un hombre que acababa de salir de los lavabos con evidentes signos de haber bebido más de la cuenta.

—¡Hola, Yana, cuánto tiempo!

El recién llegado era corpulento y llevaba el pelo, largo y descuidado, suelto sobre los hombros. A juzgar por su aspecto, no se había cambiado de ropa en varios días.

—Hola, Nawat, pensaba que seguías en Detroit. —Los ojos azules se posaron en el recién llegado sin traslucir la menor emoción.

El tal Nawat se encogió de hombros.

—No aguanté mucho en ese trabajo, el jefe era un imbécil y la paga apestaba.

Se volvió hacia mí.

—¿No me presentas a esta monada? Sabes, preciosa, Yana y yo fuimos colegas hace muchos

años. Y qué años, eh, tío. —El hombre le dio una palmada en la espalda con más fuerza de la necesaria. Ahora que me fijaba, debía tener la misma edad que Phoenix, pero el blanco de los ojos amarillento y la piel abotargada y sin brillo de su rostro lo hacían parecer mucho mayor—. Aquellos fueron buenos tiempos, preciosa. Antes de que este encontrara a un ricacho y se olvidara de sus viejos amigos.

—Si no te importa, Nawat, vamos a comer. —La expresión de Phoenix seguía siendo impenetrable, y el otro estaba demasiado borracho para darse cuenta de la velada amenaza que subyacía bajo el tono calmado.

—¡No seas aguafiestas, hombre! Déjame sentarme aquí con vosotros, tengo muchas cosas que contarle a esta preciosidad. —Con la mirada fija en mí, frunció los labios en una mueca lasciva que me repelió.

—He dicho que nos dejes tranquilos.

Pese a que Phoenix no levantó la voz, se hizo un silencio profundo en el local y la atención indisimulada del resto de los presentes se concentró en nosotros. En esta ocasión, Nawat sí pareció comprender que la actitud de su interlocutor no era, lo que se dice, amistosa.

—Me iré si me da la gana.

Nawat se llevó una mano a la espalda pero antes de que consiguiera sacar lo que fuera que llevase allí, Phoenix se puso en pie como una centella, lo sujetó con el puño por el cuello de la camisa y, pese a que debía pesar treinta kilos más que él, lo arrastró hasta la entrada y, sin miramientos, lo empujó afuera.

—Date un baño en el arroyo. —Se limitó a decir antes de darse la vuelta, sentarse de nuevo a la mesa y retomar nuestra conversación—. Así que te ha gustado lo que has visto.

Hablaba como si el desagradable episodio no hubiera tenido lugar y ni siquiera se le había acelerado la respiración.

—Ese... —tragué saliva—. Ese hombre es peligroso.

—No creas, Nawat no es un mal tío. En cuanto se le pasen los efectos del alcohol, recuperará la cordura.

Yo no estaba tan convencida.

—¿No lo vas a denunciar a la policía?

—Kaya, podría haber sido yo.

Fruncí el ceño desconcertada.

—¿Tú?

—Nawat era uno de mis compañeros de fechorías; he perdido la cuenta de las veces que ha entrado y salido de la cárcel, bebe demasiado y es incapaz de conservar un empleo—. Se encogió de hombros—. Cuando lo miro solo puedo sentir lástima de él y dar gracias a los dioses por haberme evitado ese destino.

Alargué la mano y la posé en el dorso de la que él tenía apoyada sobre la mesa. Phoenix giró la muñeca y atrapó mis dedos entre los suyos.

—Sé que tú nunca habrías acabado como él —dije convencida—. Hay una veta de bondad innata dentro de ti que te protegerá siempre.

Al oírme, cerró los ojos unos segundos, como si tratara de evitar que yo pudiera leer algo en ellos, luego se llevó mi mano a los labios y dijo con voz ronca:

—Gracias, Kaya.

Por unos instantes nos quedamos así, mirándonos en silencio, hasta que una punzada de intensa emoción me hizo desviar la vista.

—Será mejor que nos concentremos en nuestras hamburguesas antes de que se enfríen —fue

lo único que se me ocurrió decir con fingida animación.



Esa tarde conocí el taller en el que los jóvenes de la reserva aprendían distintos oficios. La niña de los ojos de Phoenix, por así decirlo, porque era evidente que él se veía reflejado en aquellos chicos y chicas que buscaban labrarse un futuro mejor, saliendo de ese círculo vicioso, que hasta entonces había parecido el inevitable destino de los jóvenes de la reserva, de alcohol, vicio y delincuencia.

Por la noche, comimos en una mesita plegable bajo un cielo infinito cuajado de estrellas. Phoenix había invitado al señor Littlefeather y yo había sido su pinche en la diminuta cocina del viejo remolque que él había convertido en una pintoresca vivienda. Los tacos y las mazorcas de maíz estaban exquisitos, y la conversación había fluido animada hasta que el señor Littlefeather y yo —que desde hacía unos minutos no podía contener los bostezos, agotada por las emociones del día— nos despedimos para regresar a la casa. Mientras caminábamos cogidos del brazo con tan solo la luz de la luna de guía, el anciano comentó:

—Yahto llega mañana. Justo a tiempo para ayudar con los preparativos de la ceremonia.

—¿Qué ceremonia? —pregunté con curiosidad.

Carraspeó varias veces, visiblemente incómodo, antes de contestar:

—¿No te ha dicho nada Phoenix?

—No, nada. ¿Era una sorpresa?

El abuelo de Yahto se aclaró la garganta una vez más, así que busqué en mi bolso, encontré uno de los pocos caramelos que habían sobrado de mi paso por la escuela y se lo ofrecí. El señor Littlefeather se detuvo, quitó el envoltorio con parsimonia y lo chupó unos segundos antes de responder:

—Sí, era una sorpresa y me temo que he metido la pata.

—No se preocupe, señor Littlefeather. —Le apreté el brazo cariñosamente—. Le prometo que no diré una palabra. Imagino que es una de esas ceremonias que hacen para los turistas; Phoenix me habló de ellas y la verdad es que no me habría gustado irme de la reserva sin ver una.

—Exacto. Una de esas ceremonias para turistas. Lamento haberte estropeado la sorpresa, espero que puedas perdonar a este viejo tonto.

Sonriente, volví a colgarme de su brazo y echamos a andar de nuevo.

—Tiene mi palabra, señor Littlefeather. Además, le confesaré una cosa: no me gustan nada las sorpresas.

—¿No te gustan las sorpresas? —Soltó una curiosa risa cascada—. En ese caso, harás bien en alejarte del camino de Phoenix.



A la mañana siguiente, el señor Littlefeather y yo desayunábamos en la abarrotada sala en medio de un silencio amistoso, cuando oímos abrirse la puerta de la entrada con brusquedad.

—¡Hola, abuelo! ¡Hola, Kaya! —Yahto apareció como una exhalación, besó a su abuelo en la mejilla y luego, con un gesto que me tomó por sorpresa, hizo lo mismo conmigo, antes de sacar una taza del armario, acercar otra silla y sentarse a la mesa.

Cogí la vieja cafetera y le serví café. Yahto estaba más guapa que nunca y los ojos oscuros brillaban radiantes; al parecer, le había sentado bien el fin de semana de buceo.

—¿Has venido con Tony?

—Sí, me ha traído él. —Yahto dio un mordisco a una de las tostadas y siguió hablando con la boca llena—. Acabo de dejarlo en el remolque de Phoenix. Le he convencido para que se quede esta noche allí y mañana, a primera hora, regresará a San Diego.

—Niña, no se habla con la boca llena —gruñó su abuelo.

—Perdona, abuelo —dijo sin dejar de masticar, y el anciano puso los ojos en blanco.

—Bueno —me levanté y empecé a recoger mi taza—, imaginó que Phoenix debe estar a punto de llegar.

—¿No te lo ha dicho? —Yahto se comió el último trozo de tostada y se levantó también, al tiempo que me miraba con expresión inocente; al instante, supe que ella también estaba en el ajo.

—¿El qué? —pregunté con la misma expresión de inocencia, aunque le guiñé el ojo al señor Littlefeather con disimulo.

—Hoy va a estar muy liado. Me ha dicho que me ocupe de ti. Pasaremos el día con las mujeres, así que en cuanto estés lista nos vamos.

Entre Yahto y yo recogimos el desayuno. Luego fui a lavarme los dientes y entré en mi cuarto a recoger el bolso.

Cuando salí, pillé al señor Littlefeather susurrando algo al oído de su nieta y la vi asentir con expresión traviesa. ¿Qué le estaría diciendo? La verdad era que estaba de lo más intrigada, pero hice como si no supiera nada de la sorpresa que me aguardaba.

—¡Lista!

La mañana transcurrió sin sentir. Nos reunimos en una casa en la que nos esperaban más de media docena de mujeres de todas las edades y no paramos de reír, cotillear e intercambiar recetas —bueno, yo no tenía ninguna para intercambiar, hasta que me acordé de las famosas perdices que había ayudado a preparar en la cabaña y pude aportar mi granito de arena—; en definitiva, me habían aceptado como a una más. Al final, le confesé a Yahto que ya sabía que iba a tomar parte de una de sus ceremonias, pero no pareció que la noticia le contrariara lo más mínimo; solo dijo, muy convencida, que ya que me había enterado sería más fácil hacer los preparativos.

Después de comer y de echarnos una pequeña siesta, una de ellas me dio un masaje relajante. Luego me pintaron con lo que llamaron «harina de maíz sacramental» y me pusieron una túnica bordada con abalorios de colores bastante favorecedora. Me dejaron el pelo suelto sobre los hombros y me lo cepillaron hasta que brilló como ébano bien pulido. Intenté protestar un par de veces; no estaba acostumbrada a que me trataran como a una muñeca a la que vestir y peinar, pero no me hicieron el menor caso y siguieron a lo suyo, sin parar de reír y de charlar, a veces en un idioma desconocido que imaginé que sería alguno de los dialectos apache.

Más tarde, me colgaron varios collares del cuello y cubrieron mis muñecas con docenas de brazaletes de los que colgaban todo tipo de amuletos. Cuando le pregunté a Yahto, me explicó que los hacían con perlas de turquesa, semillas y, a veces, con ciertas raíces de gran dureza. Unos pendientes con coloridas plumas fueron el broche final.

Yahto me miró de arriba abajo.

—Ya estás.

Una de sus amigas me tendió un espejo de mano, en el que me miré con curiosidad. Vaya, me dije, sorprendida. No sabía qué había esperado, pero debía reconocer que tanto los adornos como la túnica bordada me favorecían un montón. Me habían oscurecido las pestañas y parte de los párpados con la punta de un palito que habían quemado con un mechero, y mis ojos resaltaban

contra mi piel morena, más dorados y más rasgados que nunca.

Me volví hacia las mujeres, que contemplaban su obra con expresión satisfecha y les dí las gracias efusivamente.

Yahto se asomó a la ventana y anunció que el sol estaba a punto de ponerse. Se oyeron chillidos nerviosos y una de sus amigas me empujó hacia la puerta sin demasiadas contemplaciones. Al parecer, estaba a punto de dar comienzo la misteriosa ceremonia.

Caminamos en procesión hasta dejar atrás el pueblo antiguo. Un grupo de niños, entre los que reconocí a Maka y Yoki, nos seguían dando saltos a nuestro alrededor y a ellos se les fue uniendo más gente. Enseguida llegamos a un claro decorado con girasoles y mazorcas de maíz, en el que tan solo había un tipi y unas cuantas balas de heno a modo de asientos para el público.

Señalé la tienda piramidal, fascinada, hasta ese momento no había visto ninguna fuera de las películas.

—Es el tipi ceremonial. —Yahto se había sentado a mi lado, para explicarme el ritual—. La entrada está orientada hacia el este. En la cultura apache, el este tiene una gran importancia porque representa el sol, la luna, las estrellas, el día y la noche. Lo primero que ve un apache al despertar es el sol, por lo que es un poco como despertarse con Dios. A lo largo de la ceremonia te darás cuenta que todo tiene un significado.

—¿Los girasoles y el maíz también?

—Los girasoles simbolizan la felicidad y el maíz la renovación. Y ahora: silencio. Va a hablar el *nantan*, el jefe local.

El *nantan* no era otro que Rudy Littlefeather. La verdad es que me costó reconocerlo bajo el impresionante tocado de plumas que le caía casi hasta los pies. Dijo unas palabras en dialecto apache.

—Está pidiendo la bendición de Usen —me susurró Yahto al oído.

Miré a mi alrededor, más de medio centenar de personas ocupaban el resto de las balas de heno y todos los presentes: hombres, mujeres y niños tenían una expresión solemne en los rostros. Entre todo aquel gentío, yo era la única turista o, al menos, el único «rostro pálido» y me enterneció que hubieran hecho semejante despliegue solo para mí. Desde luego, se notaba que Phoenix era un hombre influyente en la reserva.

En cuanto el señor Littlefeather terminó de hablar, se oyó un grito que me heló la sangre y un guerrero indio entró en el claro a galope tendido. Al llegar frente al *nantan*, tiró de las riendas bruscamente. El caballo se detuvo en seco y se alzó con un agudo relincho sobre las patas traseras mientras el jinete levantaba en el aire una lanza decorada con plumas.

Tardé un rato en darme cuenta de que el guerrero no era otro que Phoenix, montado a pelo a lomos de Nakai. Mi mandíbula inferior se descolgó sin control al reparar en los detalles de su atuendo. Llevaba unos pantalones largos de ante y sobre estos, una especie de taparrabos bordado con cuentas de colores. Calzaba unos mocasines de cuero, y parte del pecho desnudo estaba tapado por un pectoral fabricado con lo que parecían huesos y colas de animales. Los cabellos oscuros, sueltos sobre los hombros, estaban coronados con un pequeño tocado de plumas. Era una visión ancestral y magnífica.

De un salto, bajó del caballo y dio dos pasos hacia mí. Yo seguía petrificada, y Yahto me empujó sin disimulo.

—¡Ve con él y haz lo que haga!

Me levanté aturdida, no había pensado que me sacarían en mitad del espectáculo. Jamás me había visto en una igual, no me gustaba ser el centro de atención, pero me dije que, después de las molestias que se habían tomado, no podía negarme a hacer mi parte en el numerito.

Phoenix y yo nos detuvimos delante del *nantan*; no sé por qué, ahora no me salía llamarlo señor Littlefeather. Con los cabellos grises y el rostro atemporal arrugado y castigado por los elementos, era como si le rodeara un aura de eternidad. Tampoco sé por qué, al estar frente a él me embargó una intensa emoción. Puse las palmas hacia arriba, como había hecho Phoenix y, como él, di una vuelta en sentido de las agujas del reloj.

Una vez más, el anciano canturreó en ese idioma ininteligible antes de rociarnos a traición con unos polvos amarillos que me hicieron estornudar. Los presentes aplaudieron con entusiasmo. En ese momento se oyó un chillido por encima de nuestras cabezas y cuando alcé el rostro hacia el cielo, teñido por los últimos rayos de sol, distinguí un águila de considerable tamaño que, después de trazar dos círculos sobre nosotros, se perdió volando en dirección a las montañas.

—Vuelve a tu sitio —ordenó Phoenix en voz baja.

«Bueno», me dije satisfecha. «No ha sido demasiado complicado».

Reprimí el impulso de inclinarme ante el público para agradecerles su ovación y volví a sentarme junto a Yahto.

—¿Qué eran esos polvos? —Estornudé un par de veces más.

—Es polen sagrado. Lo usamos en la mayor parte de nuestras ceremonias.

—Y ¿lo de la vuelta?

—Se hace en honor de los espíritus de las montañas. ¿Has visto el águila? —asentí con la cabeza—. El águila es un pájaro sagrado y nosotros, los miembros de las tribus apaches, creemos que es la reencarnación de nuestros ancestros. Es un augurio inmejorable.

Iba a preguntarle de qué era el águila un augurio inmejorable, pero, en ese preciso momento, saltaron al centro del claro cuatro hombres vestidos con taparrabos y el cuerpo pintado de blanco. Se ocultaban tras unas curiosas máscaras de tela y daba la sensación de que no tenían rostro. Al instante, empezaron a bailar alrededor del claro y el aire se llenó con el sonido metálico de las campanillas que llevaban atadas a la cintura.

—Son los danzarines *gaan*. Representan a los espíritus de las montañas y vienen a traer sus bendiciones a... —se aclaró la garganta con fuerza; dichoso polen— a los apaches. También representan nuestro número sagrado: el cuatro. Según la tradición apache, el creador hizo todas las cosas de cuatro en cuatro; las cuatro estaciones, las cuatro direcciones, las cuatro etapas de la vida y los cuatro clanes de la tribu: el águila, el oso, la mariposa y el correccaminos.

Yo contemplaba el espectáculo, cada vez más fascinada. Después de un par de vueltas más, se detuvieron y se quedaron inmóviles. Entonces sonaron los tambores y Phoenix, que hasta ese momento había permanecido al margen, saltó al centro del claro con la lanza en la mano y ahora fue él quien empezó a dar vueltas en torno al círculo que se había marcado en el terreno, después de miles y miles de ceremonias similares, alternado posturas de defensa y ataque.

—Es la danza de la guerra. Simboliza la valentía del guerrero y su habilidad para proteger a su familia y proporcionarle el sustento.

Pero en esta ocasión, la explicación de Yahto había sido innecesaria. Sin más ayuda que sus gestos y algún que otro grito que ponía los pelos de punta, lo vi cazar un animal gigantesco y abatir a docenas de enemigos invisibles. Los músculos de los brazos morenos ondulaban bajo su piel por la tensión, y el sudor le cubría el rostro y el pecho. En ese momento sentí una emoción a la que no habría sabido dar nombre. ¿Un recuerdo inmemorial? ¿Un instinto atávico? ¿Una

llamada ancestral? Algo en aquella danza hizo aflorar a la mujer primitiva que, sin yo sospecharlo siquiera, seguía habitando en algún rincón de mi cerebro reptiliano. Cuando cesó por fin el golpear de los tambores, Phoenix se detuvo bruscamente, se volvió hacia mí y sus ojos hambrientos me atraparón. Dejé de respirar y, en un fugaz instante de clarividencia, supe que aquella noche, que se había cernido sobre nosotros casi de improviso, la relación entre ambos no volvería a ser la misma.

El resto de la velada transcurrió como en sueños. Se encendieron docenas de antorchas y una gran hoguera, bailé, comí y bebí. Charlé con un montón de gente, me reí a carcajadas, pero en todo momento fui consciente de la luz fiera de esos ojos azules que no se apartaban de mí ni un segundo.

Mucho más tarde, la hoguera y las antorchas apagadas humeaban. Solo quedábamos en el claro Phoenix y yo y, como único testigo, la luna llena que brillaba en lo alto, añadiendo a todos los objetos un reborde de plata.

En silencio, Phoenix me tendió una mano y, como si estuviera en trance, yo la cogí y dejé que me llevara hacia el tipi. Retiró el trozo de tela que hacía las veces de puerta y, con un gesto, me invitó a entrar. El interior olía a humo y a hierbas, y era más amplio de lo que parecía desde fuera. Phoenix cogió una lámpara de aceite y la encendió antes de dejar caer de nuevo la tela. Entonces el mundo exterior desapareció; tan solo éramos él y yo solos en aquella pequeña tienda. Tragué saliva.

Phoenix extendió varias mantas, una encima de otra, de un montón que alguien había dejado allí, hasta formar algo similar a una cama. Cuando se sintió satisfecho, se volvió de nuevo hacia mí y puso las manos sobre mis hombros.

Sin pronunciar una palabra, me miró fijamente a los ojos y entendí su muda pregunta como si la hubiera formulado en voz alta: «¿Estás segura de querer seguir con esto?». No, no estaba segura en absoluto; por lo general, tomar una decisión de ese calibre me habría llevado días, incluso semanas, y la elaboración de media docena de listas. Sin embargo no lo dudé y asentí en silencio.

Le oí exhalar un profundo suspiro y, con una delicadeza insospechada en un hombre que acababa de bailar como un salvaje ante sus dioses paganos, empezó a quitarme los adornos pieza a pieza. Primero hizo a un lado los brazaletes, luego los collares, por último los pendientes. Los dejó en el suelo con cuidado y concentró su atención en los lazos que sujetaban el vestido en su sitio. Uno a uno los fue soltando y, cuando desató el último, el vestido blanco cayó a mis pies.

No traté de cubrirme, pese a que solo llevaba puesta la parte inferior de uno de mis conjuntos de La Perla, como me había dicho la mujer que me ayudó a vestirme. Los ojos azules me recorrieron dejando una estela de calor a su paso, y yo que siempre había tenido ciertas inseguridades con mi propia desnudez me sentí poderosa. Era mi turno de ayudarlo a desvestirse, pero no sabía cómo se quitaba esa especie de peto que le cubría el pecho, así que me limité a apoyar las manos sobre sus costados. Un violento escalofrío lo recorrió, y tuve la sensación de que su piel ardía bajo las yemas de mis dedos. Despacio, Phoenix se llevó las manos detrás de la nuca y, tras unos segundos, consiguió desatar el extraño adorno y lo dejó caer encima de los míos.

Ahora ambos estábamos, frente a frente, desnudos de cintura para arriba. La luz vacilante de la lámpara creaba reflejos y sombras en los rasgos afilados y en los duros planos de su pecho. Y, una vez más, su belleza masculina me conmovió casi hasta las lágrimas.

—Kaya...

Fue la primera y última palabra que pronunció con voz muy ronca, antes de inclinarse sobre mí y atrapar mi boca con la suya. En ese momento comprendí cuánto había deseado que volviera a besarme. Sus besos eran suaves y dominantes a un tiempo, y mis labios se adaptaron a los suyos

como si hubieran estado predestinados a unirse desde los albores de la humanidad.

Durante un buen rato, no hicimos otra cosa que besarnos. Aparte de nuestras bocas, nuestro único punto de contacto eran las palmas de mis manos en sus costados y las suyas alrededor de mi cintura. Sin embargo, estaba en llamas.

Phoenix apartó la boca de la mía, se bajó los pantalones y se los quitó con un rápido movimiento. Entonces, se irguió frente a mí en toda su gloriosa desnudez como un Adán orgulloso en el Paraíso, me cogió de la mano y me llevó hasta el improvisado lecho. Despacio, me ayudó a tenderme sobre las mantas y él se arrodilló junto a mí. Con increíble delicadeza, extendió mi pelo a los lados de mis pechos desnudos, rozándolos apenas con el dorso de sus dedos, y tuve que morderme los labios para sofocar un gemido. Sin más ayuda que el fuego azul de sus ojos, que se deslizaban abrasadores por todos los rincones de mi cuerpo, el incendio, sofocado apenas unos segundos antes, se descontroló por completo.

Incapaz de resistirlo más, extendí los brazos hacia él en una muda súplica. Esbozó una sonrisa fugaz y un relámpago de dientes blancos destelló en la penumbra. Se agachó un poco más, enganchó los dedos en la cinturilla de mi ropa interior y fue deslizándola por mis piernas despacio, muy despacio, hasta sacármelas por los pies. Entonces Phoenix, como si de pronto se hubiera quedado sin fuerzas, apoyó la mejilla en el hueco de mis piernas y se quedó completamente inmóvil. Me quedé sin aliento. Estuvo varios minutos sin moverse, como si estuviera escuchando el latir de la Madre Tierra en mi vientre mientras que yo, con los dedos enredados en el sedoso pelo negro que acariciaba mis muslos, caí en un extraño duermevela y tuve una especie de sueño, poblado de caras y risas infantiles. La visión, que debía de haber durado tan solo unos segundos, se desvaneció en cuanto Phoenix levantó la cabeza y, centímetro a centímetro, fue salpicando de besos una línea imaginaria que subía desde mi ombligo hasta mi garganta.

Despacio, muy despacio, como ocurría todo en esa noche llena de magia, se tendió sobre mí, hasta que todas las partes de nuestros cuerpos estuvieron en contacto. Podía sentir su miembro rígido pegado a mi estómago y, sin poder resistirme, le acaricié las nalgas, regodeándome en la dureza de esos músculos bien tonificados.

En respuesta, Phoenix atrapó uno de mis pechos con su boca y, cegada por la pasión, me arqueé contra él mientras un gemido se escapaba de mi garganta. Manos, labios, lenguas... vista, olfato, gusto... todos los medios y todos los sentidos a nuestro alcance entraron en juego durante esos largos minutos, congelados en el tiempo, para conocernos y reconocernos.

Por fin, cuando las llamas alcanzaron tal altura que su calor apenas me permitía pensar, Phoenix se puso un preservativo y, poco a poco, se introdujo en mi interior hasta llenarme del todo. En un baile lento y sensual que yo nunca había bailado con nadie más, se movió dentro de mí con un ritmo marcado que me hizo vibrar más y más hasta que un orgasmo brutal, como nada que hubiera experimentado antes, me elevó por encima del universo. Aturdida tras aquella increíble explosión, me aferré a él con brazos y piernas mientras sentía contra mi piel los violentos estremecimientos que sacudían el cuerpo de Phoenix.

Cuando todo terminó solo pude darle, sudorosa y sin fuerzas, un último beso en la boca antes de quedarme profundamente dormida.

Creo que fue el canto de los pájaros lo que me despertó a la mañana siguiente. La luz del amanecer se filtraba en el interior del tipi y, cuando abrí los párpados, lo primero que vi fueron los espléndidos ojos azules clavados en mí. Phoenix estaba tendido de costado a mi lado, con la cabeza apoyada en la mano.

—Buenos días —susurré sonriente.

—Buenos días —respondió muy serio, sin dejar de mirarme con fijeza. Entonces, extendió la mano, posó la palma en mi mejilla y me rozó el pómulo con el pulgar. Sin dejar de acariciarme, empezó a recitar unos versos con esa voz increíblemente grave que tenía, que me erizó el vello de los brazos:

*Ahora no sentirás la lluvia
Porque uno es el refugio del otro.
Ahora no sentirás el frío
Porque uno es calor para el otro.
Ahora no hay más soledad
Porque uno es el compañero del otro.
Ahora somos dos cuerpos
Pero hay una sola vida por delante.
Vayamos a nuestra morada
Para entrar en los días de nuestra unión
Y que nuestros días sean buenos y largos sobre la Tierra.*

Se hizo un profundo silencio.

—Es... —susurré al fin, pero no tenía palabras para explicar hasta qué punto me sentía conmovida.

—Se trata de la llamada *Bendición y oración de las bodas apaches*. En realidad, es la reelaboración de un poema de Elliott Arnold que se hizo famoso porque sale en una escena de *Flecha rota*, un *western* de los años cincuenta.

Pero yo ya no lo oía. Era como si estuviera sumergida debajo del agua; sus palabras eran tan solo un sonido lejano, ahogado por el rumor sordo que atronaba en mis oídos. Me incorporé de golpe, ¡cómo podía haber sido tan estúpida!

—¡No fue una ceremonia para turistas! —Lo miré asustada.

La noche anterior me había sentido tan fascinada por todos y cada uno de los detalles de aquel exótico y misterioso ritual que no había sido capaz de ver lo que estaba justo delante de mis narices. Precisamente yo, que me enorgullecía de ser una persona a la que no se le escapaba nada. ¡Estúpida, más que estúpida!

Al instante, todo rastro de calidez desapareció de los ojos azules, y el rostro moreno adoptó su acostumbrado hermetismo.

—No.

Cerré el puño en torno a la manta con la que trataba de preservar cierto recato hasta que se me pusieron los nudillos blancos.

—¿Estoy...? ¿Estamos...? —Aunque en el fondo de mi ser sabía la respuesta, aún no podía creerlo—. ¿De verdad estamos casados?

Phoenix se había sentado frente a mí con las piernas cruzadas. Él, en cambio, no se había tomado la molestia de cubrirse y, sin poder resistir un minuto más la visión de ese magnífico cuerpo desnudo, lo tapé yo misma con un extremo de la manta

—No. No lo estamos —dijo lacónico.

—¿Me estás diciendo que lo de ayer no fue una ceremonia nupcial? —pregunté incrédula.

—No.

—Entonces, no fue una boda... —Profundamente aliviada, esboqué una sonrisa trémula mientras me regañaba por dejarme llevar por la imaginación. Sin embargo, la inquietud que sentía no desapareció.

Phoenix se encogió de hombros.

—No, no te estoy diciendo que lo de ayer no fuera una ceremonia nupcial.

Harta de que jugara a confundirme con las palabras, lo miré acusadora.

—Dime la verdad, ¿estamos o no estamos casados?

—Para que la boda fuera legal, necesitaríamos un ministro o, en tu caso, un sacerdote católico.

—Entonces no estamos casados. —Me llevé la otra mano al pecho y noté el acelerado latir de mi corazón.

—Hum.

Algo en su expresión o, más bien, en su falta de ella, hizo sonar las alarmas una vez más. Así bien, en su falta de ella, hizo sonar las alarmas una vez más.

—Para ti la ceremonia ha sido válida... —No fue una pregunta.

Phoenix volvió a encogerse de hombros, pero no lo negó.

—No lo entiendo. —Moví la cabeza, cada vez más confusa—. ¿Pretendes hacerme creer que en el futuro no vas a pensar en el matrimonio porque consideras que esta ceremonia es válida?

Asintió una sola vez.

—No —negué con la cabeza—. No me lo creo. Estoy segura de que en unos años conocerás a una mujer de tu agrado y te casarás con ella.

—Kaya, yo ya estoy casado. Tú eres mi *ch'eekekéé*. Mi mujer. —El tono rotundo que empleó no admitía dudas sobre su sinceridad.

—Pero ¡no es cierto! —Estaba tan enfadada que lo empujé con la palma de la mano, pero su pecho no se movió ni un milímetro—. ¡Yo no me siento casada, nadie me ha preguntado mi opinión! Imagino que, después de lo de Luke, tardaré unos años, pero no descarto contraer matrimonio en el futuro. Sin embargo, no podría soportar la idea de saber que, en algún lugar del mundo hay un hombre que piensa que ya estoy casada con él; que piensa que es mi marido. Sería como... como cometer bigamia.

—Entonces no vuelvas a casarte.

—Pero quiero casarme. De repente, me han entrado ganas de tener hi...

Me detuve en el acto y apreté los labios, pero fue demasiado tarde.

—Tendríamos unos hijos magníficos, Kaya. —Los rasgos severos se habían suavizado, y no

pude reprimir un escalofrío al sentir de nuevo el calor y la ternura de su mirada.

—¡No digas tonterías!

Una vez más, un velo cubrió sus ojos y ya no pude leer ninguna emoción en ellos.

Miré a mi alrededor, frenética, y vi el vestido blanco doblado con cuidado junto a los adornos. Estiré el brazo y lo cogí.

—Esto me pasa por dejarme llevar —balbucí mientras me lo ponía por la cabeza; tenía que marcharme de allí cuanto antes, si no, empezaría a gritar—. Por eso me gusta tenerlo todo bajo control; en cuanto te descuidas, pasan cosas... cosas incontrolables, cosas imposibles. Cosas que te cambian la vida que.... que...

Me levanté y busqué los mocasines del día anterior, sin dejar de farfullar frases sin sentido.

—Mucha ceremonia india, mucho «espíritus de la montaña», mucho Usen por aquí, mucho polen sagrado por allá... —Encontré uno de ellos y busqué el otro sin dejar de saltar a la pata coja—. Y yo voy y caigo como una idiota, creyendo... creyendo...

Me volví hacia él con los brazos en jarras. Phoenix seguía sentado en el mismo sitio, tan inmóvil como una estatua de Buda.

—¡Creía que podía confiar en ti! Y vas... y vas...

Encontré el otro zapato debajo de sus pantalones y me lo puse. También encontré mis bragas y las apreté en el puño. Tenía ganas de llorar. ¿Cómo era posible que algo tan maravilloso se hubiera convertido en una pesadilla?

—Por favor, devuelve los adornos a las amigas de Yahto y dales las gracias de mi parte una vez más. Dejaré el vestido y los zapatos en casa del señor Littlefeather.

Por fin, lo vi ponerse en pie para coger los pantalones y ponérselos con un rápido movimiento. Adiviné que pretendía acompañarme, pero lo detuve con un gesto.

—Si no te importa, regresaré sola a San Diego. Tony vuelve hoy también, puede dejarte en San Clemente, no creo que le importe dar un pequeño rodeo.

Levanté la tela que hacía las veces de puerta para marcharme.

—Kaya...

—¿Qué? —Ni siquiera me volví a mirarlo.

—Te quiero.

No sé qué pensaba que diría, pero, desde luego, no esperaba semejante confesión. Noté que me costaba respirar; mi cabeza era un torbellino y la multitud de emociones contradictorias que luchaban en mi interior estaban a punto de volverme loca.

—Tengo... Tengo... Necesito pensar —dije antes de salir y alejarme a paso ligero, sujetando el vestido sin atar con una mano para que no se me resbalara de los hombros.



Por suerte, era aún muy temprano y solo me crucé con un par de perros vagabundos que peleaban por un hueso polvoriento. Entré en la casa del señor Littlefeather sin hacer ruido, todo estaba en silencio e imaginé que después de la celebración de la noche anterior seguiría dormido. De puntillas, fui al dormitorio de Yahto, me cambié, dejé el vestido bien doblado sobre la cama y recogí mis cosas.

Me daba vergüenza marcharme sin despedirme, sin agradecer la hospitalidad de Rudy Littlefeather como merecía, pero no me sentía capaz de mirarlo a la cara y que pudiera leer en mis ojos...

Lo cierto era que no sabía qué podría leer en mis ojos cuando ni yo misma tenía claro qué era lo que pasaba por mi cabeza. Garabateé una nota de agradecimiento a toda prisa y la dejé en la mesa, junto con una preciosa pipa de madera delicadamente tallada que le había comprado en la tienda de artesanía y una bolsa llena de su tabaco favorito.

Cargué el equipaje en el Mercedes y me alejé de allí a toda velocidad, aunque, por mucho que corrí, no pude dejar atrás mis confusos sentimientos.



Habían pasado seis semanas y cuatro días desde entonces. Me volqué en el trabajo, y White y McKenzie, los dos socios principales de White, McKenzie & Newman —este último se había jubilado hacía unos meses— me prometieron que sería socia de pleno derecho antes de que acabara el año. La noticia de que por fin iba a recibir el premio por el que había trabajado como una esclava los últimos cuatro años me dejó fría. Era como si hubiera perdido la capacidad de emocionarme. Hasta mi madre notó que me pasaba algo las pocas veces que nos vimos en ese periodo de tiempo, pero, cuando me preguntó, achaqué todos mis males al exceso de trabajo. No podía hablar de Phoenix ni siquiera con ella.

—No puedes seguir así —me dije por fin la enésima noche de viernes que, tumbada en pijama en el sofá del salón, rodeada de pequeños montones de documentos, repasaba los asuntos pendientes.

Después de darle mil vueltas había llegado a varias conclusiones bastante aterradoras: una, el trabajo no me llenaba como antes; dos, ser socia del bufete ya no me parecía tan importante; tres, añoraba mis conversaciones con Phoenix; cuatro, añoraba su presencia a mi lado; cinco, añoraba el calor de su cuerpo junto al mío, dentro del mío. Seis, y la más aterradora de todas, no podía seguir engañándome: estaba locamente enamorada de él.

Phoenix

Phoenix salió del agua, y con un movimiento impaciente de cabeza se apartó el pelo empapado de la cara. Soplabla una brisa fresca, por lo que, pese a ser sábado, la playa estaba desierta. Desnudo, caminó hasta donde había dejado la toalla y se la enrolló en las caderas.

Aún era temprano, así que lo más probable era que consiguiese terminar la maqueta que tenía entre manos antes de la hora de comer. En las últimas seis semanas y pico se había volcado en el trabajo. Por fortuna, los encargos no dejaban de llegar y, gracias a ello, al menos durante el día tenía la mente ocupada en algo que no fuese Kaya.

Al final, no había regresado con Tony a San Clemente. En cuanto vio la polvareda que levantaba el Mercedes al alejarse a toda prisa de la reserva, regresó a su remolque, se puso la primera camisa que encontró y se dirigió al pequeño establo en el que, por un módico precio, el dueño se ocupaba de cuidar a Nakai en su ausencia. Pasó una brida por la cabeza del caballo, se subió al lomo desnudo de un salto y partió al galope.

El resto del día lo pasó a lomos de Nakai y solo se detuvo para darse un baño en la pequeña laguna, poco frecuentada por los habitantes de la reserva, que se formaba en el tramo más alto del arroyo. Ya era noche cerrada cuando, después de atender a las necesidades del sudoroso animal, se alejó del establo y se encaminó a casa de Rudy Littlefeather.

Encontró al anciano sentado en el pequeño porche, con los pies apoyados en la barandilla y dando profundas caladas a su pipa. Sin decir una palabra, Phoenix sacó otra silla del interior de la vivienda y se sentó junto a su amigo. En silencio, contemplaron las estrellas y las serpenteantes columnas de humo que el anciano lanzaba al frío aire de la noche después de cada calada.

—No resultó. —dijo Rudy por fin. No era una pregunta.

—No.

—Te dije que debías hablarlo primero con ella.

—Eso dijiste. —Los ojos de Phoenix no se apartaban de la bóveda celeste.

—Es una gran mujer.

—Sí.

—Pero independiente, como mi nieta. Antes era más fácil... —Littlefeather asintió con la cabeza, al tiempo que daba otra calada—. Tú le decías a una mujer lo que tenía que hacer y lo hacía. Ahora son ellas las que deciden. Son otros tiempos.

—Lo son.

De nuevo se hizo el silencio solo interrumpido por el chirrido de los grillos y el sobrecogedor aullido de un coyote solitario y, una vez más, fue el anciano el que lo rompió al cabo de un rato.

—Mi nieta me ha hecho la cena y ha sobrado un poco.

—No tengo hambre.

Rudy aspiró profundamente y exhaló el humo muy despacio.

—Una buena pipa —golpeó la cazoleta con un dedo con expresión satisfecha—. Tu Kaya ha elegido bien. Es una mujer inteligente. Estoy impaciente por conocer a vuestros hijos.

Esta vez, Phoenix giró la cabeza y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué hijos? No habrá ningún hijo.

—Qué sabrás tú lo que está en la mente de Usen.

—Tú sí lo sabes, claro —dijo sarcástico.

—Te recuerdo que desciendo de una poderosa línea de chamanes. Los jóvenes despreciáis las antiguas tradiciones, pero los sueños siguen siendo potentes líneas de comunicación con los dioses.

—Y ¿qué has soñado, si puede saberse?

—Eso es entre Usen y yo.

Irritado, Phoenix echó la silla hacia atrás con brusquedad. Se levantó, la metió dentro y se despidió con un:

—Buenas noches, viejo fantasioso.

La risa cascada de Rudy Littlefeather lo siguió hasta el remolque.

Pero ahora no era el momento de pensar en eso, se dijo Phoenix, impaciente, volviendo al presente. Bastante tenía con las noches. Noches interminables en las que no paraba de dar vueltas y más vueltas en la cama mientras su mente, como un cine de sesión continua, se recreaba en esos momentos de increíble pasión que habían compartido.

—Será mejor que te centres en el trabajo y te dejes de sueños imposibles —dijo en voz alta.

Poco antes de llegar al porche, el rasgueo ahogado de una guitarra lo hizo detenerse en seco. Por encima del ruido de las olas, distinguió los acordes de *How am I supposed to live without you?*, de Michael Bolton; una canción que, antes de su reencuentro con Lili, su padre solía tocar a menudo con una curiosa expresión de melancolía en el rostro.

Frunció el ceño. Después de volver de la reserva, había quedado a comer un par de veces con su padre y su flamante mujer; aunque no había sido capaz de repetir la experiencia una tercera vez. Ver a Jamie y a Lili juntos era una tortura cruel. El modo que tenía cada uno de terminar las frases del otro y las risas que seguían al caer ambos en la cuenta de lo grimoso que resultaba, o cómo se buscaban continuamente con la mirada, aprovechando cualquier excusa para rozarse, como si no soportaran estar alejados el uno del otro ni un solo segundo...

Esa complicidad, esa indisimulable felicidad, le resultaban insoportables porque le hacían ser especialmente consciente de todo lo que él nunca compartiría ya con Kaya. Y, aunque se alegraba en el alma por ellos, en especial por su padre, que había estado muy perdido durante años, a su lado había experimentado por primera vez esa desagradable e intensa emoción llamada envidia. Pero ese sábado, pese a que su padre había insistido en que debían verse de nuevo, que él recordara, no habían quedado en nada. En ese momento, llegó a sus oídos una voz inconfundiblemente femenina, que conocía demasiado bien.

Kaya. Su corazón perdió un latido.

Nunca antes la había oído cantar y, fascinado por la profunda emoción que era capaz de hacer vibrar en cada nota, subió los escalones de madera sin hacer ruido. Con cuidado, temeroso de estar siendo víctima de una alucinación, se asomó al salón y allí estaba ella, la mujer con la que había soñado mil veces dormido y despierto desde la primera vez que la vio, con los ojos entornados y la melena oscura cayendo a un lado del precioso rostro, absorta por completo en la melancólica melodía. La contempló embelesado hasta que la canción llegó a su fin.

—No sabía que fueras capaz de cantar así.

Achu dio un bote en el asiento, y las cuerdas de la guitarra emitieron un quejido discordante.

—¡Phoenix! —Se llevó una mano al corazón con su gesto habitual y lo regañó furiosa—: ¿Cuántas veces tengo que decirte que no me des estos sustos?

El aludido se recostó contra el marco de la puerta-ventana y se cruzó de brazos sin dejar de mirarla.

—Lo siento. —Una vez más, su rostro se había convertido en una máscara impenetrable.

—Perdona que me presente así, sin avisar. —Achu hablaba a toda prisa; se notaba que estaba nerviosa—. He visto la guitarra en un rincón y no he podido resistirme. Yo tampoco sabía que tocabas la guitarra.

—No lo hago.

—Ah. Ya veo. Yo... bueno. —Era evidente que la falta de efusión de su interlocutor no contribuía a hacerla sentirse a gusto y, visiblemente incómoda, volvió a guardar la guitarra en la funda y se levantó para dejarla en su sitio—. Quizá... Quizá será mejor que me vaya.

—Es una vieja guitarra de Jamie. Antes venía de vez en cuando y se quedaba el fin de semana. Hubo un tiempo en que intentó enseñarme a tocarla, pero, finalmente, me dio por imposible.

—Ah. Ya veo —repitió y, una vez más, empezó a hablar a toda prisa—. A mí me gusta mucho tocar y, también canto un poquito, aunque últimamente no he practicado demasiado, la verdad sea dicha.

—Mucho trabajo, imagino.

—Sí. —Se encogió de hombros—. Además Luke tampoco era un gran amante de la música y, al final, entre unas cosas y otras, lo vas dejando de lado.

Nada en el rostro de Phoenix indicó el furioso ataque de celos que le produjo aquella referencia distraída a su exnovio.

—¿Sigues viéndolo?

—¿A quién? —preguntó desconcertada.

—A Luke.

—Ah. Sí, lo veo de vez en cuando en el bufete. —Pese a su tono indiferente, su respuesta hizo que la rabia que bullía en el pecho masculino, alcanzase una temperatura alarmante.

—¿Vais a volver?

—¿A volver? ¿Con Luke? —Lo miró como si no entendiera nada, pero, al parecer, Phoenix era incapaz de dejar de meter el dedo en su propia llaga.

—Deberías. Te conviene. Será el marido perfecto. —Una punzada dolorosa, causada por sus propias palabras, le atravesó el corazón.

—¿Luke? ¿El marido perfecto? Estás de broma, ¿no? —Lo miró con gesto preocupado y dio un paso hacia él, pero se detuvo vacilante—. ¿Te pasa algo Phoenix? Te noto raro.

—No. Nada.

—Yo... En realidad... He venido por... —Parecía que estuviera buscando alguna pista en su rostro, pero Phoenix estaba demasiado concentrado en dominar el impulso, apenas controlable, de abrazarla y besarla con furia, por lo que su aspecto resultaba más hermético que de costumbre.

Achu inspiró con fuerza y dijo por fin:

—Estas últimas semanas he hecho un montón de listas, ¿sabes?

Al oír aquello, la comisura derecha de la boca de Phoenix se alzó apenas unos milímetros. Podía imaginarla perfectamente haciendo listas interminables sobre los «pros» y los «contras» de tener una relación con él.

—Hum —fue toda su contestación.

Sin embargo, ese signo de ablandamiento apenas perceptible debía haberla envalentonado, porque Achu siguió hablando con una voz más firme:

—Cientos y cientos.

Phoenix enarcó las cejas como si estuviera vagamente interesado y, al verlo, ella resopló con fastidio.

—Veo que no me lo vas a poner fácil.

—No.

De nuevo, Achu inspiró profundamente antes de empezar a explicar por qué había ido a verlo:

—Estaba confundida. —Movi6 la cabeza, como si todavía le costara entender ciertas cosas —. Hace solo unos meses que lo he dejado con Luke; ya teníamos planes de boda. En aquella ocasi6n tambi6n había hecho un mont6n de listas, pero tampoco me sirvieron de nada. Luego te conocí a ti, alguien como de la familia...

—Kaya... —la interrumpió amenazador, pero ella levantó las manos en un gesto tranquilizador.

—No iba a decirlo. ¡Te juro que esta vez no iba a decirlo!

—Más te vale. Estabas confundida, sigue.

—Eso iba a hacer, no hace falta que seas tan borde. —Achu alzó los ojos al techo con cara de mártir—. En fin, la cosa es que es terrible que una mujer de mi edad no sepa lo que quiere, y más una mujer como yo que siempre ha diseñado al milímetro el rumbo de su vida.

—Se llaman imprevistos.

—Sí, claro, un imprevisto de más de un metro y ochenta y cinco centímetros, que casi nunca sé lo que está pensando y que es tan distinto a mí como el día de la noche. Imprevisto con mayúscula —dijo agitando mucho las manos.

—Dilo.

Achu se cruzó de brazos, imitando su gesto, y lo miró desafiante.

—No. Estás siendo muy antipático.

Phoenix no movió una pestaña.

—Dilo.

Una vez más, ella resopló malhumorada.

—¡Está bien! ¡Está bien! —Volvió a inspirar con fuerza y, con una mirada furiosa lo dijo por fin—: ¡Te quiero, Phoenix Yana Torres! ¿Ya estás satisfecho?

Los labios finos y algo crueles del aludido se distendieron en una lenta sonrisa que pareció iluminar la habitación.

—Solo estaré satisfecho cuando me lo repitas mil veces cada día.

—¿Solo mil?

—Con eso me conformo. —Y con una voz llena de ternura añadió—: Me juego lo que sea a que la lista de los «contras» era mucho más larga.

—Infinita —respondió ella con una sonrisa temblorosa.

—Kaya... —le tendió la mano y Achu posó la suya sobre su palma; de inmediato, los largos dedos morenos se cerraron en torno a los suyos—, ¿qué te parecería hacer oficial nuestra boda casándonos de nuevo en la misma misión donde lo hicieron nuestro padre y tu madre?

Los ojos dorados tenían el brillo de las lágrimas; sin embargo, respondió con una calma admirable:

—Creo que es una gran idea, pero... —Se soltó de su mano.

Por una vez, el semblante masculino traicionó una viva alarma.

—¿Pero...?

Achu se acercó hasta que sus cuerpos se tocaron, entonces se puso de puntillas, sujetó el rostro de Phoenix entre las manos, lo obligó a bajar la cabeza y, con los labios pegados a los suyos, dijo en un susurro provocativo:

—Pero creo que, por ahora, eso puede esperar... —Y bajando mucho la voz añadió—: Tenías razón, amor mío, a tu lado he aprendido a vivir.

¡Gracias!

¡Gracias por leer *Mil “tequieros”*, espero que hayas disfrutado!

¿Quieres saber cuándo saldrá mi próximo libro?

Puedes suscribirte a mi Newsletter en www.isabelkeats.com (solo te enviaré información sobre futuros lanzamientos), seguirme en twitter [@IsabelKeats](https://twitter.com/IsabelKeats) o dar «Me gusta» en mi página de [Facebook](https://www.facebook.com/IsabelKeats).

Las opiniones son muy útiles para ayudar a otros lectores a encontrar mis libros.

Agradezco todo tipo de opiniones, tanto positivas como negativas.

Mis otras novelas son:

El protector
Algo más que vecinos
Empezar de nuevo
Abraza mi oscuridad
Vacaciones al amor
Nada más verte
Cuéntaselo a otra
Te quiero, baby
Te odio, pero bésame
Un bonsái en la Toscana
Mi tramposa favorita
Escrito en mis sueños
Escrito en las estrellas
Me vuelves loco
Los príncipes solo viven en los cuentos
El sol sale por el Oeste
Mil campanas

Mis relatos:
Patas de alambre
Nunca es tarde

¡Espero que los disfrutes también!

Sinopsis de algunas de mis otras novelas

El sol sale por el Oeste

Aisha Brooks lleva más de tres años en los que, más que vivir, sobrevive amargada. El accidente de tráfico que la obligó a olvidarse de sus sueños de convertirse en una estrella del ballet ha tenido otros efectos colaterales igual de catastróficos. El último de ellos es que, por decisión de un juez, deberá pasar unos meses en el rancho ganadero de uno de los mejores amigos de su hermano Raff. En un paraje perdido de Wyoming, rodeada de vacas y caballos, de majestuosas cordilleras y de praderas sin fin, aprenderá a vivir de nuevo y encontrará, de paso, algo con lo que ya no contaba: el amor.

¿Puede la combinación del amor y la naturaleza en estado puro sanar las heridas más profundas?

Mejor Romance Actual Nacional en los Premios Rincón Romántico 2018

Los príncipes solo viven en los cuentos

Bibi lleva años enamorada de Gonzalo, su nuevo jefe. El típico caso de amor platónico incurable.

Gonzalo, en vías de recuperación tras un desengaño amoroso, ni se imagina los sentimientos de su secretaria.

A Rolo, el amigo de Bibi, le gustan todas y a Taty, la amiga de Gonzalo, no le gusta ninguno.

Irene, la madre de Gonzalo, quiere que su hijo se case con Taty.

Taty también quiere casarse con Gonzalo, aunque no por los motivos correctos.

Gonzalo, en cambio, no quiere casarse con Taty, pero los suyos sí son los motivos correctos.

Lo malo es que Bibi está convencida de que Gonzalo ama a Taty.

A lo que hay que añadir que Rolo abriga intenciones inconfesables hacia la amiga pija de Gonzalo.

Eso sí, Taty pasa millas de Rolo, al que considera un patán sin muchas luces.

Sin embargo, nadie cuenta con el Destino, que ha decidido meterlos a todos juntos en una coctelera y agitar.

Y, aunque parezca increíble, de todo este lío surgirá el Amor Verdadero. El amor que camina a tu lado en lo bueno y en lo malo. Ese amor del que no se habla en los cuentos.

Mil campanas

Encontrarte con tu primer amor después de un montón de años parece una jugarreta poco elegante del destino; sobre todo, cuando ese «primer amor» te hizo sufrir tantísimo. Sin embargo,

Lili no es una mujer rencorosa y acepta seguir viaje con él por California. Eso sí, si algo tiene muy claro en esta vida es que no está dispuesta a convertirse en una de esas patéticas mujeres que tropiezan dos veces con la misma piedra.

A Jaime aún le cuesta creer que la mujer que acaba de rescatarlo de una situación apurada sea la misma que le destrozó la vida hace ya tanto tiempo. Por suerte, él no es un tipo vengativo y movido por la curiosidad —¿por qué los astros insisten en ponerlos de nuevo frente a frente?—, decide pedirle a Lili que le haga un hueco en su caravana. Enseguida, la relación entre ambos recupera la fluidez de antaño, pero si de algo está seguro al cien por cien es de que ese tren hace siglos que pasó de largo, para no volver jamás.

Lo que Lili y Jaime ignoran es que los malos entendidos, el rencor y algún que otro secreto carecen de la menor importancia cuando los dioses se empeñan, con o sin tu consentimiento, en darte una segunda oportunidad.

Me vuelves loco

Ali es doña manías: el pañuelo de pensar, los desayunos hiperproteicos, la obsesión por la limpieza y el running al amanecer. Debajo de su excéntrico comportamiento y su cuerpo de supermodelo, solo hay una chica que busca desesperadamente ordenar sus sentimientos. No es feliz (todavía).

Konrad es don desastre: sin horarios, sin régimen y sin freno... ni en el amor, ni en la comida, ni en el derroche. ¡Gracias al cielo, nació con una creatividad exacerbada que le permite vivir bien y no privarse de nada! Cree que es feliz, hasta que conoce a Ali.

Esta no es (solo) una historia de cómo los opuestos se atraen. Tampoco es (solo) una novela que alegrará tus tardes de mantita y lluvia. Me vuelves loco es una deliciosa manera de ser un poco más feliz, recordando cómo se construye una amistad a fuego lento y lo maravilloso que es enamorarse.

Nada más verte

El robo de varias antigüedades obliga al director del New College de la Universidad de Oxford a pedir ayuda a Scotland Yard. La detective Georgina Taylor será la encargada de investigar el caso y, para que nadie sospeche de ella, Stephen Allen, un brillante aunque algo desastrado catedrático de Historia Antigua, se ve forzado a acogerla en su casa y a fingir que están emparentados. Sus personalidades son muy distintas y los roces entre ambos se suceden: él parece estar anclado varios siglos atrás mientras que ella es una joven moderna, a la que nada se le pone por delante.

A pesar de todo, el impenitente solterón se siente cada día más cautivado por la detective, pero ¿y Georgina? ¿Qué es lo que siente en realidad por el atractivo profesor?

Sobre la autora

Isabel Keats es una mujer normal y corriente a la que un día le dio por escribir. Madre de familia numerosa (con perro incluido), tiene la suerte de contar con algo más valioso que el oro: tiempo libre, aunque no tanto como quisiera. Le gusta la novela romántica, le encantan los finales felices, así que, en resumen, escribe novela romántica porque en este momento de su vida es lo que más le apetece leer.

Isabel Keats —ganadora del Premio HQÑ digital con *Empezar de nuevo*, finalista del I Premio de Relato Corto Harlequín con su novela *El protector* y finalista también del III Certamen de novela romántica Vergara-RNR con *Abraza mi oscuridad*—, es el seudónimo tras el que se oculta una licenciada en Publicidad madrileña, casada y madre de tres niñas. A día de hoy ha publicado más de una docena de obras entre novelas y relatos, algunas de las cuales han sido traducidas al inglés, alemán, italiano y portugués y, próximamente, al francés.

Encontrarás más información sobre la autora en:

www.isabelkeats.com